

50 Años

UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA
“SAN PABLO”



2016

La conversión de San Pablo

Vitral conmemorativo de los cincuenta años
de la Universidad Católica Boliviana

“San Pablo”

autor: León Saavedra Geuer



© 2016 Cincuenta años

**Publicación del Departamento de Cultura y Arte
de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, La Paz**

Depósito Legal:

4 - 1 - 4013 - 16

Derechos reservados

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio o procedimiento, distribución, comunicación pública y transformación de cualquier parte de esta publicación sin la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

Compilación y elaboración de textos: Gustavo Guzmán

Coordinador y editor del proyecto: Carlos Rosso Orosco

Diagramación: Eduardo Suarez

Fotografías: Archivo de la Universidad

Vassil Anastasov

Antonio Suarez

Revisión de pruebas: Amancaya Rivera e Iván Vargas

Agradecimientos: Dr. José Manuel Palenque

Profesor fundador de la Universidad

Dr. Carlos Gerke Mendieta

Ex Rector Nacional de la Universidad

Lic. Martín Hinojosa

Ex Vicerector Nacional Administrativo de la Universidad

Dr. Edwin Claros

Ex Rector Académico Nacional de la Universidad

Sr. Gustavo Valencia

Encargado del Archivo Central de la Universidad

Pre- prensa e impresión:

SPC Impresores S.A.

Impreso en La Paz- Bolivia

2016



UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA "SAN PABLO"

**La Paz - Bolivia
2016**

*Mensaje del Nuncio Apostólico
de Su Santidad en Bolivia*

28 de enero de 2016



La dimensión misionera del discipulado cristiano, debe ser evidente en la vida de las personas y en el trabajo de cada institución eclesial. Esta implicación en un “discipulado misionero” se debería percibir de un modo especial en las universidades católicas [EG.,nm.132-134] que, por su naturaleza misma, están comprometidas en mostrar la armonía entre fe y razón y poner en evidencia la relevancia del mensaje cristiano para una existencia humana vivida en plenitud y autenticidad.

[Papa Francisco, 30 de enero de 2014]

La celebración del 50° Aniversario de fundación de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo” es motivo de júbilo y de un profundo reconocimiento por el camino hecho desde aquel 1966. Camino que ha ido abriéndose, entre esperanzas y dificultades, hacia horizontes siempre más amplios y acordes con la evolución de la ciencia y en fidelidad a la Fe de la Iglesia guiada por Pedro.

Este Ateneo ostenta desde sus inicios un lema muy significativo: “Veritas in caritate”, que ciertamente ha guiado a miles y miles de jóvenes a ser ciudadanos responsables y competentes profesionales, que con su adhesión a la verdad en la caridad de Cristo sirven como católicos a la construcción del bien común. Esta es la verdadera identidad que la Universidad “San Pablo” no debe nunca ni minimizar ni perder. Por eso hago votos para que siga ofreciendo a las nuevas generaciones una óptima formación, para afrontar los desafíos del tiempo presente.

En nombre del Santo Padre Francisco imparto de corazón a todos los integrantes de la misma una particular Bendición Apostólica.

+ *Giambattista Diquattro*
+ Giambattista Diquattro
Nuncio Apostólico

Mensaje del Gran Canciller

marzo de 2016

A principios de la década de los años sesenta del pasado siglo ya se hablaba de la urgencia de tener en Bolivia una universidad de la Iglesia Católica, pero recién en 1966 la Conferencia Episcopal Boliviana aprobó las recomendaciones del Comité de Obispos integrado por Mons. Abel Antezana, Arzobispo de La Paz, Mons. José Clemente Maurer, Arzobispo de Sucre, Mons. Armando Gutiérrez Granier, Obispo auxiliar de Cochabamba y Mons. Genaro Prata, Obispo Auxiliar de La Paz, y resolvió fundar la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”. Sin duda, tuvo mucho que ver el entusiasmo alentador de Mons. Carmine Rocco, Nuncio Apostólico de su Santidad en Bolivia, y la decidida participación de personalidades como el Dr. Luis Adolfo Siles Salinas, Carlos Gerke Mendieta y Gustavo Stumph, que ayudaron a redactar los primeros documentos de la futura universidad; sin olvidar, por supuesto a varios otros personajes destacados que conformaron el “Comité de Laicos”.

La década de los años sesenta era, no sólo en Bolivia sino también en el mundo entero, una época de grandes transformaciones políticas y sociales.

La misma Iglesia Católica experimentaba las primeras enseñanzas del Concilio Vaticano II, que había cerrado sus deliberaciones en 1965 y que determinó, sin duda, uno de los acontecimientos históricos fundamentales del siglo XX. En este contexto, fundar una Universidad Católica en Bolivia no dejaba de ser un reto no tan fácil de llevar adelante, pero sus fundadores, obispos y laicos, asumieron el desafío y siguieron adelante.

Hoy se cumplen cincuenta años de esta aventura valiente que, gracias a Dios y por ministerio de su Iglesia, dio los frutos esperados por sus fundadores. A lo largo de este tiempo la Universidad Católica Boliviana ha enfrentado y superado varios problemas y ha desarrollado actividades que la han convertido en un referente incuestionable en Bolivia. Es, por lo tanto, una ocasión para celebrar agradecidos la infinita bondad de Dios que nos ha permitido tener una Universidad líder para la educación superior en Bolivia donde se han formado, y se siguen formando, profesionales destacados que sirven al país iluminados por las sabias enseñanzas del Evangelio y sirviendo a nuestra patria con una formación que quiere ser la mejor de Bolivia.



Mons. Jorge Herbas Balderrama, OFM

OBISPO PRELADO DE AIQUILE

GRAN CANCELLER DE LA UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA "SAN PABLO"



La antigua casona, primera sede de la Universidad.

Junta Directiva
de la Universidad Católica Boliviana
“San Pablo”

S.E.R. Monseñor Jorge Herbas Balderrama, O.F.M.
OBISPO PRELADO DE AIQUILE
GRAN CANCELLER

S.E.R. Monseñor Jesús Juárez S.D.B.
ARZOBISPO DE SUCRE

Lic. Miguel Fabbri

Ing. Herbert Müller

Lic. Flavio Escobar

Dr. Francesco Zaratti

R.P. Armando Sejas

Lic. Juan Cristobal Soruco

Dra. Paula Peña

Arq. Adolfo Valenzuela

Autoridades Nacionales

Marco Antonio Fernández Calderón, MEE, MM.
RECTOR NACIONAL

Dr. Alejandro Mercado Salazar
VICERRECTOR
ACADÉMICO NACIONAL

Mgr. Marcela Nogales Garrón
VICERRECTORA ADMINISTRATIVA
FINACIERA NACIONAL

Dr. Carlos Derpic Salazar
SECRETARIO
GENERAL NACIONAL

Ing. Marcelo Loayza Melgarejo
DIRECTOR NACIONAL
DE PLANIFICACIÓN ACADÉMICA



Mons. Prata y Dr. Luis Adolfo Siles, al fondo, el P. Francisco de Paula Nadal

Rectores Regionales

Marcelo Villafani Ibarnegaray P.H.D.
RECTOR DE LA UNIDAD
ACADÉMICA DE LA PAZ

Dr. Alfonso Vía Reque
RECTOR DE LA UNIDAD
ACADÉMICA DE COCHABAMBA

Mgr. Pablo Alberto Herrera Suárez
RECTOR DE LA UNIDAD
ACADÉMICA DE SANTA CRUZ

Enrique Farfán Torrez P.H.D.
RECTOR DE LA UNIDAD
ACADÉMICA DE TARIJA

Contenidos

Prólogo

Capítulo 1

Los primeros años, los primeros días LA FUNDACIÓN

Capítulo 2

Los años setenta LAS HORAS DIFÍCILES

Capítulo 3

Los años ochenta y noventa OTRO PAÍS, OTRA UNIVERSIDAD

Capítulo 4

Más allá del tiempo LAS OTRAS HISTORIAS

Capítulo 5

2000-2015, la antesala del medio siglo
LOS DESAFÍOS, CINCUENTA AÑOS DESPUÉS

Prólogo

Nos hemos propuesto –al cumplirse los cincuenta años de la creación de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”– recordar, de alguna manera, tantas cosas que sucedieron en este medio siglo. Me enorgullece sinceramente haber impulsado este intento porque, habiendo sido antes estudiante y tras haberme formado aquí mismo profesionalmente, hoy tengo el honor de ser su Rector Nacional. Como toda historia, este relato no será otra cosa que un recuento de cómo se logra afrontar, con entereza y siempre confiando en la intervención de la divina providencia, las adversidades cambiantes que nos plantean las urgencias de cada época: desafiando obstáculos y allanando caminos para alcanzar metas que son parte de nuestros más caros anhelos. Así sucede con las personas y así también ocurre con las instituciones.

En verdad se trata de narrar, ni más ni menos, cómo fue que un grupo de hombres y mujeres, desdeñando la comodidad y la indolencia, munidos de principios y convicciones, asumieron posiciones y se enfrentaron a los problemas para resolverlos y a las incomprendiones para vencerlas: porque se trataba de empeños que sólo aspiraban a culminar con éxito los esfuerzos denodados; sin halagos personales y buscando que la Universidad Católica Boliviana “ San Pablo” contribuya en la construcción de un orden temporal querido por Dios. Así ha sido siempre y así seguirá siendo para quienes, alejados de la comodidad o la rutina, quieren ser útiles al Plan de Dios.

La historia de nuestra Universidad –católica y boliviana– no es sino un recuento de estos grandes y también pequeños momentos que, al calor de sueños e ideales, fueron conciliando aciertos y asimilando reveses que, al fin y al cabo, son nuestra vida institucional de cinco décadas y que hoy queremos compartirla con todos, porque no es solo nuestra sino que forma parte de la historia misma de nuestro país: con sus problemas, sus vicisitudes y sus aspiraciones pero con el firme deseo de avanzar teniendo “la mano en el pulso del tiempo y el oído en el corazón de Dios”

Desde entonces, muchas personas han pasado por nuestra Universidad, miles de ellas han enseñado en sus aulas o se han formado profesionalmente aquí y, como en la parábola del sembrador, han resultado ser como “simientes cada una con su propio destino”. Al cabo de cincuenta años de esta aventura tenemos mucho que

contar, mucho que decir y mucho que pensar para alcanzar los nobles propósitos con los que nuestra Universidad fuera fundada: una universidad que no quiere ser **“una universidad más, sino una Universidad Católica que debe colocarse (...) en un alto nivel científico en base a los principios de la Filosofía y la Doctrina Social de la Iglesia”**.

Por lo demás –y es bueno anunciarlo– hemos querido que, como todo empeño de reseñar una historia, queden establecidos determinados periodos en el curso de los hechos. En el primero de esos periodos (1962-1970) se destaca el intenso y enriquecedor debate dentro y fuera del Episcopado Nacional sobre los principios, fundamentos y características de la universidad a forjar, y se observa un hecho de singular importancia: la Universidad Católica se erigiría en medio de la absoluta y plena vigencia de la prerrogativa estatal sobre la Educación Superior.

En el decenio siguiente (1970-1980), la Universidad inicia el largo proceso de su institucionalización con la puesta en marcha del Estatuto Orgánico *Ad Experimentum*, cuyos principios y normas, puede decirse sin falta, permanecen presentes hasta hoy. Tres hechos rodean ese proceso: el principio y fin de un gobierno nacional que trastoca el curso de la vida de las universidades en el país; el fin de ese régimen en las universidades y la decisión de la Conferencia Episcopal Boliviana de iniciar una etapa de reestructuración de la Universidad Católica.

La década de los años ochenta y noventa en la Universidad (1980-2000) es un periodo de significativas transformaciones: se inicia y se consolida la etapa de estabilización de su economía y se materializa su expansión a las ciudades de Cochabamba, Santa Cruz y Tarija lo que significa un crecimiento notable con la creación de treintaiocho carreras en diez años, entre 1990 y el año 2000.

A partir del año 2001, e incluso ya unos años antes, se hizo evidente la necesidad de una reformulación institucional puesto que la Universidad había crecido notablemente y era necesario hacer frente a nuevos retos administrativos y académicos también. Así se hizo, y la Universidad pudo seguir adelante tratando de conservar su ya bien ganado prestigio y su innegable influencia en la sociedad boliviana.

Ahora, y con cincuenta años de existencia, hemos de mirar al nuevo siglo con la obligación de entender las urgencias de la actualidad y los desafíos que esto representa; desde luego sin vanagloriarse ni tratar de seguir viviendo de nuestra nombradía o indiferentes respecto de las nuevas responsabilidades. Es necesario hablar de lo que viene, de lo que debemos hacer para seguir siendo los mejores como lo pensaron quienes fundaron nuestra Universidad y como lo quisieron todos y cada uno de quienes la construyeron: autoridades, académicos, administrativos y como, seguramente, la soñaron nuestros estudiantes y exalumnos.

Pero sobre todo no debemos perder de vista la esencia misma de lo que somos y buscamos, esencia claramente establecida por nuestro Papa Francisco en una reflexión sobre las universidades católicas: **“La universidad tiene un papel precioso como lugar de elaboración y transmisión del saber, de formación de la ‘sabiduría’ en el sentido más profundo del término, de educación integral de la persona. La universidad debe ser un lugar de discernimiento, de sabiduría, donde se elabora la cultura de la proximidad, de la cercanía y se forma para la solidaridad”**

Ese es nuestro reto al futuro y esa es la historia que queremos forjar.

La Paz, mayo de 2016

*Marco Antonio Fernández Calderón, MEE, MM.
RECTOR NACIONAL DE LA
UNIVERSIDAD CATÓLICA BOLIVIANA “SAN PABLO”*





Los primeros años, los primeros días

LA FUNDACIÓN

La década de los años sesenta. Éste es el tiempo histórico, caudaloso y contradictorio, en que nace la Universidad Católica Boliviana. Y en esa década, 1962 es el año en que una reunión de Obispos decide encomendar un estudio para erigir una universidad cuya primera condición de existencia debía ser precisamente ésa: tenía que ser una *Universidad Católica*. La reunión se llevó a cabo entre los días 5 y 8 de febrero. Seis meses después, en agosto de 1962, los Obispos tenían en sus manos un primer documento y un puñado de preguntas. El documento era aquél que habían encargado y las preguntas sintetizaban la importancia de la decisión a tomar: ¿es o no el momento de fundar una Universidad Católica?; ¿es más oportuno que la Universidad Católica dependa directamente de la Jerarquía o se preferirá confiarla a una Orden religiosa y a cuál?; ¿cuál es la ciudad en que hay que fundarla? La decisión de los Obispos conducía ineludiblemente a dos caminos. Si se decidía fundar la Universidad había que, primero, pedir la aprobación de la Santa Sede, tramitar su reconocimiento ante el gobierno boliviano inmediatamente después, y poner manos a la obra. El otro camino suponía, simplemente, «dejar el proyecto para tiempos mejores». El documento en manos de los Obispos concluía así: «El voto de Vuestras Excelencias Reverendísimas dirá cuál de los caminos sea más prudente y más oportuno seguir».

Los Obispos se tomarían su tiempo para decidir cuál sería ese camino.

Como todo tiempo histórico, cuando se lo mira con la benefactora distancia de los años, la década de los años sesenta está poblada de hechos sustanciosos, en Bolivia y el mundo. Fue ése el tiempo del Concilio Vaticano II (1962-1965), el que inauguró el Papa Juan XXIII y clausuró su sucesor Paulo VI, el encuentro ecuménico en que la Iglesia Católica proclama el derecho universal a la educación de todos los hombres y en el que se exponen los principios fundamentales de la educación cristiana; fueron ésos los años en los que en Estados Unidos se asesina a su trigésimo quinto Presidente (1963) y nace la llamada «Doctrina de Seguridad Nacional»; fue ése el tiempo en que la Revolución cubana, en 1962, se declara socialista, el tiempo en que Mao Zedong inicia en China la llamada «Revolución Cultural» (1966); y fue ésa la década en la que se produjo la mayor revuelta obrero-estudiantil en París (1968), el conocido «Mayo francés».

En Bolivia, en esos diez años, ocurrió el ocaso de la Revolución Nacional (1952) y el retorno de los militares en el mando del país. Fue la década en que se inició la explotación del gas natural, el tiempo en que, a raíz de la desviación de las aguas del río Lauca, el país rompió relaciones diplomáticas con Chile (1962); fueron diez años en que se contabilizaron dos golpes de Estado y la instalación de una Asamblea Constituyente (1966-1967), aquella que promulgó la Carta Magna bajo cuyos principios se recuperó el régimen democrático en 1982. Fue en 1966 cuando llegó a Bolivia Ernesto «Che» Guevara para morir casi un año después. Éste fue el tiempo en que se redactaron los dos primeros planes de desarrollo y de planificación de la economía nacional, el tiempo en que se establecieron relaciones con la extinta Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y se nacionalizaron

los hidrocarburos por segunda vez, el tiempo en que se creó el primer acuerdo de integración regional, el Pacto Andino (1969), y en el que la Televisión Boliviana inició sus emisiones. Fue ésta, la década de los sesenta, la que desbrozó el camino a una efímera Asamblea Popular que sustituyó al Congreso Nacional en 1970, el mismo año en que un grupo de jóvenes universitarios, una gran parte de ellos militantes demócrata-cristianos, marchó a Teoponte siguiendo los pasos de Guevara. Un año después, en 1971, se inició en el país la más larga dictadura militar.

Julio de 1966. Cuatro años se tomaron los Obispos para darle forma de Decreto a una determinación que se había puesto en marcha poco antes. «Las condiciones actuales del catolicismo en Bolivia reclaman la presencia de la Iglesia en el campo de la Educación Superior». Así se inicia el referido Decreto, emitido en el Palacio Arzobispal de La Paz el 16 de julio de 1966, luego de la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Bolivia reunida entre el 10 y 16 en Cochabamba. Y el primer artículo del Decreto señala: «Se crea y se erige canónicamente, contando con el beneplácito de la Santa Sede Apostólica, bajo la dependencia de la Conferencia Episcopal de Bolivia, la Universidad Católica Boliviana».

No hay que olvidar que la Iglesia Católica, que ya tenía amplia participación en la educación primaria y secundaria, no participaba en la educación superior aunque, a través de estudiantes, docentes y administrativos, más bien laicos, se logró una presencia significativa en las universidades públicas. En los años previos a la fundación de la Universidad Católica, existían movimientos universitarios católicos como la Congregación Universitaria Mariana, la

Juventud Católica, la Legión de María y otros más esto, sobre todo, en las universidades de San Andrés en La Paz y San Simón en Cochabamba.

Esto mismo supuso que cuando se habló de fundar una universidad católica, algunos de estos grupos expresaron su preocupación en cuanto a dejar —decían ellos— el ámbito de las universidades autónomas en las cuales se estaba llevando a cabo tan importante labor de evangelización y presencia.

Agosto de 1966. Dieciséis días después de haberse hecho pública la decisión de los Obispos de crear la Universidad Católica, el 1 de agosto de 1966, otro artículo primero, esta vez el de un Decreto Ley con número 07745, promulgado por la junta militar de gobierno encabezada por el general de ejército Alfredo Ovando Candia, «autoriza la instalación y funcionamiento de la Universidad Católica Boliviana». Cinco días después de ese primer día de agosto de 1966, asumiría la conducción del país un nuevo gobierno, el encabezado por el general de aviación René Barrientos Ortuño y el abogado Luis Adolfo Siles Salinas, Presidente y Vicepresidente de la llamada «Revolución Restauradora», elegidos en las elecciones del 3 de julio de ese mismo año.

Febrero de 1967. Los diputados y senadores elegidos también en julio de 1966, junto a Barrientos Ortuño y Siles Salinas, y como el primer acto de la legislatura que les tocó inaugurar, decidieron convertir a esa legislatura en Asamblea Constituyente con un principal propósito: modificar la Constitución Política del Estado. Fue en esta Asamblea —que sesionó entre agosto de 1966 y febrero de 1967— en la que inscribieron por primera vez en el régimen constitucional boliviano dos palabras: «Universidades Privadas». La nueva Constitución Política del Estado, sancionada el 2 de febrero de 1967, en su Parte Tercera

referida a los «Regímenes Especiales», Título Cuarto, Artículo 188, establece el «Régimen de las Universidades Privadas». Ninguna de las tres reformas constitucionales previas —la ocurrida durante el gobierno de Bush en 1938, la procesada por el presidente Villarroel en 1945 y la ejecutada por Hertzog en 1947— habían considerado siquiera la posibilidad de modificar el predominio estatal sobre la Educación Superior en Bolivia.

Mayo de 1966. Nueve meses antes de la promulgación de la Constitución Política del Estado de 1967, dos meses antes de que la Conferencia Episcopal de Bolivia emitiera el Decreto de creación de la Universidad Católica Boliviana, y luego de que los Obispos pidieran la aprobación de la Santa Sede contando con el entusiasmo decisivo del Papa Paulo VI —hoy hace cincuenta años—, el 14 de mayo de 1966, en el barrio de Obrajés de la ciudad de La Paz, siete profesores y treintaiún alumnos inauguraron las aulas de lo que en ese momento quiso ser el «Instituto Superior de Economía de la Empresa», el núcleo básico de la futura universidad.

Este primer conjunto de hechos y datos históricos, empero, son apenas un primer acercamiento al contexto en que se funda la Universidad Católica Boliviana. Otros, los que refieren la discusión sobre sus principios y fundamentos, sobre las razones y motivos para edificarla —aquellos que buscan dotar a la Universidad de una identidad propia—, son los que configuran una aproximación aún más precisa a la historia de su fundación.

Los cuatro años que transcurren entre el momento en que los Obispos comienzan a considerar las posibilidades de fundar la Universidad (febrero, 1962) y en el que la Conferencia

Episcopal emite el Decreto de su creación (julio, 1966), son años de intensa preparación, intercambio de ideas y debate sobre su viabilidad, carácter, sentido y propósitos, dentro y fuera del episcopado boliviano. Uno de los personajes que contribuyó a este proceso de gestación de la Universidad fue el Nuncio Apostólico de Su Santidad, Monseñor Carmine Rocco, quien es considerado como uno de los principales impulsores de dicho proceso durante su estancia en el país, entre 1959 y 1967.

La primera medida concreta que asumen los Obispos, en la referida reunión de febrero de 1962, es la creación del «Comité de Obispos Pro Universidad Católica» integrado por Monseñor Abel Antezana, Arzobispo de La Paz; Monseñor Clemente Maurer, Arzobispo de Sucre; Monseñor Armando Gutiérrez Granier, Obispo Auxiliar de Cochabamba; y Monseñor Genaro Prata, Obispo Auxiliar de La Paz. Los preladados, además, designan como Secretario Ejecutivo del Comité a Monseñor Prata.

Poco después, mientras el referido Comité y su Secretario Ejecutivo se dan a la tarea de recoger y formular las primeras ideas de lo que debía ser la Universidad, también por iniciativa de los Obispos y con el propósito de difundir la idea e impulsar su fundación más allá de las fronteras eclesiales, se crea un segundo comité —el llamado «Comité de Laicos»—, conformado por Luis Adolfo Siles Salinas, Eduardo Arauco Prado, Guillermo Zalles, Arturo Alaisa, Federico Nielsen Reyes y Bernardo Zamora.

Planteados así los espacios organizativos y deliberativos que encausarían la discusión sobre la viabilidad o no de la Universidad, había que «definir con premura sus rumbos inmediatos», y había que hacerlo —tal como se lee en uno de los varios documentos en que se sugieren y



S. E. R. Clemente Cardenal Maurer
(1900 - 1990)



S. E. R. Julio Cardenal Terrazas
(1936 - 2015)

se proponen ideas para su creación— entendiéndola a la nueva universidad como «una agencia de cambio». La premura y los rumbos a tomar exigían responder, además, una pregunta fundacional y todavía tercamente vigente, cincuenta años después: ¿qué es, qué significa, cómo debe ser una universidad que no quiere ser una universidad más, sino una *Universidad Católica*? Había que responder, igualmente, una segunda pregunta no menos trascendente y urgente, dado que se trataba de la primera y única universidad en el país que, por su propia naturaleza, no podía contar con el respaldo estatal: ¿cómo financiarla?

«La sociedad boliviana confronta actualmente cambios estructurales que requieren la formación de profesionales, técnicos e investigadores de alta capacidad científica para enfrentar los problemas nacionales y buscar soluciones acordes con los valores cristianos y democráticos de nuestra historia»; «la Universidad Católica no puede simplemente duplicar la universidad estatal, debe colocarse, desde un principio, en un alto nivel científico»; la universidad debía gestarse «en base a los principios de la Filosofía y la Doctrina Social de la Iglesia», contribuir al «proceso de cambio y de mejoramiento efectivo de las condiciones de vida del pueblo boliviano» y erigirse como «un centro católico de investigación, enseñanza y cultura, que pueda servir de base a muchas actividades apostólicas de la Iglesia, formando, asimismo, una verdadera élite en el alto nivel de gobierno y en la administración de empresas».

La suma de estas ideas, contenidas en los documentos que recibe el Comité de Obispos Pro Universidad y que se discuten en el episcopado nacional, se plasma en el primer Estatuto Orgánico de la Universidad Católica Boliviana. Este documento, con el que los Obispos gestionan la

anuencia de la Santa Sede, y con el que presentan su proyecto ante las autoridades del país, señala en su primer párrafo que una «triada formativa» —enseñanza, investigación y servicio— guiará sus principales propósitos: «la constitución de una ideología cristiana, revolucionaria, dialogante, dinámica, perfectible, libre y erecta»; «el perfeccionamiento de una estructura universitaria apta para reajustes permanentes y sensible a la problemática social»; y «la creación de carreras prioritarias para el cambio social».

La jerarquía católica boliviana asumía así, con la elección de esas palabras y en un momento histórico concreto —el de la plena vigencia de la Universidad Pública y Autónoma que entendía a la Educación Superior como la «vanguardia intelectual» del pensamiento revolucionario de la época y que asumía su rol como un «servicio a la clase obrera y al socialismo»—, el desafiante propósito de fundar una universidad destinada a «proveer la adecuada formación de cristianos maduros capaces de cumplir su rol y responsabilidad frente al compromiso temporal en la sociedad de la que forman parte», una universidad cuyos miembros sean «capaces de actuar con sentido de Iglesia en el cumplimiento de la misión de encarnar el Mensaje Salvador del Evangelio en su tiempo y en su ambiente», tal como señala el Decreto de creación de la Universidad Católica emitido por la Conferencia Episcopal de Bolivia.

Una universidad forjadora del cambio social e inserta en las transformaciones estructurales que enfrenta el país; una universidad formadora de profesionales de alta capacidad y de gran influencia en la sociedad; una universidad en la que prevalezcan el compromiso social y los valores cristianos. Ésos los fundamentos y principios de la nueva

universidad, ésa la Universidad Católica que imaginaron y empezaron a construir sus fundadores a mediados de la década de los años sesenta.

[Y aquí, a manera de un breve paréntesis, y antes de seguir, cabe un dato curioso: en todos los documentos que alimentan la discusión sobre la viabilidad y carácter de la Universidad, se la nombra como «Universidad Católica Boliviana Juan XXIII», recogiendo el nombre del papa que había inaugurado e impulsado el histórico y transformador Concilio Vaticano II (1962-1965); no se ha encontrado, en esta paciente búsqueda entre históricos papeles de la Universidad, un documento que nos señale el momento y las razones que, finalmente, designaron a la Universidad como «Universidad Católica Boliviana San Pablo».]

Hacia 1966, la única institución católica de enseñanza superior en Bolivia era la Escuela Normal de Cochabamba. Fundada diez años antes, en 1956, y especializada en la enseñanza de filosofía, literatura castellana y literatura inglesa, esta Escuela fue considerada —por el Comité de Obispos Pro Universidad Católica y por el Comité de Laicos— como la base de uno de los primeros núcleos educativos que estructurarían la futura universidad. Un segundo espacio, también considerado por los Obispos y los seglares bolivianos, y que funcionaría en La Paz, fue el inicialmente denominado «Centro de Post Graduados» y luego «Centro de Investigaciones Sociales y Económicas», concebido como un espacio de formación de docentes para la enseñanza universitaria y para la investigación.

Estos dos espacios componían lo que los Obispos y laicos llamaban en 1962 un «proyecto mínimo de universidad», un

proyecto que «sería imposible de pensar sin la colaboración substancial de las órdenes y congregaciones religiosas»: «Los padres Jesuitas —se lee en esos documentos fundacionales de la Universidad— están preparando ocho padres para el centro de investigaciones; los Agustinos —que tienen cuatro sacerdotes con títulos universitarios en las distintas ramas de las ciencias exactas y de la tecnología— podrían hacerse cargo de un departamento de Ciencias; el de Filosofía y Letras quedaría a cargo de los padres Dominicos; las Señoritas Teresianas —varias de ellas tienen títulos universitarios en las artes liberales— tendrían en sus manos el departamento de Castellano, además del de Ciencias Sociales, que también estaría a cargo de profesores laicos y colaboradores de otros religiosos, aquellos que darían lugar a la formación de los futuros profesionales para las facultades de Sociología, Administración de Negocios, Administración Pública, etcétera...».

Ahí, en esos iniciales y documentados aprestos eclesiales, se encuentra el origen del «Instituto Superior de Economía de la Empresa», con el que arrancarían la marcha de la Universidad Católica Boliviana, el 14 de mayo de 1966. Y son esos mismos documentos, y esos dos espacios educativos básicos en los que pensaron los Obispos y laicos —la Escuela Normal de Cochabamba y el proyectado «Centro de Investigaciones Sociales y Económicas»—, los que le permiten a la Conferencia Episcopal de Bolivia, el 16 de julio de 1966, emitir el Decreto de creación de la Universidad y describir, en el artículo cuarto de este documento, sus dos primeras unidades académicas: «Una Facultad de Economía y Administración de Empresas, orientada a formar personal para las obras de desarrollo nacional, la misma que funcionará en la ciudad de La Paz»; y «Una Facultad de Pedagogía, en Cochabamba,

dirigida a formar personal especializado para facilitar la realización integral de la Reforma Educacional».

«¿Es verdaderamente educativo y social el sistema gratuito?». «¿Es justo —nos preguntamos— que se estén haciendo esfuerzos titánicos por obtener soportes para atender gratuitamente la educación de esos jóvenes?». «Creemos que no. Creemos que mientras se encuentre en el hombre un sujeto digno de crédito, no debe dársele nada gratuitamente». Las preguntas (y la respuesta) —inscritas en el documento titulado «Financiación de la Universidad Católica»— corresponden al debate instalado en el Comité de Obispos Pro Universidad sobre el que en esos años, entre 1962 y 1966, sería uno de los temas acuciantes que debían abordarse: ¿cómo financiar la Universidad?

Los Obispos tenían muy claro que el desafío de fundar una universidad que no fuera pública traía consigo una consecuencia inmediata: la Universidad Católica no contaría con respaldo estatal alguno. Para tratar el tema, los Obispos contaban con algunos datos. En la Escuela Normal Católica, la que funcionaba en Cochabamba, los alumnos aportaban, con el respectivo pago de pensiones, alrededor del treinta por ciento de su presupuesto anual. La nueva universidad debía —así razonaban los Obispos— al menos mantener y mejorar esa contribución. Pero, al mismo tiempo, una obra educativa de la Iglesia no podía sino considerar la importancia crucial de que una buena parte de los alumnos —especialmente aquellos que no contaban con los recursos económicos suficientes— tenía que recibir una beca y estudiar gratuitamente. Esto, naturalmente, suponía, como concluyeron los Obispos, «pensar en muchas medidas», y entre ellas «las donaciones del laicado boliviano, grandes y pequeñas» y «la otorgación de

becas por parte de las sociedades comerciales e industriales, bancos, fundaciones, etcétera».

En octubre de 1965, el Comité de Obispos Pro Universidad y el Comité de Laicos deciden enviar una carta a los directivos de las principales empresas nacionales. En la carta se informa que «la jerarquía episcopal de Bolivia ha visto la necesidad de crear una Universidad Católica» y se apuntan los siguientes motivos: «preparar profesionales especializados y líderes responsables para la nación»; ofrecer una «sólida formación intelectual, patriótica y cristiana a un cierto número de estudiantes que serán cuidadosamente seleccionados»; conseguir «profesores bien preparados que puedan dedicarse plenamente a la formación de dichos estudiantes»; y «ayudar a las universidades existentes para que logren sus fines con mayor eficiencia».

La carta era aún más específica: «La Universidad Católica cuenta, para su mantenimiento, con donativos nacionales y extranjeros, y con becas para los estudiantes seleccionados que no puedan costearse los gastos de sus estudios»; «la carrera en la Facultad de Economía de Empresas en La Paz durará cinco años, la Facultad de Pedagogía de Cochabamba, tres años»; «en la Facultad de La Paz cada beca significa \$US 2.000, para la de Cochabamba, \$US 1.200».

Señala la carta, además, que «gracias a la generosa ayuda del Cardenal Cushing de Boston, la Universidad Católica espera abrir sus puertas en 1966», que «tiene un edificio en La Paz para la Facultad de Economía de Empresas» y que en Cochabamba «la Escuela Normal Católica será elevada a Facultad de Pedagogía». La carta concluye así: «En nombre del Comité de Preparación de dicha Universidad Católica me permito solicitar su cooperación en forma de un donativo o de unas becas para llevar a cabo la fundación

de la Universidad y ayudar a costear los gastos de formación de los futuros líderes de la nación».

Hacen falta cincuenta años de distancia para comprender el sentido de esta carta fechada en octubre de 1965. Hoy, cuando la Universidad Católica Boliviana es una institución arraigada en la sociedad y consolidada en sus propósitos y alcances, aquella carta expresa, con singular elocuencia, el largo y rugoso camino recorrido, y las apremiantes circunstancias que Obispos y laicos tuvieron que encarar ante el tamaño del desafío que se habían planteado.

La carta de octubre de 1965, además —y porque fue la vía por la que se hizo pública la decisión de la jerarquía católica boliviana de fundar una universidad—, traería contestaciones insospechadas, aunque propias del tiempo en que se vivía.

Un ejemplo concreto y decidor de la forma en que se recibe la decisión de los Obispos de crear una universidad, es la reacción de los entonces dirigentes de la Juventud Universitaria Católica. En dos cartas distintas, redactadas y firmadas en Cochabamba y en Lovaina, la primera fechada en febrero de 1966 y la segunda en diciembre de 1965, esos dirigentes cuestionan la decisión de la Iglesia boliviana. «Muchos se preguntan si la situación actual ofrece condiciones propicias para la fundación de la Universidad Católica», empieza señalando la primera de esas cartas, para luego afirmar que la decisión del episcopado nacional ha provocado la infundada acusación de que se busca instituir una universidad clasista, «una Universidad Católica que se hace en función del triunfalismo, de la gloria humana y del prestigio». Por ello, esta primera carta concluye con una sugerencia: «Que se quite de una vez el nombre de

Universidad de las instituciones que se cree, mostrando la falsedad de la acusación indicada».

La segunda carta, la fechada en Lovaina, concentra sus observaciones en la desigual relación de la Universidad Católica con las universidades públicas, y en los recursos que deberá destinar la Iglesia para su creación. «Será difícil desarrollar la Universidad Católica frente a las Universidades Autónomas, por su larga tradición y apoyo económico del Gobierno Nacional, máxime si a partir de 1966 gozarán de porcentajes del presupuesto nacional», señala la carta, y añade: «Los recursos progresivamente crecientes que demandará la Universidad Católica, nos recuerdan que, paralelamente, importantes y urgentes obras de Pastoral de la Iglesia en Bolivia se encuentran paralizadas por falta de recursos». La carta concluye valorando los efectos y tensiones que podría generar la creación de la Universidad Católica «dentro de la Iglesia», «en la opinión pública del país» y, especialmente, «entre los catedráticos y estudiantes católicos que se encuentran en niveles de dirección de las universidades públicas, y cuyo esforzado trabajo constituye la única presencia cristiana en esas Universidades, que debe ser impulsada y reforzada».

Es otro, radical y naturalmente opuesto, el tono con que se recibe la noticia de la creación de una Universidad Católica en uno de los periódicos que en ese tiempo circulaba en la ciudad de La Paz. El 15 de enero de 1966, y en clara alusión a la carta que Obispos y laicos enviaron a los directivos de empresas nacionales solicitando su apoyo a la gestación de la Universidad Católica, el diario «El Pueblo» publica una nota titulada así: «¿Qué dice la CUB [Confederación Universitaria Boliviana] sobre la universidad privada?». Merece la pena transcribir algunos párrafos de esa nota. Es una manera de acercarse al talante de la época.

A propósito de los recursos con que se financiará la nueva universidad, la noticia publicada por «El Pueblo» señala: «Los recursos están financiados por la Iglesia. Contribuye el Cardenal de Boston, la Alianza para el Progreso y todos los instrumentos dependientes del imperialismo». Sobre los alumnos de la nueva universidad, se dice: «Se trata de organizar élites seleccionadas que compartan los puntos de vista de la nueva democracia cristiana, que planteen las cuestiones presentes y ya no pasadas, que defiendan la Alianza para el Progreso, aunque reprochen al sistema capitalista y se impongan sobre la intelectualidad nacional». Sobre las becas y sus aportantes: «Se dispensarán becas, viajes y, además, la industria nacional, ahora dependiente del imperialismo, está obligada a financiar también cubriendo becas o el importe de ellas». A propósito de la Universidad Pública: «Que tengamos conocimiento, la entidad central de los universitarios no ha dicho hasta el momento nada. Tiene pactos con la clase trabajadora y contra la cual precisamente va la Universidad Católica y Privada. Esperamos que las entidades nacionales, tanto estudiantiles como sindicales, se pronuncien y asuman la defensa de la Universidad Pública en Bolivia». El colofón de la nota, en forma de pregunta: «Lo que provocó grandes tempestades en otros países, ¿se llevará a la práctica en silencio y con toda tranquilidad y seguridad en el nuestro?».

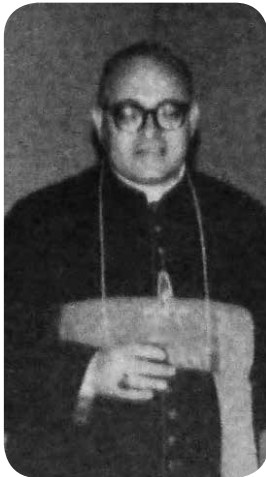
Era la década de los sesenta, el tiempo en que se fundó la Universidad Católica Boliviana.



Gran Cancilleres de la U.C.B.



Mons. Armando Gutiérrez Granier



Mons. Genaro Prata



Mons. Alejandro Mestre



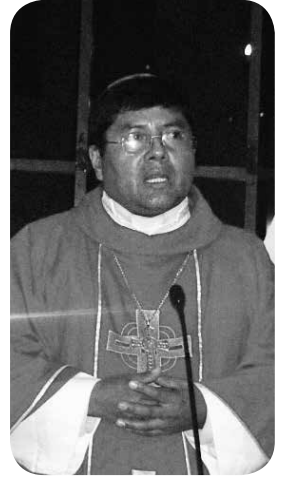
Mons. Nino Marzoli



Mons. Jesús Juárez



Mons. Edmundo Abastoflor



Mons. Jorge Herbas

Los años setenta
HORAS DIFÍCILES

El primer número de *Información Universitaria* tiene como fecha de aparición el 26 de septiembre de 1970. Es el «Órgano Oficial de la Secretaría General de la Universidad Católica Boliviana». En sus dos o hasta tres páginas semanales, pulcramente redactadas e impresas en ese tan apreciado como desaparecido *papel obra*, «picado» a máquina en el también largamente desaparecido estencil, esta especie de gaceta institucional —que bien puede concebirse como el *primer periódico* de la Universidad— nació con el propósito de «informar permanentemente a toda la comunidad universitaria sobre los principales acontecimientos y actividades» que en la Universidad ocurrieran. Y así fue. La suspensión de actividades por algún «acontecimiento político» (léase golpe de Estado), el viaje del señor Rector o la preparación de un proyecto para la creación de las carreras de Ciencias Sociales; la designación del Decano como ministro de Educación, el anuncio de la realización de un congreso estudiantil o la adquisición de «una computadora electrónica de mesa» —*Olivetti 101*, con «memoria de diez registros»—; la convocatoria a profesores y alumnos para que aporten en la redacción de los Estatutos, el ofrecimiento de becas, la presentación del grupo teatral «Duende» de la Universidad Católica de Córdoba y hasta una «reunión bailable en el Aula Magna en la que será aclamada la “Compañera Amistad”, elegida entre las alumnas de la Universidad», son la materia noticiosa de la que está hecho este primer órgano informativo institucional de la Universidad.

Ese primer número de *Información Universitaria*, el de fecha 26 de septiembre de 1970, denota otra característica, y una necesidad: allá se publicaría la palabra oficial de las autoridades de la Universidad, y se lo haría como una manera —cada vez más necesaria por el crecimiento de la institución— de aproximar (comunicar) a los integrantes de la comunidad universitaria, autoridades, profesores y estudiantes. Esta primera gaceta informativa tiene otro valor añadido: es también, y en gran medida, signo y señal del momento que vivía la Universidad Católica. ¿Qué momento era ése? Hay que utilizar un par de palabras, algo ásperas y frías, para expresarlo: éste era el tiempo de su consolidación e institucionalización.

La primera noticia que trae ese primer número de *Información Universitaria*, además, viene cargada de más señas y signos. La nota es anunciadora y reveladora de los arduos y frágiles tiempos que se vivían (y que se vivirían) en el país y en la Universidad, y es, al mismo tiempo, el punto de partida de un largo debate que transcurrió prácticamente durante la década entera (entre 1970 y 1979): el debate sobre el Estatuto Orgánico de la Universidad, un debate que, analizado hoy con los serenos ojos del tiempo y la distancia, definió y delineó —en gran medida y no sin ripiosos incidentes— el carácter, el sentido y la identidad de la Universidad Católica. La nota aquella tiene dos partes: una breve reseña del hecho que se cuenta y el «Comunicado» del señor Rector sobre ese hecho.

El hecho. Donde en *Información Universitaria* apenas se lee «los acontecimientos en la zona de Teoponte», debe

entenderse lo siguiente: el 19 de julio de 1970, sesenta y siete jóvenes, una gran mayoría universitarios, y varios de ellos demócrata cristianos radicales, incluido un estudiante de Economía de la Universidad Católica, tomaron el campamento minero de Teoponte, en el norte selvático del departamento de La Paz, y proclamaron así la continuidad de la guerrilla iniciada tres años antes, en 1967, por Ernesto *Che* Guevara. Un mes después, y a propósito de lo ocurrido en ese lejano poblado, en agosto de 1970, el Centro de Estudiantes de la Universidad organizó un acto en su Aula Magna y publicó un comunicado en la prensa local. Estas dos acciones estudiantiles provocaron el primer cierre de la Universidad Católica Boliviana, por decisión del señor Rector, y durante cuatro días.

El Comunicado del señor Rector. El texto tiene dos puntos. El primero es el lacónico anuncio del reinicio de clases, «a partir del lunes 31 de agosto». El segundo punto es el que trae la sustancia rectoral, y en él se desarrollan cinco ideas que vale la pena reseñar casi íntegramente, pues en ellas está la base de un conjunto de principios y normas que le permitirán al Rector conducir la nave en las tempestuosas aguas de los siguientes diez años.

Los principios y normas de la Universidad, en palabras del señor Rector: 1. *El principio de autoridad.* Este principio «constituye el fundamento de cualquier institución social». Es un principio que debe entenderse «primero como signo de servicio a la comunidad y luego como vínculo de unión y estabilidad, especialmente en momentos de crisis». «La autoridad así entendida se mantendrá a cualquier costo,

no significando en ningún momento ni autoritarismo, ni paternalismo»; 2. *El diálogo*. «La Universidad es una comunidad, y el diálogo deber ser el principio de cohesión de esa comunidad —afirma el Rector—. Sin este diálogo, pelagra la existencia y la esencia de la Comunidad Universitaria»; 3. *Una ideología*. «Se buscará urgentemente los canales efectivos para que la definición de la Universidad como “Agencia de Cambio” no sea meramente principista y ambigua. Se tendrá que elaborar una ideología que sirva de fundamento y de orientación a la Universidad. Dicha ideología deberá tener la amplitud necesaria para que en ella puedan tener cabida diferentes posiciones doctrinales y políticas frente a la problemática nacional»; 4. *Pluralismo*. «No obstante el fundamento doctrinal de la Universidad Católica Boliviana —apunta en este acápite el señor Rector— se reafirma el principio del pluralismo para que todos puedan participar en la construcción de la Universidad»; 5. *El fuero estudiantil*. El Rector reconoce éste como un derecho de los estudiantes, admite que poco se ha hecho al respecto en la Universidad, y que por ello el Rectorado «acelerará los procesos necesarios para llegar a ese fin» de manera que el fuero estudiantil esté inscrito en los Estatutos de la Universidad. Entretanto, señala el Rector, «se determina que no se aceptará identificación partidista alguna en la Universidad», que tanto profesores y alumnos «no pueden comprometer a la institución a través de comunicados, actos públicos y otras formas de expresión sin previa consulta a las autoridades universitarias», y, finalmente, que «se debe tomar especial cuidado en el uso de los locales de la Universidad».

En esas ideas, en esos principios y normas que se discutirían poco después en la elaboración del Estatuto Orgánico de la Universidad, y que prevalecerían en los diez años siguientes, está el *genio y figura* de Monseñor Genaro Prata, Arzobispo Auxiliar de La Paz en esos años, Obispo-Rector de la Universidad Católica Boliviana, por lo tanto, y su primer conductor desde 1966 y hasta 1979, durante doce años.

Y es ése —el tímido asomo de Teoponte en la Universidad—, el augural punto de partida de la década de los años setenta, cuando ya la Universidad contaba con dos carreras plenamente establecidas —Economía y Administración de Empresas, con las que se fundó (en 1970 recibieron su título los cuatro primeros economistas formados por la Universidad)—, y otras dos en proceso de creación —Psicología y Comunicación, las dos primeras en el país, como la de Administración de Empresas—. Vendrían después, en esos turbulentos años, el golpe de Estado de 1971, el modo en que la Universidad se insertó en el sistema de universidades públicas bajo la dictadura, la polémica aprobación del Estatuto Orgánico *Ad Experimentum* y las olas de la protesta social que tocaron sensiblemente a la principal y más importante obra de la Iglesia Católica en el ámbito de la Educación Superior en el país. Años duros y difíciles, sin duda, años de los que la Universidad Católica Boliviana emergió consolidada y en camino de su plena institucionalización.

Dicen que las preguntas tienen alguna importancia porque ayudan a desentrañar los actos y las cosas, y hasta algo de su historia. En el caso de la historia de la Universidad Católica

Boliviana, hay un par de preguntas que cumplen ese papel: ¿por qué los fundadores de la Universidad eligieron, como sus dos primeras carreras, las de *Economía y Administración de Empresas*?; ¿por qué la Universidad, antes de declararse formalmente como tal, y por apenas unos meses, entre mayo y junio de 1966, inaugura sus actividades con un denominado *Instituto Superior de Economía de la Empresa*?

Allá en los años sesenta, entre 1962 y 1966, cuando los Obispos fundadores de la Universidad discutían su viabilidad, propósitos y carácter, aparecen las primeras y múltiples respuestas a ese par de preguntas. El país de entonces, a juicio de los Obispos, era un país inmerso en cambios estructurales que exigían «la formación de profesionales, técnicos e investigadores de alta capacidad científica para enfrentar los problemas nacionales y buscar soluciones acordes con los valores cristianos y democráticos de nuestra historia». En ese país, la Universidad debía gestarse «en base a los principios de la Filosofía y la Doctrina Social de la Iglesia», contribuir al «proceso de cambio y de mejoramiento efectivo de las condiciones de vida del pueblo boliviano» y erigirse como «un centro católico de investigación, enseñanza y cultura, que pueda servir de base a muchas actividades apostólicas de la Iglesia, formando, asimismo, una verdadera élite en el alto nivel de gobierno y en la administración de empresas».

Estas primeras aproximaciones al perfil de la Universidad que imaginaron y diseñaron sus fundadores se concreta con mucha más precisión en un muy valioso documento

de esos años, el «Plan de Estudios de 1964». En este documento, se nombra como «Facultad de Ciencias Económicas y Sociales». Debe repararse aquí en la importancia que tiene el año de este Plan de Estudios: 1964, dos años antes del inicio de actividades del *Instituto Superior de Economía de la Empresa*, con el que arrancarían la marcha de la Universidad —el 14 de mayo de 1966—; dos años antes de la publicación del Decreto Episcopal de su creación por parte de la Conferencia Episcopal de Bolivia —el 16 de julio de 1966—; y dos años después de febrero de 1962, cuando los Obispos comenzaron a discutir la posibilidad de erigir una Universidad Católica.

El valioso documento aquél, el Plan de Estudios de 1964 de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, está inserto en el libro «Historia de la Carrera de Economía», publicado por la Universidad en 1990. El libro es un paseo documentado por las primeras dos décadas de vida de la Universidad, hasta 1988, y su autor es Carlos Machicado Saravia, por entonces Director de la Carrera de Economía. Allá está el primero de los planes de estudio de la Universidad, el de 1964, y están también los subsiguientes, los de 1969, 1970, 1973, 1977 y el de 1981, todos de la Carrera de Economía. Está también la nómina completa de los directores de la Carrera, la de sus profesores, la de los estudiantes —egresados y titulados—, está la lista de las materias, por supuesto, la lista de las Tesis de Grado (título, autor y fecha) y hasta un primer ejercicio relativo a las «Estadísticas de Producción Académica» de la Universidad (*Recursos Humanos, Eficiencia*

y *Retención*). Es éste, sin duda alguna, uno de esos libros que ya no se hacen.

Volvamos al Plan de Estudios de 1964, y al afán de detenernos en ese par de preguntas que este acápite quiere responder: ¿por qué la Universidad Católica Boliviana inicia sus actividades con un *Instituto Superior de Economía de la Empresa*? y ¿por qué sus dos primeras carreras son las de *Economía y Administración de Empresas*?

Un primer dato del Plan de Estudios de 1964: la estructura de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales que propone contempla tres carreras: la de Economía (cinco años de estudio), la de *Administración de Empresas* (cuatro años de estudio) y la de *Sociología* (cinco años de estudio). Lo sustancioso de ese Plan de Estudios, sus propósitos, su convicción, sus métodos y los profesionales que pretende formar: «Formar a los hombres y mujeres que en un futuro no muy lejano dirigirán la sociedad boliviana en los sectores profesionales». Tal el propósito principal. Y este propósito no puede cumplirse sin «la profunda convicción de que son los mismos ciudadanos bolivianos quienes han de llevar a cabo el resurgir social y económico de la nación». Por eso la creación de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, para que en ella se ofrezca a «un escogido número de jóvenes», «la posibilidad de cursar sus estudios superiores en un ambiente de total dedicación al estudio y a la investigación». La Facultad, señala finalmente el Plan de Estudios de 1964, se propone combinar los «métodos tradicionales de las universidades Latino Americanas con las técnicas modernas de la enseñanza norteamericana» para formar «economistas», «técnicos de la planeación»,

«directores y técnicos de la empresa y la banca», «oficiales de la nación» y «técnicos sociólogos de nuestras ciudades y de nuestro agro», todos profesionales formados «dentro de una orientación profundamente humana, cristiana y patriótica».

Hay otros datos igualmente valiosos en el libro «Historia de la Carrera de Economía». Los primeros siete profesores de la Universidad, por ejemplo: el padre Francisco Nadal, doctor en Economía y primer Director de las dos primeras carreras de la Universidad, Economía y Administración de Empresas; el padre José María Palau, licenciado en Filosofía; el doctor Pascual Sanchís, master en Economía; el señor Roberto Cáceres, Ingeniero; el doctor Jorge Siles Salinas, Abogado; el doctor Salvador Romero, Sociólogo; y el licenciado José Manuel Palenque, Auditor Financiero. Veintitrés años después, en 1989 —nos lo cuenta también el libro—, la planta de profesores de la Carrera de Economía de la Universidad estaría integrada por treintaicinco profesionales.

Hacen ya cincuentaidós años desde que el primer Plan de Estudios de la entonces naciente Universidad Católica Boliviana, el de 1964, nos decía que esa Universidad «necesitaría también un Director Espiritual que debería tener una oficina y horas de recepción en el local de la Facultad»; que era «absolutamente necesario para el primer año contar con tres aulas y una pieza espaciosa para montar el Laboratorio de Estadística»; que se necesitaría también, entre otros, «un profesor para Análisis Matemático I y II» y que «de ser posible debería ser pedido a la UNESCO por dos años» o «debería ser cedido por el Instituto Social

de los Padres Dominicos»; que se podía contar «con un promedio de veinte estudiantes por cada carrera»; que «una cafetería sería conveniente una vez que la Facultad cuente ya con varios cursos»; y que «debería prohibirse la organización de partidos y actividades políticas dentro del recinto de la Facultad».

La Psicología, como materia o asignatura en las entidades educacionales del país, tiene una larguísima historia que se remonta a los últimos años del siglo XIX. La historia de la Psicología, como carrera universitaria, en cambio, arranca recién en 1971, con la creación de la Carrera de Psicología en la Universidad Católica Boliviana.

De esa larguísima historia tomamos apenas algunos datos referenciales para acercarnos a la creación de la tercera de las cuatro primeras y emblemáticas carreras de la Universidad. En 1898, la Universidad San Francisco Xavier de la ciudad de Sucre organiza por primera vez en el país la asignatura de Psiquiatría, en la que también por primera vez se abordan temas relacionados a la Psicología. En 1910 se introduce la materia de Psicología en el último curso del bachillerato en los colegios fiscales. 1930 es el año en el que se incorpora de manera obligatoria la materia Psicología en los colegios católicos, especialmente en aquellos administrados por los jesuitas. En 1945 se crea la cátedra de Psicología General en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Mayor de San Andrés de la ciudad de La Paz. En 1954 se funda la Sociedad Boliviana de Psiquiatría, y será esta institución la que, en 1965, organice la «Primera Conferencia sobre

Enseñanza de las Ciencias Psicológicas en las Facultades de Medicina», un evento que ya prefiguraba la necesidad de contar en el país con una carrera de Psicología en las universidades, en ese momento todas estatales. Dos años antes, en 1963, el Ministerio de Educación había creado el primer «Gabinete de Psicometría» en el que se desarrollaron los primeros programas de orientación vocacional dirigidos a los jóvenes bachilleres.

Y es ahí, en esos programas de orientación vocacional, donde pueden encontrarse las primeras huellas de la Carrera de Psicología en la Universidad Católica, pues es en 1967, a un año de su fundación, cuando se crea el «Gabinete de Psicología», y luego, en 1968, el denominado «Centro de Servicios Psicológicos» que, dirigido por el doctor Alberto Conessa, se ocupaba de la asistencia, orientación y asesoramiento psicológicos en la Universidad. Poco después, en 1971, Conessa, especializado en Estados Unidos, junto al doctor Alberto Seleme y René Calderón Soria, médico especializado en Psicología en Canadá, elaboró el plan de estudios que permitió crear la primera carrera de psicología en el país, la Carrera de Psicología de la Universidad Católica Boliviana.

«Fue el doctor Conessa quien en los primeros años le fue imprimiendo una orientación predominantemente clínica, la que marcó el carácter general de esa carrera hasta su actualidad, aunque también se tiene las áreas social y educativa en el programa vigente», comenta el médico René Calderón Soria, autor del texto «La formación del psicólogo en Bolivia», de donde se ha tomado gran parte

de la información contenida en esta breve reseña. En 1977 egresaron los primeros psicólogos formados en la Universidad, y «esta primera promoción y las subsiguientes —apunta Calderón— abrieron el campo laboral en diferentes sectores y lideraron gran parte de las actividades y organizaciones de la psicología en el país».

Las primeras dos décadas de la Carrera de Psicología, entre 1971 y 1992, estuvieron marcadas por un proceso permanente de reformulación de su Plan de Estudios. En 1974, y con la incorporación del área de la *Psicología Social* en sus programas— hasta ese año se habían establecido dos áreas de formación: *Psicología Clínica* y *Psicología Educativa*—, la Carrera consolidó los cimientos de su estructura académica. También en 1974 se creó el Centro de Investigación y Orientación Psicológica, CIOP, cuyo propósito fue constituirse en una «clínica psicológica» sostenida por los estudiantes de la Carrera. Poco después, ya en los años ochenta y especialmente en los primeros años de la década de los noventa —cuando la Carrera contaba con el valioso aporte de varios profesionales formados fuera del país e incorporados a su plantel académico—, la primera Carrera de Psicología en el país podía afirmar, con solvencia y consistencia, que su Plan de Estudios y el perfil de los profesionales que pretende formar respondían a los cambios, necesidades y demandas sociales del país; que son tres grandes áreas en las que el psicólogo puede actuar en Bolivia: la salud, la educación y los procesos sociales; y que sus tres principales objetivos, en términos poblacionales, eran el individuo, el grupo y la comunidad.

En la referida década de los noventa, el programa de

estudios de la Carrera de Psicología de la Universidad estaba organizado en diez semestres académicos: los primeros tres de formación general; los siguientes cuatro semestres, entre el cuarto y el séptimo, correspondían al ciclo de formación aplicada; y los tres últimos al ciclo de formación especializada en los que se impartían contenidos relativos a las tres principales tendencias o corrientes de la Psicología: el *Psicoanálisis*, la *Psicología Fenomenológica* y la *Psicología Experimental*. Este Plan de Estudios, en el curso de los años, no ha sufrido modificaciones sustanciales, excepto aquellas que se llevan a cabo en 2002 con el propósito de encaminar la Carrera hacia el Postgrado.

En el año 2011 la Carrera de Psicología cumplió cuarenta años, y los cumplió situándose nuevamente en un privilegiado primer lugar: es la primera Carrera de la Universidad Católica Boliviana que obtuvo la Certificación de Acreditación por seis años otorgada por el Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana, CEUB. Ocurrió el 14 de septiembre de 2011. A partir de ese mismo año (2011), y hasta el año 2015, la Carrera volvió a ser la primera, la primera que se beneficia con un programa de becas del denominado «Consejo de Universidades Flamencas» (VLIR) que financia el gobierno de Bélgica y es también pionera en presentar la primera tesis doctoral en la Universidad Católica, la de la Dra. María Elena Lora.

Es altamente probable que la actual carrera de Ciencias de la Comunicación Social de la Universidad Católica Boliviana sea aquella que ha recibido —durante sus primeros veinte años de existencia— la mayor cantidad de nombres o

denominaciones. Es ésta también la Carrera que ha tenido que indagar, entre históricos papeles, la fecha exacta de su creación, y por ello tuvo que ser una Resolución Rectoral de la década de los años noventa —bastante después del inicio de su andadura— la que ha sellado la búsqueda y ha definido su actual denominación y fecha de fundación, el 18 de mayo de 1971. De lo que no quedan dudas es de que en esa algo entreverada historia de fechas y nominaciones tuvo como uno de sus nombres —el primero de ellos, además— el más largo que uno pudiera imaginar: Instituto Superior de Ciencias y Técnicas de la Opinión Pública.

Un lunes 10 de febrero de 1969, y en el Sindicato de Trabajadores de la Prensa de La Paz, el entonces Vicepresidente de la República y el Rector de la Universidad Católica anunciaron el inicio de actividades del Instituto Superior de Ciencias y Técnicas de la Opinión Pública. El dato ese de la sede del Sindicato como lugar del anuncio no es un dato menor. Allí coincidía el interés de Luis Adolfo Siles Salinas de poner en práctica un decreto de su gobierno destinado a promover la profesionalización de los periodistas; el de Monseñor Genaro Prata de vincular a la Universidad con el mundo de la prensa; y el del sindicato de cumplir una tarea encomendada por sus afiliados. El inicio de actividades del instituto de largo nombre le otorgaba, además, cobertura institucional a la puesta en marcha, en esos días (a fines de 1968), del «Curso especial de formación de periodistas en ejercicio», el primero de los espacios educativos de la Universidad en ese ámbito y el antecedente más remoto de su actual carrera de Ciencias de la Comunicación Social.



Primeros egresados del Instituto Superior de Ciencias de la Opinión Pública



Primer edificio de la Universidad

El referido «Curso especial» duró cuatro semestres, concluyó a fines de 1970 y otorgó un diploma de «Técnico Superior» a treintaidós periodistas. El director a cargo del curso — y del Instituto Superior de Ciencias y Técnicas de la Opinión Pública— fue el periodista Guillermo Céspedes Rivera; el subdirector del instituto fue el sacerdote Luis Espinal Camps, y entre sus profesores estuvieron Monseñor Juan Quiroz, quien dictaba la materia de *Literatura*, y José Luis Roca, *Geografía Universal*. Mientras el «Curso especial» transcurría, Monseñor Prata y los directores del instituto de largo nombre imaginaron y escribieron el proyecto de creación de la «Carrera de Ciencias y Técnicas de Comunicación Social». El documento —segunda «acta bautismal» de la actual carrera de Ciencias de la Comunicación Social— fue oficialmente presentado en noviembre de 1969.

«El periodismo en Bolivia —se dice en el referido proyecto, y no con poca osadía— aún no ha logrado constituirse plenamente en un medio canalizador de los procesos de desarrollo integral». «Es necesario restituir esta alta misión al periodismo» —continúa el documento— y «organizar un curso de alto nivel que garantice el estudio y la investigación a profundidad de las ciencias de la comunicación». A partir de estos dos preceptos se echa a andar en el primer semestre de 1971 la que se denominaría «Escuela de Periodismo de la Carrera de Ciencias de la Comunicación», el antecedente más preciso y directo de la actual Carrera de Ciencias de la Comunicación Social.

En ese mismo año (1971), y en los siguientes, la carrera fue acumulando algunos otros denominativos. «Facultad de

Medios de Comunicación», por ejemplo, tal como figura en el documento presentado por el Rectorado al Ministerio de Educación, o simplemente «Carrera de Periodismo», como la nombra el señor Rector en alguna de sus cartas; o «Departamento de Ciencias de la Comunicación», como se lee en el «Boletín Informativo de la Universidad Católica Boliviana», que bajo el nombre *Noticias UCB*, circuló entre 1975 y 1978.

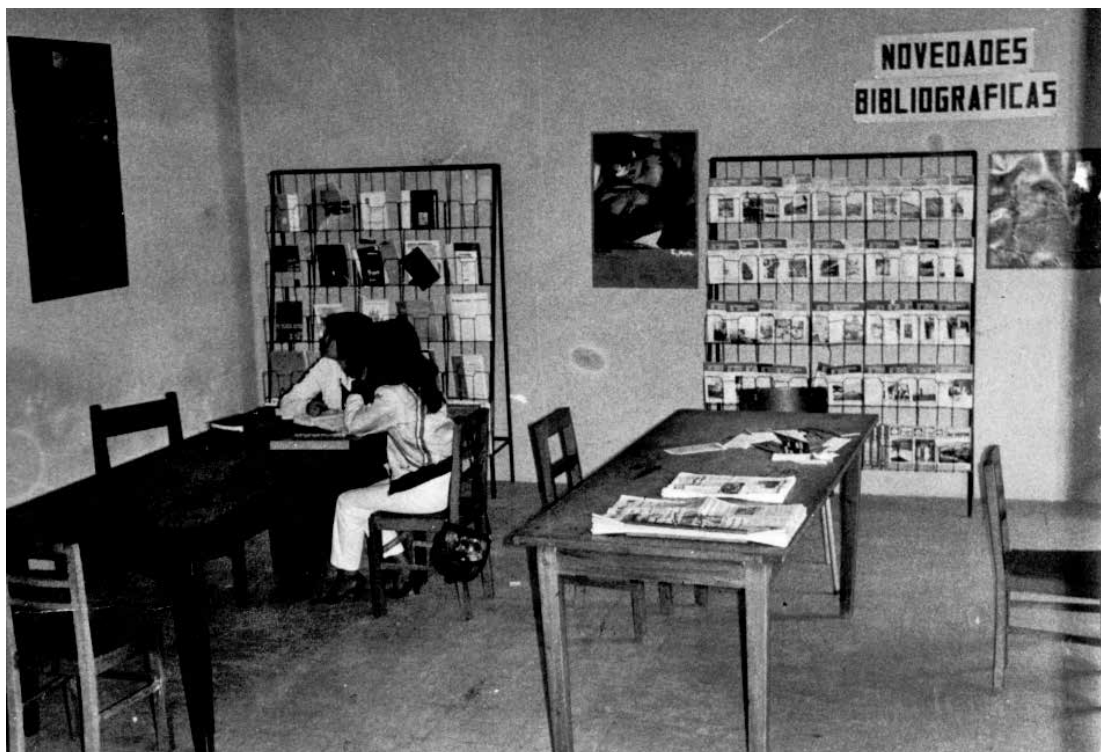
En los primeros años de la década de los noventa, y ya llegada la hora de celebrar las dos décadas de vida de la carrera de tantos nombres, se tropezó con una dificultad: nadie podía asegurar cuál fue la fecha exacta de su creación. Su Director, en un informe dirigido al Rector, zanjó el problema: «Es probable que las autoridades de la Universidad Católica Boliviana hubieran fundado la Carrera precisamente en mayo de 1971 en coincidencia con la aprobación de la Instrucción Pastoral *Communio Et Progressio*». Efectivamente, el 18 de mayo de 1971, y en Roma, se publicó la referida Instrucción Pastoral sobre los medios de comunicación social, preparada por mandato especial del Concilio Ecu­ménico Vaticano II y en medio de la V Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales. El Director de la carrera, por tanto, recomienda institucionalizar esa fecha como la del nacimiento de la carrera, y, de paso, sugiere establecer, de una vez por todas, su definitivo nombre. Y así lo determina la nombrada Resolución Rectoral de 1994, firmada por Luis Antonio Boza Fernández. Desde entonces, la hoy renombrada carrera tiene un solo nombre: Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Universidad Católica Boliviana «San Pablo».

Septiembre 6, 1971. A dos días de la publicación del Decreto Ley 09783 que clausura las actividades universitarias en todo el país y anuncia la creación de una «Comisión Nacional de Reforma Universitaria» cuya principal tarea será la «reestructuración integral de la Universidad Boliviana», y a dieciséis días del golpe de Estado del 21 de agosto de 1971, el Consejo Académico de la Universidad Católica Boliviana tenía que reunirse, evaluar la situación y tomar algunas decisiones. Presididos por el Rector, Monseñor Genaro Prata, se reunieron autoridades y representantes de los profesores y alumnos, y hubo entre ellos distintas maneras de interpretar el referido Decreto Ley y de encarar las tareas inmediatas de la Universidad en un nuevo contexto político. Para unos, lo primero que había que hacer era averiguar si la suspensión de las actividades incluía a la Universidad Católica; otros daban por hecho que la medida del gobierno la incluía y que había que preparar un plan que considere el cierre de la Universidad—con todas sus consecuencias administrativas—y su reapertura el año próximo, tal como señalaba el Decreto Ley; hubo quien consideró que el momento político le otorgaba a la Universidad—pensando en el perjuicio que la medida gubernamental causaba a todos los estudiantes del país—la oportunidad de sumarse e integrarse a las luchas de las universidades públicas, y hubo también quién consideró—desde la orilla contraria—que la oportunidad consistía en incorporar a la Universidad Católica en aquella Comisión creada por el Decreto Ley, la que se ocuparía de reestructurar el sistema universitario nacional.

Catorce meses, entre agosto de 1971 y octubre de 1972. Éste fue el tiempo de clausura de las universidades en

el país, incluida la Universidad Católica, por supuesto. Y poco más de siete años, el tiempo de la intervención gubernamental en el sistema universitario nacional. La Educación Superior, durante todo ese periodo, vivió un proceso de transformación política y académica cuyo eje central fue, como no podía ser de otra manera, la supresión de la Autonomía de las universidades públicas. En junio de 1972, el gobierno aprobó la denominada «Ley Fundamental de la Universidad Boliviana», y en ella se estableció, por primera vez en la estructura estatal del país, una instancia exclusivamente dedicada a los asuntos universitarios, el Consejo Nacional de Educación Superior, CNES, además del examen nacional de ingreso en todas las universidades. Y fue en ese periodo —entre 1972 y 1978— en el que se inició un proceso de notorio crecimiento de la matrícula universitaria en el país: en 1966 la población estudiantil de las universidades era de poco más de once mil alumnos; diecisiete años después, en 1983, en el inicio de la democracia en Bolivia, esa cifra llegó a más de setenta mil estudiantes. Los datos de la Universidad Católica confirman, exponencialmente, esta tendencia: treinta y un eran los alumnos que iniciaron clases en 1966, año de su fundación, y 2.257 los alumnos inscritos en 1978, doce años después.

Algo no menos sustancioso ocurrió en esos años: la Universidad Católica Boliviana pasó a formar parte del Sistema de la Universidad Boliviana, es decir, del sistema de la Educación Superior que incluye a todas las universidades públicas. Efectivamente, en la Tercera Reunión de Rectores de la Universidad Boliviana y el Consejo Nacional de



La primera biblioteca



Primer campamento rural en Kallapa, 1968

Educación Superior, CNES, el 19 de diciembre de 1974 en la ciudad de Santa Cruz, se aprobó una resolución en la que se declara que, «a tenor del artículo octavo del Capítulo Primero de la Ley Fundamental de la Universidad Boliviana», «las universidades privadas establecidas en el país forman parte del Sistema de la Universidad Boliviana, rigiéndose por el contexto académico que informa el espíritu de la Enseñanza Superior en Bolivia». En 1974 había en el país una sola universidad de derecho público, y esa era la Universidad Católica Boliviana. Y por ello la resolución del CNES y de los Rectores tenía que ser muy concreta: «La Universidad Católica viene cumpliendo una eminente función compatibilizada con las estructuras académicas de la Universidad Boliviana, toda vez que desde el punto de vista pedagógico, ofrece carreras universitarias diferenciadas que no suponen duplicidad de estructuras curriculares, función en la cual ha logrado al presente, justa reputación y merecido prestigio institucional».

La referida resolución señala también que si la Universidad Católica Boliviana era considerada como parte del sistema nacional universitario, tenía «iguales necesidades y obligaciones que las demás Casas Superiores de Estudio, debiendo en consecuencia ser merecedora de una adecuada asistencia económica estatal que le permita cumplir sus fines en grado óptimo de actualización pedagógica con los métodos y las técnicas de enseñanza en beneficio de la juventud estudiosa del país».

Tres meses después de la referida resolución del CNES y de los Rectores, el 19 de marzo de 1975 y en el primer número de *Noticias UCB*, a cargo del Departamento de

Ciencias de la Comunicación de la Universidad, aparece una noticia titulada así: «La Universidad Católica Boliviana recibirá una adecuada asistencia económica del Estado», y en ella se reseñan las palabras de Monseñor Genaro Prata destinadas a aclarar, en una conferencia de prensa, el contenido de recientes publicaciones referidas a la «ayuda» del Estado a la Universidad. «En la reunión con representantes de los medios de comunicación —apunta *Noticias UCB*— Monseñor Prata se refirió a los antecedentes sobre la colaboración del Estado», los referidos a la Tercera Reunión de Rectores con el CNES, ya anotados aquí. Las resoluciones aprobadas en esa reunión (también detalladas en estas líneas) le permitieron al Rector —cuenta *Noticias UCB*— dirigir «un oficio al Supremo Gobierno, solicitando que se viera la manera de tomar en cuenta lo expresado en esa reunión», y añade que «el aporte que recibirá la Universidad será indirecto, es decir, por los trabajos de investigación que se realizarán». Para ello «habrá que firmar un contrato con el Ministerio de Coordinación y Planificación».

Un año y tres meses después, el 17 de junio de 1976, una nueva y muy distinta resolución, también del CNES y firmada por los nueve rectores del Sistema de la Universidad Boliviana —incluido el Rector de la Universidad Católica Boliviana, Monseñor Genaro Prata—, describe la difícil situación que en ese momento atravesaban las universidades en el país. «Se ha desencadenado un nuevo conflicto, el cuarto del año, en las universidades de San Andrés de La Paz, San Simón de Cochabamba, San Francisco Xavier de Sucre, Tomás Frías de Potosí, Técnica de Oruro y en

varias carreras de la Universidad Católica Boliviana», señala en su primer párrafo la resolución. Y continúa: «La nueva perturbación universitaria asumió el carácter de una huelga eminentemente política, impuesta sin ningún planteamiento universitario». «Los únicos responsables de esta situación —añade el texto resolutivo— son los agitadores extremistas incrustados en las universidades, empeñados en desencadenar el caos y la anarquía, cumpliendo consignas antinacionales». La resolución concluye exhortando a los estudiantes «a normalizar la vida universitaria en toda la República», informando que, en el caso de las universidades de La Paz y Cochabamba, «se dispone la suspensión de actividades académicas y clausura del primer semestre de 1976», y anunciando, en el caso de las universidades de Sucre, Potosí, Oruro, y en el de la Universidad Católica, que «si hasta el lunes 28 de junio no vuelve a clases el 60 por ciento del estudiantado», quedarán suspendidas también, en esas universidades, las actividades académicas y clausurado el primer semestre del año en curso».

Esa huelga en las universidades, y otras muchas manifestaciones de protesta en el país, originarían en la Universidad Católica Boliviana aquello que los Obispos, en 1979, calificaron como «la gran crisis», una crisis que provocó la decidida y drástica intervención del episcopado nacional, inaugurando un nuevo ciclo en su historia. Pero ésa, esa es una historia que merece contarse al final de estas líneas.

Había dicho el Obispo-Rector, a poco de iniciarse la década de los años setenta, que la Universidad —para que su definición como «Agencia de Cambio» no sea apenas una ambigua declaración—necesitaba «elaborar una ideología que le sirva de fundamento y de orientación», una *ideología* que tuviera la suficiente amplitud de manera tal que en ella «puedan tener cabida diferentes posiciones doctrinales y políticas frente a la problemática nacional». Monseñor Prata, al mencionar la palabra ideología, pensaba en una sólida armazón de ideas que le dieran consistencia y caracterizaran la manera de ser y obrar de la Universidad Católica en la escena nacional; Monseñor Prata, urgido por los arduos tiempos que le tocó vivir, necesitaba un orden, un ideario, unas normas, unas reglas lo más eficaces posibles que le permitieran conducir la Universidad en esos tiempos difíciles. Monseñor Prata necesitaba un estatuto, el Estatuto Orgánico *Ad Experimentum*, aprobado consecutivamente por tres instancias y en tres meses: por la Conferencia Episcopal de Bolivia, en abril de 1976; por el Consejo Nacional de Educación Superior, CNES, en mayo de 1976; y por la Sagrada Congregación para la Instrucción Católica de la Santa Sede, en junio de 1976.

La elaboración del Estatuto de la Universidad se echó a andar a fines del primer año de la década, por iniciativa del Obispo-Rector, quien pidió a la comunidad universitaria —autoridades, profesores y alumnos— contribuir a su redacción. Y así, el Estatuto de 1976 tuvo tres versiones previas. La de 1970, que sienta las bases —en forma y contenido, y especialmente en las formas de carácter jurídico— de lo que tiene que ser un documento de esta

naturaleza. La de 1971, que tiene una particularidad que la destaca y diferencia: bajo el influjo crítico y transformador de la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, CELAM, llevada a cabo en septiembre de 1968 en Medellín, Colombia, este «Anteproyecto de Estatuto Orgánico» propone como principales objetivos de la Universidad «Propugnar la educación liberadora que convierta al educando en sujeto de su propio desarrollo», «Ser instrumento de diálogo profundo y renovado con inspiración cristiana de Fe y Ciencia, de las diferentes disciplinas entre sí, de profesores y alumnos, de Universidad y Sociedad», «Ser conciencia crítica de la comunidad boliviana y agencia de cambio social para lograr la constitución de una comunidad digna, justa, solidaria y cristiana». Y finalmente la versión estatutaria de 1973, cuya peculiaridad consiste en que, a juicio de los profesores de esa época, ése era el «Estatuto de la Universidad», es decir, el que fue presentado ante el Rector por la comunidad universitaria.

Hecho ese brevísimo recuento de los estatutos previos al de 1976, no es ocioso preguntarse qué trae, como contenidos centrales, el Estatuto Orgánico *Ad Experimentum* (apellidado así, en latín, porque como señaló Monseñor Prata, tenía un propósito experimental de un par de años). Y quizá la mejor forma de aproximarse a su texto (algo engorroso, como todos los de su naturaleza) sea remitirnos a sus críticos (quienes sí tuvieron que leerlo al derecho y al revés).

En una carta fechada el 1 de junio de 1976, poco después de que el Estatuto *Ad Experimentum* se conociera oficialmente

en la Universidad, y luego de su aprobación por parte de la Conferencia Episcopal de Bolivia, veintiún profesores le escriben una escueta carta, de apenas una página, al presidente del episcopado nacional de entones, Monseñor Armando Gutiérrez Granier. La misiva tiene cuatro puntos; los tres primeros comentan el contenido del documento y en el cuarto se mencionan los capítulos y artículos que generan su desacuerdo. «Lamentamos que la Conferencia Episcopal de Bolivia haya introducido cambios importantes en el Proyecto de Estatuto Orgánico presentado por nuestra Universidad en 1973», afirman los profesores en el primer punto; lamentan también que en la presentación oficial del documento «no se haya hecho conocer el parecer de la Comisión Episcopal de Educación», y opinan, categóricos los profesores, «que el Estatuto Orgánico no ha sido mejorado, sino empeorado».

Son dos capítulos y dos artículos del Estatuto Orgánico de 1976 los que desataron la fuerte reacción de los profesores: «No aceptamos ninguna disposición que esté basada en los acápite que observamos, y solicitamos que sean revisados inmediatamente y en forma conjunta». La primera de las disposiciones cuestionadas es la referida a la creación de la llamada «Junta Fundacional», hoy Junta Directiva. «La Junta Fundacional —dice el artículo 13 del Estatuto de 1976— es el organismo colegiado que asesora al Gran Canciller de la Universidad en nombre y por delegación de la Conferencia Episcopal de Bolivia». Más adelante, en el artículo 17, se le otorga a la Junta Fundacional la atribución de «Proponer al Canciller una terna para el nombramiento del Rector». Estos dos artículos quiebran una de las más

viejas tradiciones institucionales de las universidades que la Universidad Católica había hecho suya, aquella que señala que quien propone a los candidatos al Rectorado es el «Claustro Universitario», es decir, la asamblea conformada principalmente por los profesores y estudiantes. Por eso la ruda protesta de los profesores.

La segunda de las observaciones, a la que se sumaron los estudiantes de la época, es la referida a «Las organizaciones y representaciones estudiantiles». El artículo 97 del Estatuto de 1976 señala que «Cada carrera tendrá un Centro de Estudiantes elegido cada año al comienzo del periodo académico por los alumnos que han superado el Curso Básico —y conformado por un Presidente y cuatro vocales— entre los cuales se designarán los representantes ante los Órganos de Gobierno de la Universidad». El artículo 102 añade que «Los presidentes de los Centros de Estudiantes de cada Carrera y un delegado de los cuatro vocales elegidos por los mismos, constituirán el Centro de Estudiantes de la Universidad». Lo que los estudiantes (y los profesores) cuestionan de esta forma de elegir la representación estudiantil en la Universidad es la supresión —como en el caso del Claustro Universitario— de unos comicios que permitan elegir, directamente, al Centro de Estudiantes de la Universidad, como ocurre en las universidades públicas, cuando se elige a la denominada «Federación Universitaria Local, FUL».

Los otros dos artículos cuestionados por los profesores son el artículo 8 y el artículo 93 del Estatuto Orgánico *Ad Experimentum*. El primero de ellos determina que «Quien acepte integrarse a la Universidad Católica Boliviana

a cualquier título, función o actividad, se compromete — por ese solo hecho— a respetar su carácter de “católica”, los fines y efectos que se derivan de tal definición, y a colaborar lealmente para que éstos sean alcanzados». El segundo de esos artículos (el 93) señala: «Los alumnos regulares, además de los créditos correspondientes a la propia Carrera deberán llevar en cada periodo académico por lo menos dos créditos de asignaturas dictadas por el Departamento de Ciencias Religiosas».

Al Estatuto Orgánico de 1976 le siguieron otras versiones (la de 1981, dos de la década de los años noventa y la más reciente, la de 2011). Ninguno de estos Estatutos, los posteriores al de 1976, tuvieron la significación principista de éste. ¿Por qué? Porque la Universidad Católica —y el país—, a partir de la década de los años ochenta, y especialmente en la década de los años noventa, comenzó a vivir otro tiempo, uno menos crispado y más atento a la forja y construcción institucional. Todo ello, claro, ocurrió después de que el Estatuto Orgánico *Ad Experimentum* provocara, entre otros varios acontecimientos, el remezón de los dos últimos años de la década, 1978 y 1979.

«La crisis que este momento vive la Universidad Católica Boliviana es la peor y la más grave de sus primeros doce años de vida. De ella puede salir reforzada o destruida». «Nos hemos reunido expresamente para informarnos, reflexionar y tomar decisiones que tiendan a solucionar la gran crisis producida en esta Casa de Estudios Superiores y puedan salvar la continuidad de la obra de la Iglesia»

La primera de las dos frases es de Monseñor Genaro Prata, y está inserta en el informe presentado al Presidente de la Conferencia Episcopal de Bolivia, el Cardenal José Clemente Maurer. Tiene como fecha el 3 de enero de 1978. La segunda frase fue pronunciada por Monseñor Alejandro Mestre, Secretario General del Consejo Episcopal Permanente, y tiene como fecha el 6 de abril de 1979.

Las dos frases sintetizan dos episodios —uno tras otro en el lapso de poco más de un año— que situaron a la Universidad Católica Boliviana en el umbral de una encrucijada. El primer episodio de esa crisis se inició en los meses de noviembre y diciembre de 1977 y se desarrolló en los primeros meses de 1978; el segundo episodio ocurriría en los meses de marzo y abril de 1979.

Las dos frases sintetizan dos episodios —uno tras otro en el lapso de poco más de un año— que situaron a la Universidad Católica Boliviana en el umbral de una encrucijada. El primer episodio de esa crisis se inició en los meses de noviembre y diciembre de 1977 y se desarrolló en los primeros meses de 1978; el segundo episodio ocurriría en los meses de marzo y abril de 1979.

9 de noviembre de 1977 y 30 de enero de 1978.

Entre una y otra fecha transcurrió el primero de esos dos episodios que situó a la Universidad en el momento más difícil de sus primeros doce años de existencia. Los hechos se iniciaron con el anuncio de la convocatoria a elecciones generales por parte del gobierno de entonces, anuncio que incluía, además, el inicio de un proceso

gradual de legalización de los sindicatos en las fábricas y de las organizaciones estudiantiles en las universidades. En la Universidad Católica Boliviana, un grupo de estudiantes y ex dirigentes estudiantiles convocaron también a unos comicios en los que se pretendía renovar la directiva del Centro de Estudiantes, unos comicios que el Rector de Universidad, Monseñor Genaro Prata, calificó como «un acto de rebeldía». La elección de esa nueva directiva estudiantil se produjo el 22 de diciembre. Cuatro días después, la Comisión Académica de la Universidad decidió desconocer sus resultados e informar de lo acontecido al episcopado boliviano. El 6 de enero del nuevo año (1978), y en una Asamblea Extraordinaria, la Conferencia Episcopal de Bolivia emite una resolución en la que se le otorga «pleno y total apoyo al Rector y a la Comisión Académica y a las decisiones asumidas por ellos en fecha 26 de diciembre de 1976». Tres días después, el 9 de enero, un comunicado firmado por el Rector señala que, pese a los esfuerzos desplegados por las autoridades, persiste «la situación de rebeldía del sector estudiantil que originó el conflicto» y decide mantener la suspensión de actividades académicas hasta el 30 de enero, fecha en que la Comisión Académica de la Universidad retoma sus funciones y evalúa la situación a partir de un informe de Monseñor Prata en el que se afirma que los estudiantes decidieron deponer su actitud y renunciar a los cargos a los que postularon. La Comisión, por tanto, acuerda reanudar las actividades administrativas el 1 de febrero e iniciar el nuevo año académico el 3 de abril.

Miércoles 21 de marzo y sábado 7 abril de 1979.

En estos días el Secretariado General de la Conferencia Episcopal de Bolivia, en un comunicado público, hace constar que Monseñor Genaro Prata, como Rector de la Universidad, «cuenta con el apoyo de la Conferencia Episcopal de Bolivia». El lunes 26 de marzo, un grupo de diez estudiantes inicia una huelga de hambre en la Asociación de Periodistas de La Paz y recibe el apoyo de la Federación Universitaria Local de la Universidad Mayor de San Andrés, UMSA, de la mayor organización de los universitarios del país, la Confederación Universitaria Boliviana, CUB, y de Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, FSTMB. El miércoles 28, las autoridades de la Universidad anuncian que han decidido la suspensión temporal de todas sus labores en la Unidad Académica de La Paz. Pero el viernes 6 de abril, el Consejo Episcopal Permanente, después de tres días de deliberación, emite una Resolución de cuatro puntos: «1. Mantener el receso de actividades académicas y administrativas en la Universidad Católica Boliviana; 2. Crear una Comisión que estudie la renovación estructural, académica y económica de la Universidad. Se instruirá a dicha Comisión que realice la tarea que se encomendará, en el menor lapso de tiempo posible, intentando salvar los dos semestres del presente año académico; 3. Rechazar las exigencias de renuncia del Rector; 4. Reconocer y agradecer la colaboración competente, desinteresada y honesta de Monseñor Prata, injustamente atacado, y demás autoridades, ratificándoles la confianza y apoyo del Episcopado boliviano, dejando constancia que el señor Rector había presentado su renuncia desde hace tiempo,

basada en la multiplicidad de labores». La Resolución fue firmada por los Obispos José Clemente Maurer, Jorge Manrique, Armando Gutiérrez y Alejandro Mestre.

[Cabe aquí un nuevo y breve paréntesis, esta vez para revelar la paciente, decidida y anónima labor de un Obispo de la Iglesia en la solución del conflicto que acabamos de reseñar. Como se ha visto, y como correspondía, en todos los documentos de la Conferencia Episcopal de Bolivia relacionados a fijar la posición de la Iglesia durante la protesta estudiantil, aparecen los nombres del Cardenal José Clemente Maurer, el Arzobispo Jorge Manrique y los Obispos Armando Gutiérrez y Alejandro Mestre. Pero, y como es perfectamente entendible y explicable, no eran ellos quienes tenían en sus manos el rol de gestionar la crisis directamente con los estudiantes. Mientras se redactaba este afanoso recuento de algo de la historia de la Universidad, y en un diálogo casual, uno de los dirigentes estudiantiles de aquellos agitados dos meses de 1979, marzo y abril, recordó que quien dialogaba intensa y pacientemente, y quien buscaba soluciones al conflicto, en nombre de la Iglesia, era Monseñor Julio Terrazas Sandoval, en ese momento Obispo Auxiliar de La Paz desde julio de 1978, y luego Cardenal desde el año 2001. Otro memorioso profesor de entonces, confirmó el dato.]

Las clases en la Universidad Católica Boliviana se reiniciaron el 20 de agosto de 1979, exactamente cinco meses después de aquella asamblea estudiantil que consideró fenecida la

vigencia del Estatuto Orgánico *Ad Experimentum* y exigió la renuncia del Obispo-Rector. La Comisión encargada de estudiar «la renovación estructural» de la Universidad —denominada «Comisión Episcopal Universitaria»— presentó su informe a la Asamblea Plenaria de la Conferencia Episcopal de Bolivia el 12 de mayo de 1979.

Las labores administrativas se reiniciaron el 1 de junio, y el 4 de agosto de ese mismo año, a través de ocho sendas resoluciones emitidas y firmadas ese mismo día por Monseñor Armando Gutiérrez Granier y Monseñor Alejandro Mestre, Presidente y Secretario General de los Obispos en Bolivia, la Universidad cerró un primer y largo ciclo e inició otro. Merece la pena reseñar brevemente cada una de esas ocho resoluciones.

La Resolución 001/79 determina que la reanudación total de las actividades académicas en la Universidad tendrá como fecha la ya indicada, el 20 de agosto. La Resolución 002/79 instruye a las autoridades de la Universidad que «el primer semestre correspondiente al año académico 1979 debe reiniciarse con la reinscripción de los alumnos».

La Resolución 003/79, tomando en cuenta las recomendaciones de la Comisión Episcopal Universitaria, y «para garantizar la reapertura de la Universidad en un ambiente de concordia», resuelve la «renovación de sus organismos colegiados de gobierno». Así, los profesores y trabajadores administrativos elegirán a sus nuevos representantes y, en el caso de los alumnos, éstos designarán a dos delegados por Carrera para que «elaboren un



Toma de posesión de la Junta Fundacional



Mons. Manrique, Mons. Gutiérrez y el Cardenal Maurer

Reglamento de Elecciones Estudiantiles» que luego será aprobado por la Junta Patrocinadora de la Universidad, es decir, el episcopado nacional.

La Resolución 004/79 considera que el Estatuto Orgánico de la Universidad «requiere modificaciones» y «ratifica su vigencia en todas aquellas partes que no hubieran sido modificadas a sugerencia de la Comisión Episcopal Universitaria». Esta misma Resolución «invita a todos los estamentos de la comunidad universitaria a presentar sugerencias y observaciones» en los dos siguientes semestres académicos.

La Resolución 005/79 aprueba las «Normas Generales» de la Universidad como un paso previo a la aprobación del Reglamento General que interpretará y ampliará los preceptos contenidos en el Estatuto Orgánico. La Resolución 006/79 designa como Gran Canciller de la Universidad a Monseñor Genaro Prata, y la Resolución 007/79 a Luis Antonio Boza Fernández como su nuevo Rector. La Resolución 008/79, finalmente, y como parte de la «etapa de reordenamiento» que vive la Universidad, instruye a sus autoridades establecer un riguroso «plan de austeridad económica».

También en agosto de 1979, y por un pedido especial de la Conferencia Episcopal de Bolivia, Monseñor Jesús López de Lama, Obispo Prelado de Corocoro y Presidente de la Comisión Episcopal de Educación, escribe —pensando

en las autoridades, profesores, estudiantes y trabajadores administrativos— un hermoso texto titulado «**Sentido y razón de la Universidad Católica Boliviana**».

«Estamos en la puerta de salida de una crisis que nos ha conmovido a todos. Hemos sentido la tensión de unas horas difíciles, pero no imposibles. Nos hemos empeñado en buscar nuevos caminos, algunas condiciones institucionales y ambientales para que nuestra Universidad empiece una etapa nueva en un clima de participación y confianza». «Las tensiones son expresión de vida y resultan positivas cuando se las supera y domestica, cuando no nos dejamos vencer por ellas». Así empieza el texto de Monseñor López de Lama. Para continuar, se pregunta: «¿cómo ve la Conferencia Episcopal de Bolivia la Universidad Católica Boliviana?». Y a partir de esta pregunta describe la Universidad que los Obispos buscan construir. Una Universidad que «hace posible un diálogo permanente y creativo entre la ciencia y la fe»; una universidad inmersa en «un país que quiere aprender y quiere romper el maleficio de muchas frustraciones haciendo de su juventud no sólo profesionales competentes, sino también comprometidos con su pueblo».

Más adelante, el entonces Obispo Prelado de Corocoro [ciudad, municipio y capital de la Provincia Pacajes, en el sur del departamento de La Paz] refiere la «pequeña inquietud» con la que el episcopado observa el devenir de la Universidad.

«Nuestra institución le exige a la Iglesia un esfuerzo muy grande en recursos de personal y financieros. Lo hacemos gustosos, pero en la esperanza de obtener una justa rentabilidad. Una rentabilidad espiritual».

«¿Qué tipo de Universidad queremos los Obispos?», pregunta nuevamente Monseñor López de Lama. «Ante todo y sobre todo queremos que sea una Universidad. Es decir: un centro del saber universal, abierto a la ciencia, al saber, a la investigación. En una palabra: abierto a la verdad». «Una Universidad sin miopías, que mire el futuro como el pasado; que sus horizontes no sean los de una isla, sino los del mundo». «Nuestra Universidad no quiere ni debe ser encerrada en el cajón de ninguna secta, sea esta ideológica, política o religiosa. El sectarismo conduce a la dictadura del pensamiento, y entorpece o impide el encuentro con la ciencia, con el saber y con la verdad».

Y en este mismo acápite, el que fuera Presidente de la Comisión Episcopal de Educación parece responder a esa otra pregunta tercamente vigente, cincuenta años después: ¿qué es, qué significa, cómo debe ser una universidad que no quiere ser una universidad más, sino una *Universidad Católica*? «Respetamos la conciencia de los profesores y los estudiantes. Es ése un santuario donde nadie tiene derecho a entrar. Pero igualmente pedimos a quienes son parte de la Universidad Católica Boliviana que respeten y reconozcan su carácter, su naturaleza y su

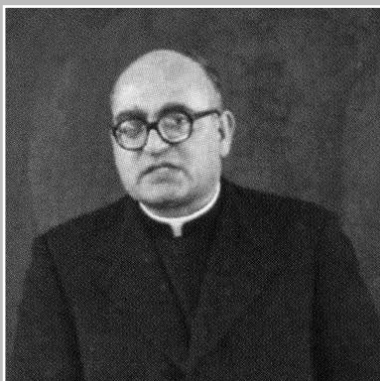


El Rector Antonio Boza y el Gran Canciller Genaro Prata
Acto académico 1981

finalidad. La nuestra no es otra universidad, una más en el conjunto de universidades. La nuestra es una Universidad adjetivada, católica, que nos exige y nos condiciona; que desea identificarse como tal y que quiere que se la acepte y estime por lo que ella es».

Monseñor Jesús López de Lama cierra su texto con una tercera pregunta: «¿Qué piensan los Obispos ahora, después del conflicto?». «Queremos que empiece una etapa nueva, sin vencedores ni vencidos. Deseamos que esta nueva etapa sea abierta, sincera, dialogante». «La Universidad es un cuerpo en crecimiento. Queremos que su tamaño y naturaleza respondan a las necesidades de Bolivia y de la Iglesia en Bolivia, y a nuestras posibilidades. No queremos engendrar monstruos ni engendrar gigantes». «Deseamos y queremos una Universidad mejor, a la medida de nuestro país y de nuestra Iglesia».

Rectores Nacionales de la U.C.B.



Mons. Genaro Prata S.D.B.
(1966 - 1979)



Dr. Antonio Boza Fernández
(1979 - 2001)



Dr. Carlos Gerke Mendieta
(2001 - 2005)



Dr. Hans van den Berg O.S.A.
(2005 - 2013)



Marco Antonio Fernández C. MEE., MM.
(2013 - a la fecha)

Los años ochenta y noventa

OTRO PAÍS, OTRA UNIVERSIDAD

Los números también se ocupan de contar la historia. En 1980 eran siete las carreras que ofrecía la Universidad Católica Boliviana, en La Paz y Cochabamba. Y poco más de 1.700, sus estudiantes. Veinte años después, en el primer año de este nuevo siglo, el número de carreras y el número de estudiantes se habían multiplicado por siete. Y eran ya cuatro, en el año 2000, las ciudades que cobijaban una Universidad Católica. Santa Cruz y Tarija se añadieron a las dos primeras. Y eran también cuatro las Unidades Académicas Campesinas, en Batallas, Carmen Pampa, Pucarani y Tiawanacu, seis los cursos de un primer ciclo de Postgrado, cuatro los de las «Maestrías para el Desarrollo» y cerca de 100 millones de bolivianos el presupuesto total del más importante de los empeños de la Iglesia Católica en el ámbito de la Educación Superior en el país.

Los números, hay que saberlo, pueden contribuir también a embarullar las cosas, si no se los explica, y si no se los contextualiza.

Crecimiento y expansión. Las dos palabras son útiles para emparejar los números con los hechos. Ciertamente, en esas dos décadas, entre 1980 y el año 2000, y en este último año en particular, la Universidad alcanza su mayor nivel de crecimiento en cincuenta años, tanto en el número de estudiantes inscritos como en el número de carreras

abiertas y en los espacios que la cobijan. Hay, empero, un dato que no debe dejarse de lado. Si bien en la década de los ochenta, y en la ciudad de La Paz, se habían creado dos nuevas carreras, las de Turismo y Relaciones Públicas, es en 1990, con la creación de la Carrera de Derecho, también en La Paz, cuando arranca el proceso de *crecimiento y expansión* de la Universidad que aquí referimos, tomando en cuenta, claro, que hasta entonces, hasta 1990, estaban consolidadas las cuatro emblemáticas carreras con las que la Universidad Católica inició su andadura en La Paz: las dos fundacionales, Administración de Empresas y Economía, creadas en 1966, y las de Psicología y Comunicación, que arrancan labores en 1971. A ellas se sumaban las tres de Cochabamba: Filosofía (1971), Enfermería (1974) y Teología (1976).

El dato es aún más revelador si se tiene en cuenta que, entre 1990 y el primer año de este siglo, la Universidad no sólo se expande hacia dos nuevas ciudades —Santa Cruz desde 1993 y Tarija desde el año 2000—, sino que se produce una verdadera «explosión» en la creación de carreras: treintaiocho en total en ese periodo. Si esto es así, si es en ese periodo cuando se materializa verdaderamente el crecimiento y expansión de la Universidad, ¿qué ocurrió en la primera de las dos décadas que aquí reseñamos como ejercicio de la memoria? ¿Qué ocurrió en la Universidad Católica Boliviana en la década de los años ochenta? Debemos dejar las aulas para responder la pregunta. Ir al país de esos años.









Acto de graduación, auditorio en Cochabamba



Campus Tupuraya, Cochabamba



Edificio central administrativo en Santa Cruz







Estudiantes en Santa Cruz



Capilla en el Campus de Santa Cruz

La década de los ochenta no podía empezar peor. Apenas diecisiete días después de las elecciones nacionales (junio 30), un golpe de Estado interrumpió el todavía naciente retorno a la democracia en Bolivia. El golpe fue uno de los varios episodios ocurridos en esos poco más de cuatro años de un periodo —entre julio de 1978 y octubre de 1982— que los historiadores han calificado como «el de mayor inestabilidad política de la historia de Bolivia». Nueve gobiernos, siete de facto y dos constitucionales; siete presidentes, una presidenta y una junta militar. «Una etapa dramática y desquiciada». Sí, los adjetivos tienen el peso exacto de los hechos.

Después, poco después de instalado el primer gobierno de la democracia que vivimos, la «hiperinflación». En octubre de 1982 los bolivianos podían cambiar un dólar por 230 pesos; tres años después, en agosto de 1985, ese mismo dólar valía más de un millón de pesos (1.149.354, para más exactitud). Un par de fechas más, el número de un Decreto Supremo, y un nuevo tipo de cambio: el 29 de agosto de 1985 se le presenta al país «el 21060»; a principios de 1989, cuatro años después, en Bolivia se cambiaba un dólar por 2,81 bolivianos.

Hay otros hechos relevantes de los años ochenta que merecen recordarse —el sorprendente crecimiento del narcotráfico en el Chapare, la creación de la ciudad de El Alto en marzo de 1985, o las elecciones municipales de 1987, las primeras después de casi cuarenta años—, pero seguramente ninguno tan trascendente como la propia consolidación de la democracia. Los hechos, en la

política, en esos años, comenzaron a ocurrir «por primera vez». Entre 1985 y 1997, puntualmente, bajo el rigor de la Constitución, en el Congreso Nacional y después de la celebración de elecciones nacionales, siempre en agosto y después de cuatro años, cinco presidentes que habían cumplido su mandato le entregaron a otro líder político el mando de la nación. No había ocurrido nunca en la historia del país, era la primera vez.

Este dato, inevitablemente, y en el plano nacional, nos traslada a la década de los años noventa.

«La primera marcha indígena y sus más de 600 kilómetros de caminata, desde Trinidad a La Paz, le abrió los ojos a un país mutilado por la ignorancia de su diversidad política y cultural». El cronista, uno de los muchos cronistas de la primera marcha de los pueblos indígenas del oriente boliviano (agosto y septiembre, 1990), resume así la trascendencia de un hecho que también ocurriría por primera vez. Por primera vez el Estado, luego de una marcha indígena de treintaicuatro días, reconocería el derecho de esos pueblos a su territorio.

Y por primera vez también un Censo —el de 1992— nos decía que la población de las ciudades era mayor a la población rural: el 57,5 por ciento de los bolivianos en ese año vivía en las áreas urbanas. Y por primera vez, dos ciudades sin fronteras, [es decir una ciudad, La Paz y El Alto], superaban el millón de habitantes (1.118.870, para más exactitud).

La década de los años noventa le trajo al país nuevas palabras, en forma de nuevas instituciones democráticas: el Tribunal Constitucional y la Defensoría del Pueblo, por ejemplo. La política tuvo las suyas: «Participación Popular», «Capitalización», «Reforma Educativa». La misma política se ocupó de diluirlas, apenas llegado el nuevo siglo.

Un par de datos más, sin duda relevantes, que nos entregan los años noventa: en julio de 1997 se inicia la construcción del gasoducto Bolivia-Brasil; exactamente dos años después, en julio de 1999, los más de tres mil kilómetros de tuberías instaladas desde Río Grande a Sao Paulo y Porto Alegre comienzan a llenarse de gas, como el país.

Y el mundo en esas dos décadas, entre 1980 y el año 2000, se hizo más rutinario. La caída del Muro de Berlín (1989), dos apellidos —Thatcher y Reagan— y una palabra —neoliberalismo— ocuparon la escena internacional.

El país no podía ser el mismo de siempre. La Universidad Católica Boliviana, tampoco.

Desde el mismo momento en que los Obispos fundadores de la Universidad se dieron a la tarea de construirla, allá en los años sesenta [ya se lo ha dicho aquí], una pregunta —una pregunta siempre presente e inaplazable— inquietaba cada uno de sus días: ¿cómo financiar la Universidad, cómo resolver la difícil y apremiante ecuación de sostenerla en el tiempo bajo la ineludible condición de que, al tratarse de una obra de la Iglesia,

no sólo que debía considerarse la implantación de un sistema de educación gratuita para aquellos estudiantes que no pudieran pagarla, sino que no podía construirse como una institución lucrativa y excluyente?

Desde su fundación, y hasta fines de la década de los setenta, la estructura presupuestaria de la Universidad Católica Boliviana tuvo como base y sustento las donaciones, las de la Santa Sede y las de instituciones católicas internacionales, fundamentalmente. En cifras gruesas (y elocuentes), la economía de la institución dependía de esas donaciones en un setenta por ciento; el restante treinta por ciento —los ingresos propios— procedía de los pagos mensuales de sus estudiantes.

Hay que decir también que en ese mismo año merodeaba en el ánimo de los Obispos y de los administradores la idea no muy esquivada del cierre de la Universidad, por razones presupuestarias: en 1979 se habían indemnizado y cancelado los beneficios sociales a gran parte de los profesores; la planta de trabajadores de la Universidad se redujo a doce personas, la mayoría administrativos; las donaciones no alcanzaban y los préstamos bancarios se hacían cada vez más difíciles.

Una vez más, y esta vez en el ámbito de la economía, 1979 aparece, en la historia de la Universidad Católica Boliviana, como un año decisivo.

1979 fue el año en que, después de dos conflictos internos protagonizados por la protesta de los estudiantes, la

Conferencia Episcopal Boliviana, a través de ocho resoluciones, había decidido emprender la «renovación estructural» de la Universidad Católica. Una de esas resoluciones, la 008/79, instruye a sus autoridades establecer un riguroso «plan de austeridad económica», como parte de la «etapa de reordenamiento» que en ese momento vivía la Universidad. Otra resolución, la 007/79, había designado al doctor Luis Antonio Boza Fernández como su nuevo Rector. Y fue él, el segundo rector en la historia de la Universidad, quién tuvo como su primera tarea la transformación radical de su estructura presupuestaria, una tarea que consistía, básicamente, en revertir completamente la composición del presupuesto, de manera que los ingresos propios, y ya no las donaciones, se conviertan en la base y sustento económico de la Universidad. Y esto sólo era posible incrementando los pagos mensuales de sus estudiantes. La Universidad, si quería existir, no podía depender más de las donaciones.

La tarea fue ardua y larga. Y sus resultados incontestables. Conviene referir algunas cifras, comparando dos presupuestos universitarios completamente distintos y separados por poco más de veinte años, los de 1979 y 1998 (y en cifras gruesas, desde luego).

En 1979, el presupuesto de la Universidad Católica Boliviana era de 23 millones de pesos, diecinueve catalogados como «Gastos de Operación» (el 81 por ciento del presupuesto total) y cuatro como «Inversiones» (el 19 por ciento). Estas inversiones, es importante señalarlo, se ejecutarían sólo si se recibían las donaciones específicas para este rubro.

Los Gastos de Operación, en ese presupuesto, se desglosaban así: «Aportes de la Conferencia Episcopal de Bolivia», poco más de seis millones (el 33 por ciento) (en este monto figuran los referidos aportes captados por la Universidad como donaciones de la Santa Sede y de organismo católicos internacionales); «Aportes del Estado», poco más de cinco millones de pesos (el 28 por ciento); «Aportes de los alumnos», poco más de cuatro millones (el 22 por ciento); «Investigaciones», cerca de tres millones (el 15 por ciento); y, finalmente, las «Donaciones para Becas», cerca de 350 mil pesos (el dos por ciento), monto que corresponde a las donaciones de instituciones nacionales. No será difícil para un lector paciente corroborar que estas cifras corresponden a una estructura presupuestaria en la que los ingresos propios de la Universidad —los que provienen del pago mensual de los estudiantes— se acercan al ya referido 30 por ciento del total de ingresos; y el 70 por ciento restante, a las donaciones.

El presupuesto de la Universidad Católica en 1998, que ya incluía, además del presupuesto de la «Regional La Paz», los de Cochabamba y Santa Cruz, era de 87 millones de bolivianos. Sabrá el paciente lector que los amigos de las cifras y los presupuestos, los profesionales contables, acostumbran a medir la llamada «Ejecución Presupuestaria» a mitad de gestión. Pues bien, al 30 de junio de 1998, los ingresos de la Universidad por «Derechos Académicos», es decir, el pago mensual de sus estudiantes, había rebasado el presupuesto del año y llegaba a 87.867.388.- bolivianos (el 100,99 por ciento); los «Ingresos por Servicios» sumaban poco más de un millón de bolivianos (el 1,27 por ciento); los «Ingresos

por Donaciones» eran de apenas 400 mil bolivianos (el 0,46 por ciento); y los llamados «Ingresos Varios» llegaban a poco más de 700 mil bolivianos (el 0,81 por ciento). Si el paciente lector decidió seguirnos, estas cifras de 1998 le dirán, irrefutablemente, cómo había cambiado el presupuesto de la Universidad en poco más de veinte años.

Está dicho: los números (y las cifras presupuestarias, claro) pueden embarullar las cosas, si no se los contextualiza.

Hubo mucho, mucho más que cifras, sufridos y sufrientes arreglos y cortes presupuestarios en la historia de la Universidad Católica Boliviana en esos años. Frente al balance contable, en rojo o azul, estaba una Universidad que había logrado hacerse dueña de ese siempre caro y deseado adjetivo: era una universidad *prestigiosa*. [Prestigiosa, debe entenderse, en sus dos acepciones: que *tiene* prestigio y que *da* prestigio.] Entre los catorce años que median entre su fundación y 1980, el año en que se inició la radical reforma presupuestaria —y durante el decenio inmediato—, la Universidad Católica, con sus cuatro primeras y más representativas carreras, Economía, Administración de Empresas, Comunicación y Psicología (estas tres últimas creadas en el seno de la Universidad Católica por primera vez en Bolivia), había forjado una personalidad propia en el ámbito de la Educación Superior en el país. Era una Universidad que —desde los años sesenta— había logrado enfrentar, con éxito, y tal como se lo plantearon sus fundadores, el desafío de implantarse en medio de la presencia dominante de la universidad pública que, en esos años, y hasta la mitad de la década de los años ochenta,

había detentado el monopolio absoluto de la Educación Superior en el país. Era una Universidad que, en varios aspectos, se había adelantado a las transformaciones que se iniciaron en la universidad pública en la década de los años noventa, cuando en el país se comenzó a discutir la necesidad de una nueva conciencia sobre el rol de las universidades. Es la Universidad Católica Boliviana de esos años, una universidad que, por su trayectoria, y también por su vínculo permanente con el Sistema de la Universidad Boliviana (es parte de este Sistema), logra adecuarse, también con éxito, a las nuevas demandas sociales que surgen ya no sólo en el plano nacional, sino en el contexto internacional, marcado por los procesos —es inevitable apelar a la terminología de la época— de globalización e internacionalización de la economía en el planeta.

Hay que revisitar a la década de los noventa, el tiempo del *crecimiento y expansión* de la Universidad, sabiendo ya que, en el decenio precedente, la *estabilización* de su economía era una tarea cumplida.

Treintaiocho nuevas carreras. Nueve de ellas en La Paz; doce en Cochabamba; nueve en Santa Cruz; y ocho en Tarija. Son estos los datos incontestables que revelan el grado de crecimiento y expansión de la Universidad Católica Boliviana entre 1990 y el primer año del nuevo siglo, el año 2000. El hecho de ser una Universidad con cuatro sedes significó algo inédito en Bolivia y también entre las Universidades Católicas de otros países, no solo de América sino de otros continentes. Los datos merecen desglosarse, identificando de qué carreras

se trata, porque así es posible perfilar qué es eso que aquí —hace apenas un par de párrafos— se ha llamado «nuevas demandas sociales» en el ámbito de la Educación Superior en el país. Antes, empero, cabe una brevísima reseña de la instalación de la Universidad en las ciudades de Cochabamba, Santa Cruz y Tarija.

En la historia de la Unidad Académica de Cochabamba pueden identificarse dos etapas particularmente distintas: la relacionada con la fundación de la Universidad, allá en la mitad de los años sesenta, y la que se inicia en la década de los noventa. «Una Facultad de Economía y Administración de Empresas, orientada a formar personal para las obras de desarrollo nacional, la misma que funcionará en la ciudad de La Paz», y «Una Facultad de Pedagogía, dirigida a formar personal especializado para facilitar la realización integral de la Reforma Educacional», situada en Cochabamba. Éste era el deseo de los Obispos fundadores de la Universidad cuando redactaron el Decreto de su creación, el 16 de julio de 1966. La idea era que la católica Escuela Normal de Cochabamba, que funcionaba desde 1956, se transformara en Facultad de Pedagogía. No ocurrió así, pues es recién en 1971 —el 26 de febrero de ese año—, y con la creación de la Carrera de Filosofía (hoy Filosofía y Letras), cuando se inician las actividades de la Unidad Académica Regional de Cochabamba. Tres años después, el 11 de octubre de 1974, la reconocida Escuela de Enfermería «Elizabeth Seton», fundada en 1965, se incorporaría a la Universidad para dar lugar a la actual Facultad de Enfermería. Finalmente, en 1976 se crearía la Carrera de Teología. Filosofía, Enfermería y Teología. Éstas fueron las tres principales

carreras en Cochabamba durante casi dos décadas, entre 1971 y 1990, hasta que a partir de ese último año se produjera una verdadera «implosión»: diecinueve nuevas carreras en diecinueve años, entre 1990 y 2009, un programa de siete maestrías, diecisiete diplomados y un primer y único doctorado en el país en el área de Comunicación Social.

A la Unidad Académica de la Universidad Católica en Santa Cruz la distingue una especial particularidad: junto a su estructura académica, digamos «convencional», y semejante a la de sus universidades hermanas de La Paz, Cochabamba y Tarija, e integrada por los departamentos de Arquitectura, Ciencias Exactas e Ingeniería, Derecho, Ciencias Económicas, Administrativas y Financieras, y Ciencias de la Salud, conviven los denominados «Programas Académicos de la Iglesia». La Unidad Académica de Santa Cruz tiene como fecha de fundación el 1 de marzo de 1993, cinco años antes, sin embargo, en 1988, la Universidad Católica acogió, a través de un convenio con la Congregación Salesiana de Santa Cruz, la carrera de Agropecuaria a nivel Técnico Superior en Muyurina, uno de los varios empeños educativos de la Iglesia Católica en esa región del país. Éste fue el primer Programa Académico de la Iglesia que pasó a formar parte de la oferta de la Universidad. En enero de 1990, Monseñor Tito Solari, por entonces responsable de Educación de la Conferencia Episcopal de Bolivia, el Rector Luis Antonio Boza Fernández y las religiosas Sor Marina Antelo Goytia y Sor Ancilla Bereta Basilio, delegadas de la Congregación Hermanas Franciscanas Angelinas, presidieron la firma del convenio entre la Universidad y esa Congregación para la creación

de la Carrera de Psicopedagogía, el segundo Programa Académico de la Iglesia acogido por la Universidad. Un año después, en 1991, las Hermanas Misioneras de la Doctrina Cristiana y la Universidad crearon la Carrera de Ciencias Religiosas, el tercer Programa Académico de la Iglesia en Santa Cruz. Después de fundada la Unidad Académica de la Universidad en esa ciudad, el referido 1 de marzo de 1993, se sumaron a ella, y también a través de convenios y como Programas Académicos de la Iglesia, varias otras carreras, entre ellas la de Comunicación Audiovisual (en 1998, a cargo de Diakonía), la de Agropecuaria (2000) a nivel de Técnico Superior, esta vez en Comarapa y a través de un convenio con la Congregación de los Hermanos Maristas, y la Carrera de Teatro (2004) también a nivel de Técnico Superior y en convenio con la denominada «Fundación de Hombres Nuevos». Al año 2015, de los 3.354 alumnos inscritos en Santa Cruz, 647 corresponden a los Programas Académicos de la Iglesia y 2.707 a la Unidad Académica Regional. Una singularidad adicional de la Universidad Católica en Santa Cruz: es la única que cuenta con las carreras de Medicina y Odontología: siete de cada diez estudiantes de esta Unidad Académica regional se forman en estas dos carreras.

Los primeros quince años de la Unidad Académica de la Universidad en Tarija —inició sus labores académicas en enero del año 2000— guardan una historia más larga, la que se inició en noviembre de 1992, cuando un grupo de notables tarijeños y tarijeñas decidieron crear la denominada «Fundación Educativa, Científica y Cultural Tarija» que, un año después, en junio de 1993, se constituiría en el soporte institucional para la fundación y puesta en marcha

de la «Universidad San Bernardo de Tarija», en marzo de 1994. Seis años después, el 27 de enero de 2000, la referida Fundación y la Universidad Católica Boliviana firmaron un convenio de transferencia que hizo posible la instalación de la cuarta Unidad Académica Regional de la Universidad Católica en Tarija. Hoy, esta Universidad, y con datos del periodo 2001-2014, ha titulado a 902 profesionales, la mayoría de ellos en cuatro de sus doce carreras: 281 en Ingeniería Comercial, 180 en Arquitectura, 165 en Derecho y 98 en Ingeniería Civil.

Volvamos a las cifras globales del *crecimiento y expansión* de la Universidad —treintaiocho nuevas carreras creadas entre 1990 y el año 2000: nueve en La Paz, doce en Cochabamba, nueve en Santa Cruz y ocho en Tarija —, identificándolas y perfilando así la forma en que la institución responde a las «nuevas demandas sociales» en el ámbito de la Educación Superior en el país.

En la Unidad Académica de La Paz, además de la creación de la Carrera de Derecho en 1990, destaca, entre las nueve creadas hasta el año 2000, la puesta en marcha de la carrera de Arquitectura y de tres «ingenierías»: Ingeniería de Sistemas, Ingeniería Industrial e Ingeniería Civil; en la Unidad Académica de Cochabamba sobresalen, entre las doce creadas entre 1990 y el año 2000, las carreras de Ciencias de la Comunicación, Administración de Empresas, Derecho y cuatro «ingenierías»: Ambiental, Industrial, Civil y de Sistemas; en la Unidad Académica de Santa Cruz, de entre las nueve carreras que se abren desde 1993 hasta el





Unidad Regional de Tarija

año 2000, destacan: Administración de Empresas, Medicina y tres «ingenierías»: de Sistemas, Industrial y Civil; en la Unidad Académica de Tarija destaca la creación, en el año 2000, de la emblemática carrera de Administración de Empresas, y a ella se suman, entre otras, y también en ese mismo año, la de Derecho y, otra vez, tres «ingenierías»: Civil, Comercial y de Sistemas.

El solo recuento de carreras, algo engorroso es cierto, encierra sin embargo, una certera «radiografía» de esa Universidad Católica Boliviana —ampliada a tres nuevas ciudades— que emerge en el decenio de los noventa. Merece la pena insistir en la indagatoria de las carreras que se crean en la Universidad en esos años, para obtener una aproximación aún más precisa a su andar. Si se toman como base las cuatro carreras con las que la Universidad inicia su recorrido, en los años sesenta y setenta, hay que decir que treinta años después (poco más, poco menos), y en el año 2000, la carrera de Administración de Empresas está implantada en las cuatro ciudades; la carrera de Comunicación Social, a su vez, está en tres de esas ciudades: La Paz, por supuesto, Cochabamba y Tarija; y hay que decir también que, curiosamente, las carreras de Economía y Psicología, dos de las cuatro fundacionales, sólo tienen sede en La Paz. Pero quizá lo más significativo de la década —los datos recogidos y reseñados así lo señalan— es que en ese periodo (1990-2000) y en cada una de las cuatro ciudades que cobijan a la Universidad Católica, se crean entre tres y cuatro carreras de Ingeniería. El dato es todavía más significativo si se toma en cuenta que, hasta ese entonces, estas carreras eran «patrimonio» prácticamente único y

exclusivo de la universidad pública. Puede decirse, por tanto, que el periodo de los noventa fue, para la Universidad, al menos en alguna medida, la «década de las ingenierías».

Otra manera de situarse en la década de los noventa, para observar desde allí a la Universidad Católica que emerge en esos años, es remitirse a las hondas mutaciones que se produjeron en ese tiempo —y desde el proceso de instalación de la democracia en el país, en los años ochenta— en la universidad pública boliviana. Aquella universidad forjada en el discurso revolucionario y la cultura contestataria de los años setenta, aquella universidad cuyo desarrollo, razón de ser y dinámica interna estaban marcados por una alta permeabilidad a los procesos políticos —como ocurría en prácticamente todas las universidades públicas latinoamericanas—, dejó su lugar a una universidad mucho más sosegada, una universidad enmarcada en una etapa en la que en el país se buscaba relacionar —no siempre con éxito— universidad y políticas públicas, una universidad que tuvo que adecuarse a los cambios ocurridos en el país, a la ruptura del modelo estatal vigente desde la década de los cincuenta y a la adopción de la llamada «economía de mercado», una universidad pública, en fin, que, apremiada por los nuevos tiempos, se vio obligada a ampliar su oferta educativa —especialmente en el campo de las ciencias sociales— ante una demanda siempre creciente y de características particularmente distintas a las de las décadas precedentes. En los años noventa, además, se consolidó el surgimiento de las universidades privadas y la consiguiente ruptura del monopolio que la universidad pública detentaba en el ámbito de la Educación Superior. Este proceso se inició con la creación de la Universidad Evangélica de Bolivia, en

1982, y con la apertura de la Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra, UPSA, creada con el respaldo corporativo del empresariado cruceño en 1985. Entre los años 1990 y 1995 se crearon veintiún nuevas universidades privadas en todo el país. Hay, en estas cifras, la marca no sólo de unos nuevos tiempos, sino también el signo de que la Educación Superior comenzaba a convertirse, en el país, en un atractivo y lucrativo negocio en manos privadas.

La década de los años noventa registra también un hecho de singular importancia para la Universidad Católica Boliviana. Hasta el 20 marzo de 1994, y durante casi veintiocho años, la Universidad había funcionado en base a un Decreto Ley —con número 07745 y fecha 1 de agosto de 1966— promulgado por la junta militar de gobierno que encabezaba en ese tiempo el general de ejército Alfredo Ovando Candia [ya se lo ha contado aquí]. El 21 de marzo de 1994, ese Decreto Ley, por decisión del gobierno nacional de entonces, se convierte en ley, la Ley 1545. No hay en esta norma de dos páginas nada sustancialmente distinto a lo que señalaba el Decreto Ley de 1966.

Como había ocurrido casi tres décadas antes, la Ley 1545 define a la Universidad Católica Boliviana como «una institución de derecho público que goza de autonomía académica y económica»; señala que la Católica es una universidad que «forma parte del Sistema Universitario Boliviano para la coordinación de sus actividades»; y que «está plenamente facultada para extender certificados de notas, egreso, diplomas académicos y Títulos en Provisión Nacional sin restricción ni limitación alguna».

La Ley 1545 reafirma también, como el Decreto Ley de 1966, que la Universidad Católica «se registró por su propio estatuto», y «por las leyes que norman las universidades públicas estatales»; la norma señala además que la Universidad «administrará libremente sus recursos, sin recibir ningún aporte estatal, nombrará sus autoridades y al personal docente administrativo, de acuerdo a sus estatutos, planes de estudio y presupuesto anual». Finalmente, la Ley 1545 establece que al ser la Universidad Católica una institución «de interés social, de derecho público y de utilidad nacional», «se le reconocen las mismas liberalidades arancelarias e impositivas que a las universidades estatales».

Fue también en 1994 —el 7 de julio de este año— cuando el gobierno de entonces promulgó la Ley 1565, la Ley de Reforma Educativa. Hay en esta norma un primer y tímido intento, desde el Estado, de recomponer la estructura de la Educación Superior en el país. La norma establece que será el «Organismo Central de coordinación de la Universidad Boliviana» la entidad encargada de elaborar un «Plan Nacional de Desarrollo Universitario» cuyos objetivos serán tres: el «desarrollo de la investigación, la docencia, la extensión y la difusión cultural, como funciones sustantivas de la Educación Superior»; la «optimización de la eficiencia, la eficacia y la calidad de la Educación Superior»; y la «adecuación de las actividades de la Educación Superior a las necesidades del desarrollo nacional y regional». Eran estos unos objetivos cuyo cumplimiento sería evaluado por dos organismos autónomos y especializados creados por la misma ley: el «Sistema Nacional de Acreditación y Medición de la Calidad Educativa (SINAMED)», y el «Consejo

Nacional de Acreditación y Medición de la Calidad Educativa (CONAMED)», a cargo de su administración (Artículo 21, Ley 1565).

El mencionado Consejo Nacional de Acreditación y Medición de la Calidad Educativa (CONAMED) — especifica la Ley 1565— «certificará la **medición de la calidad de la educación y la acreditación de los programas y las instituciones educativas públicas y privadas**, de cualquier nivel, en un proceso permanente y de constante renovación». La norma determina, además, que el proceso de acreditación de la Educación Superior en Bolivia comprende las fases de **autoevaluación, evaluación externa y acreditación**, y que «tendrá como objetivos orientar e impulsar el desarrollo de las instituciones de educación pública y privada, asegurando que éstas realicen sus actividades sobre indicadores mínimos de calidad y eficiencia en la gestión educativa».

Estos saludables propósitos nacionales, como tantos otros, languidecieron durante poco más de diez años bajo amenaza de naufragio. Tuvo que llegar el nuevo siglo para que, recién en marzo de 2005, el Congreso Nacional apruebe la Ley 3009, Ley del Consejo Nacional de Acreditación de la Educación Superior (CONAES), que puso en marcha el propósito de evaluar la calidad de la educación en el país. De todas maneras, debe atribuirse a la Ley 1565 de 1994 la incorporación de esas nuevas palabras en el léxico universitario nacional: **medición de la calidad de la educación, autoevaluación, evaluación externa y acreditación**. La Universidad Católica Boliviana las hizo suyas en esa década, la década de los años noventa.

Hay otros papeles, los papeles que guardan los archivos de la Universidad (esos viejos papeles, siempre felices decidores de la historia), que nos ofrecen, desde distintas perspectivas, otra aproximación a la vida de Universidad Católica de aquellos años. Entre esos papeles están, por ejemplo, un par de páginas escritas y firmadas, de puño y letra, por el Rector Luis Antonio Boza Fernández. Era frecuente, allá en los años noventa, que instituciones de toda naturaleza ensayen una suerte de autovaloración a partir de la identificación de las «Fortalezas», «Oportunidades», «Debilidades» y «Amenazas», una técnica de evaluación institucional llamada «FODA». Anota el Rector, como *Fortalezas* de la Universidad, las siguientes: *Tradicición, Prestigio y Predisposición al cambio*, y las justifica destacando la calidad en la formación de profesionales y la alta calificación de sus docentes, el hecho de que la Universidad sea una institución de la Iglesia, el trabajo en equipo y el inicio de una serie de reformas en el ámbito académico e institucional. Las *Oportunidades* que observa la principal autoridad de la universidad son: *Mantener el liderazgo, Mejorar la calidad de la educación* y establecer *Convenios nacionales e internacionales*, y los argumentos en los que se asientan estas *Oportunidades*, a juicio del Rector, tienen que ver con un crecimiento más sistemático de la Universidad (cuantitativo y cualitativo), con la aplicación de sistemas de autoevaluación, acreditación y planeamiento institucional, y con la implantación del postgrado en la Universidad. En cuanto a las *Debilidades* institucionales, Boza Fernández anota: el *Crecimiento desordenado y la Burocracia*, la *Poca investigación* y la *Infraestructura*; estas tres principales Debilidades, señala el Rector, se explican por la interrupción de procesos en marcha, por la falta de una formación pedagógica en los docentes, por la ausencia de un Plan de Desarrollo Integral,

la falta de comunicación y el ingreso indiscriminado de estudiantes; la construcción de una biblioteca acorde a las dimensiones que adquiriría la Universidad en esos años, es otra de las necesidades que menciona la primera autoridad de la institución. Finalmente, el Rector advierte, como *Amenazas*, el *Estancamiento* (crecimiento no organizado), la *Competencia* de otras universidades y la *Interrupción del proceso de cambio* iniciado en esos años.

Estos apuntes del Rector Boza Fernández tienen la importancia de situar y revelar a la Universidad Católica Boliviana en un nuevo momento de su historia, el momento del que aquí nos ocupamos, el de su *crecimiento y expansión*, no exento de las naturales tensiones y nuevas necesidades institucionales que emergen, precisamente, de ese proceso. Pero, ¿cuáles son esas necesidades y tensiones?, ¿cuál es ese proceso de cambio al que se refiere el Rector Boza Fernández?

Otros viejos papeles, los del Pro Rectorado, una instancia de la Universidad hoy desaparecida, desgranar algunas respuestas a esas preguntas. La aplicación de un nuevo sistema de evaluación; la creación de nuevas carreras, la potenciación de otras y la redefinición de sus planes de estudio; la larga e inacabada (todavía hoy) discusión sobre la viabilidad o no del examen de ingreso; la reformulación y orientación del postgrado; las modalidades de graduación; la urgencia de promover mecanismos más efectivos que hagan posible la investigación en la Universidad; la formación de docentes y la exigencia de un doctorado en Educación Superior al menos para los directores de carrera.

Son éstos los puntos centrales de lo que bien puede llamarse, en esos años —entre 1997 y 1998, fundamentalmente— la agenda de desafíos y transformaciones que enfrentaba la institución. Cabe aquí, porque nos aproxima a un retrato de la Universidad de entonces, un breve repaso a una de esas tareas fijadas en su agenda institucional.

Fue en 1998 cuando comenzó a aplicarse un nuevo Sistema de Evaluación en la Universidad Católica Boliviana. Su carácter, innovador en el marco de la universidad boliviana de entonces, tiene directa relación con los propósitos de formular nuevas políticas y lineamientos de formación académica. Se trata de un sistema de evaluación que concentra su enfoque en la idea de la «evaluación continua» y no sólo, como era tradicional, en aquel «examen final» con el que los estudiantes aprobaban o reprobaban una materia. En esa idea, en la de la *evaluación continua*, radica la esencia de esta innovación. ¿Y en qué consiste? La *evaluación continua* es un proceso que, al inicio del semestre, fija determinados *objetivos básicos (o mínimos) y adicionales* que deben cumplirse en el curso de dicho semestre. El resultado *documentado* de esta nueva forma de evaluación habilita o no al estudiante para la evaluación o examen *final*. El cumplimiento de los objetivos básicos, a su vez, otorga una nota del 60 por ciento, que es la nota mínima para que el estudiante pueda habilitarse a la prueba final, cuando concluya el semestre; el 40 por ciento restante de la ponderación se evalúa en función del cumplimiento de los mencionados *objetivos adicionales*. La nota final que obtenga el estudiante (aprobatoria o reprobatoria), por tanto, será el promedio de la nota obtenida en la *evaluación continua* y en el *examen final*. Lo significativo y transformador de

este sistema de evaluación estriba en que el profesor «deberá presentar por escrito en la primera clase del semestre, los *objetivos básicos*, los *adicionales*, los contenidos de la materia, la bibliografía y las técnicas y los instrumentos que se utilizarán para evaluar el cumplimiento de cada uno de los objetivos. Estas técnicas deberán contemplar necesariamente procesos autoevaluativos, coevaluativos y heteroevaluativos», señala el «Reglamento del Sistema de Evaluación Académica». Y añade: «La Evaluación Docente, en el proceso enseñanza-aprendizaje, se realizará en base a cuatro documentos: *Plan de Trabajo*, *Informe de Labores*, *Informe del Jefe del Departamento* y *Formulario de Valoración Estudiantil*».

Marzo de 1989. Es ésta la fecha en que la Universidad Católica Boliviana publica por primera vez el que también sería el primer esfuerzo institucional por dotarse de un «Nuevo Modelo Académico». La fecha del documento, promovido por el Vicerrectorado de entonces, a cargo de Dulfredo Retamozo Leño, tiene especial importancia porque ése es el tiempo en el que la Universidad ha logrado consolidarse plenamente como una de las instituciones más prestigiosas de la Educación Superior en el país, y porque ése es también el tiempo en que se inicia el intenso y ya referido proceso de *crecimiento y expansión* que se materializaría en los diez años siguientes. Hay otro hecho, relacionado con la fecha de publicación de este documento, que lo singulariza grandemente. En agosto de 1990, en la Santa Sede, se da a conocer el más importante documento de la Iglesia Católica específicamente referido a la Educación Superior; la «Constitución Apostólica del Sumo Pontífice Juan Pablo II

sobre las Universidades Católicas», nombrada como *Ex Corde Ecclesiae* (Nacida del corazón de la Iglesia). Es ésta la «Carta Magna» de las universidades católicas en el mundo, la fuente referencial de los principios que guían la tarea de la Iglesia Católica en la Educación Superior, y es, al mismo tiempo, las síntesis de una larguísima discusión cuyo punto de partida podría situarse en el Concilio Vaticano II (1962-1965), y más específicamente en la «Declaración sobre la Educación Cristiana, *Gravissimum Educationis*» que emite el Papa Paulo VI el 28 de octubre de 1965.

Ya entonces, en 1989, cuando todavía no se había materializado el proceso de *crecimiento y expansión* de la Universidad, ésta se dotaba de ese marco referencial, conceptual y teórico que requiere toda institución educativa para guiar sus pasos. Esa propuesta de un «Nuevo Modelo Académico», además, recogía, en su formulación —como la Constitución Apostólica de Juan Pablo II sobre las Universidades Católicas— gran parte de los documentos discutidos, emitidos y aprobados por todas aquellas instancias de la Santa Sede que se ocupaban de la Educación Superior. Los que surgieron del Concilio Vaticano II, por ejemplo; las diferentes versiones del «Proyecto de Documentos sobre la Enseñanza Superior Católica», PDESC, que se publican en Roma (1988); el texto «La Universidad Católica en el Mundo Moderno», producido en el Congreso de Delegados de Universidades Católicas reunido en Roma, en 1972; y el texto de la Conferencia Episcopal de Bolivia titulado «Educación y Transformación», publicado en 1988, en homenaje a la llegada del Papa Juan Pablo II al país.

«La Universidad Católica está ya en la madurez como para dar un salto cualitativo y cuantitativo en beneficio de la educación superior católica y en satisfacción de las demandas del medio como obra social», señala la propuesta de un Nuevo Modelo Académico para la Universidad de 1989, y afirma que ese modelo debiera «poder acercarnos más, de manera objetiva, a nuestra realidad social boliviana en conjugación con los preceptos de la Iglesia y los lineamientos que sean definidos». Hay, en esta propuesta una clara inclinación por uno de los principales postulados de sus fundadores: la Universidad como instrumento del cambio social. Así puede explicarse que en ese documento se afirme que ese Nuevo Modelo Académico «se constituya en un medio para lograr la transformación social»; «que esté al servicio de la pluralidad cultural y en un diálogo de respeto con los valores étnicos y lingüísticos del país»; «que sirva para la formación de una conciencia crítica y reflexiva frente a las demandas y necesidades sociales para una acción coherente y cristiana»; y «que —finalmente— esté ubicado en la realidad objetiva de las necesidades y perspectivas de los sectores populares».

En este documento de marzo de 1989, como en todos los que han pretendido definir el carácter de la Universidad Católica Boliviana, sus principios y fundamentos, las razones y motivos para edificarla, y la identidad que debía diferenciarla de las otras universidades —la *Universidad no sería, no podía ser una universidad más, tenía que ser una Universidad Católica*, decían los Obispos que la fundaron—, han tropezado siempre, casi como en un albur, con esa primera condición

de su existencia: *debía ser una Universidad Católica*. ¿Pero qué es, qué significa *ser una Universidad Católica*? La pregunta, siempre presente, vigilante, encuentra respuesta en la ya referida Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas de Juan Pablo II.

«Desde el comienzo de mi pontificado —dice Juan Pablo II— ha sido mi propósito compartir estas ideas y sentimientos con mis colaboradores más inmediatos, que son los Cardenales, con la Congregación para la Educación Católica, así como también con las mujeres y los hombres de cultura de todo el mundo». Y citando sus propias palabras, las pronunciadas ante la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO, en París, en junio de 1980, Juan Pablo II afirma: «El diálogo de la Iglesia con la cultura de nuestro tiempo es el sector vital en el que se juega el destino de la Iglesia y del mundo en este final del siglo XX».

«La Universidad Católica se inserta en el curso de la tradición que remonta al origen mismo de la Universidad como institución, y se ha revelado siempre como un centro incomparable de creatividad y de irradiación del saber para el bien de la humanidad», afirma Juan Pablo II, y señala que por su vocación, toda universidad debe consagrarse «a la investigación, a la enseñanza y a la formación de los estudiantes, libremente reunidos con sus maestros, animados todos por el mismo amor del saber», y «en el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento».

La «Identidad de la Universidad Católica». Éste es el acápite de la Constitución Apostólica sobre las Universidades Católicas de Juan Pablo II donde se definen sus «características esenciales». «Una *Universidad Católica* —apunta el Papa— debe poseer tanto la fidelidad al mensaje cristiano tal como es presentado por la Iglesia, como el esfuerzo institucional a servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su itinerario hacia aquel objetivo trascendente que da sentido a la vida». «En una palabra —concluye Juan Pablo II— siendo al mismo tiempo Universidad y Católica, ella debe ser simultáneamente una comunidad de estudiosos, que representan diversos campos del saber humano, y una institución académica, en la que el catolicismo está presente de manera vital».

Ésa es, dirían hoy los Obispos fundadores de la Universidad, una *Universidad Católica*, aquella *nacida del corazón de la Iglesia*.

Una Universidad Católica que tuvo en el Instituto Superior de Estudios Teológicos, ISET, una de sus fuentes inspiradoras. Actualmente el instituto ha pasado a ser una de las facultades más importantes de la Universidad.



La Facultad de Teología

Instituto Superior de Estudios Teológicos, ISET

Desde hace apenas unos años, en enero de 2012, el país cuenta con la primera y única Facultad de Teología. Esta primera Facultad de Teología es la culminación de una historia de poco más de treinta años, la historia del Instituto Superior de Estudios Teológicos, ISET, nacido en 1971; este Instituto debe su nacimiento a la creación, en 1965, del Seminario Mayor de San José en Cochabamba; y este Seminario fue creado bajo el impulso reformador del Concilio Vaticano II (1962-1965), el encuentro ecuménico de la Iglesia Católica que inauguró el papa Juan XXIII y clausuró su sucesor, el papa Paulo VI. Y a todas estas instituciones y sus historias las une una tarea común: la formación de sacerdotes bolivianos. Vamos por partes.

Se ha dicho, con acierto y palabras sencillas, que el Concilio Vaticano II pretendió una puesta al día de la Iglesia Católica, revisando y renovando el fondo y la forma de todas sus actividades. Bajo este impulso, los Obispos en Bolivia se tomaron muy en serio la formación de sacerdotes nacionales, y para ello instituyeron el Seminario Mayor de San José, en la ciudad de Cochabamba. Sería éste, el espacio de acogida de todos los seminaristas del país, mujeres y hombres que han decidido volcar su vida a la evangelización y a la labor pastoral.

El Seminario Mayor de San José se puso en marcha bajo la dirección de los sacerdotes diocesanos españoles que pertenecían a la Obra de Cooperación Sacerdotal a Hispanoamérica, OCSHA; a los pocos años se generó una crisis por ciertas directrices de este equipo de formadores, y por ello la Conferencia Episcopal de Bolivia, en 1969, decidió prescindir del equipo en la conducción del Seminario Mayor. Esta decisión hizo que se considere la creación de un Instituto Superior de Estudios Eclesiásticos —éste fue su primer nombre—, como una instancia académica no sólo para la formación sacerdotal de seminaristas, sino también abierto a candidatos a la vida religiosa y, lo más novedoso, abierto a laicos que desearan estudiar Filosofía y Teología.

Este proyecto causó expectativa y entusiasmo. Los obispos encargaron la concretización del proyecto a un equipo integrado por los sacerdotes diocesanos Luis Sagredo y Edmundo Abastoflor, los jesuitas Ignacio Zalles y Enrique Jordá y el agustino Lucas Hoogveld. Este grupo interreligioso se reunió regularmente durante los años 1969 y 1970 para la concepción y creación del Instituto, y como resultado de su trabajo nació el Instituto Superior de Estudios Teológicos, más conocido como ISET, que empezó a funcionar el 1 de febrero de 1971.

El ISET anduvo errante durante sus primeros años de actividad, no tuvo un lugar fijo como sede propia. Dio inicio a sus actividades académicas en el colegio Santa María, de las hermanas de Santa María Magdalena Postel; pasó luego al Centro San Martín de Porres, de los padres dominicos;

y después al colegio Pío XII. En 1972, quienes acogieron al ISET fueron los padres franciscanos en las instalaciones de lo que había sido antes el Colegio Seráfico de la Orden de los Frailes Menores, OFM, donde permaneció hasta el año 1985. La sede propia y definitiva fue fijada en la actual avenida Ramón Rivero, esquina calle Oruro, de la ciudad de Cochabamba, un predio adquirido por la Conferencia Episcopal de Bolivia.

El primer director del ISET fue el padre Luis Sagredo, quien, muy penosamente, y apenas a los dos meses de asumir el cargo, enfermó y falleció. Lo sucedió en la dirección el padre Enrique Jordá, quien, con la colaboración cercana del padre Fernando Manresa, estructuró los programas académicos. En 1974, el padre Edmundo Abastoflor reemplazó a Jordá en la dirección del ISET, y luego estuvo a cargo el padre salesiano Pastor Montero. Posteriormente, varias otras personalidades asumieron su conducción: el padre Lucas Hoogveld, O.S.A., Miguel Manzanera, S.J., Hans van den Berg, O.S.A., P. Luis Jolicoeur y P. Juan de Dios Gonzáles.

Es justo mencionar y recordar al primer equipo de docentes y conferencistas del ISET: Los Sacerdotes Luis Sagredo, Edmundo Abastoflor, Javier Baptista, Luis Espinal, Crisóstomo Geraets, Juan Gorski, Lucas Hoogveld, José Luis Idígoras, Enrique Jordá, Joaquín López S., Fernando Manresa, Antonio Menacho, Pastor Montero, Luis Palomera, Juan Risley, Oscar Uzín, Luis Villarroel, Jaime Virreira e Ignacio Zalles, el científico Martín Cárdenas y la religiosa Aida Salek.

En la historia de ISET, un paso importante fue su incorporación a la Universidad Católica Boliviana, por decreto de la Conferencia Episcopal de Bolivia, el 30 de abril de 1976. Este hecho dio lugar al nacimiento de la Facultad de Filosofía y Ciencias Religiosas, para la que se trabajó intensamente con el propósito de contar con un plantel de catedráticos con formación postgradual y con competencias para la investigación y la publicación, tarea nada fácil por las limitaciones académicas y económicas de las instituciones de la Iglesia boliviana. Digna de mencionar es, sin embargo, la creación de la revista *Yachay. Revista de Cultura, Filosofía y Teología*, una revista semestral que nace en 1984 y que ha contribuido hasta la fecha con artículos que constituyen un verdadero fondo de reflexiones sobre la historia del pensamiento filosófico y teológico del ISET, además de abordar temas culturales bolivianos varios.

Años más tarde, el ISET se dio a la tarea de buscar la afiliación a una Facultad de Teología. Y así, en 1986, por decreto de la Sagrada Congregación para la Educación Católica de la Santa Sede, el ISET fue afiliado a la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Javeriana de la ciudad de Bogotá, Colombia. Esto significó que fuera la primera carrera de la Universidad acreditada internacionalmente. Un poco más tarde, en 1994, el ISET fue agregado a la misma Universidad Javeriana, y con autorización para organizar un primer ciclo de Licenciatura Eclesiástica en Teología, especialidad en Misionología. Esta agregación abrió las puertas para que

se consiga, en marzo del año 2000, la declaratoria del ISET como Instituto *Sui Iuris*. [La frase latina *Sui Iuris* significa literalmente «De propio derecho»; en el Derecho Romano la frase refiere a aquel que no se encuentra bajo el mando de otro; en español diríamos, simplemente, «autónomo».] Con esta declaratoria, el ISET se convirtió en una entidad directamente vinculada a la Sagrada Congregación para la Educación Católica de la Santa Sede, por lo que recibió autorización para organizar el segundo ciclo de Licenciatura Eclesiástica en Teología, esta vez en la especialidad de Teología Pastoral.

Finalmente, y a cuarenta años de la creación del ISET, la Sagrada Congregación para la Educación Católica, el 26 de enero de 2012, erige al Instituto como Facultad de Teología. El ISET pasa, por tanto, de Instituto *Sui Iuris* a ser Facultad de Teología, con autonomía y autoridad para otorgar los siguientes títulos académicos eclesiológicos: Bachiller Eclesiológico en Teología, Licenciatura Eclesiológica y Doctorado en Teología, con tres especializaciones, en los dos últimos grados: Misionología, Teología Espiritual y Teología Pastoral. La búsqueda de la afiliación del ISET, iniciada en los años ochenta, ha tenido, por todo lo dicho, un resultado altamente positivo, el que mencionamos al principio de esta breve reseña histórica: Bolivia cuenta con la primera y única Facultad de Teología. Erigida en su vida republicana. Anteriormente, en la época colonial, se contó con la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de San Francisco Xavier de La Plata, hoy Sucre.

Más allá del tiempo
LAS OTRAS HISTORIAS

Están aquí, aquellas historias que, diríamos, rompen el curso normal o rutinario de los hechos. Le atribuimos cierta normalidad o el carácter de rutinario, a esa línea histórica cuyos ejes son, en alguna medida, probables o previsibles, sujetos a un curso más o menos general de los hechos. Estas historias no. Estas historias, las que en este acápite se cuentan, obedecen sobre todo al bienhacer y a la creatividad de sus impulsores. Y por ello el nombre aquel, “Otras historias”. De todas maneras, estas otras historias son parte sustanciosa de la vida en la Universidad Católica Boliviana.

No están todas, todas las otras historias que quisiéramos contar. Habrá, en otros tiempos y espacios, un lugar para esas otras historias.



Primera Promoción en la Carrera de Agropecuaria
Unidad Campesina Tiwanaku

Las Unidades Académicas Campesinas

21 de febrero de 1987. Esta es la fecha en que Monseñor Ademar Esquivel y los sacerdotes Esteban Bertolusso, Claudio Patty y Adam Pirosek echan a andar, en Tiwuanaku, Batallas y Pucarani, en las provincias del Altiplano norte del departamento de La Paz, uno de los proyectos educativos más queridos por la Iglesia Católica, las Unidades Académicas Campesinas.

Bajo el cobijo de la Universidad Católica Boliviana, y en el marco de sus principios, filosofía y misión —y en especial inspiradas en la tarea de formar profesionales de alta calidad y comprometidos con la sociedad boliviana—, las Unidades Académicas Campesinas fueron creadas con el propósito de extender la Educación Superior a centros y áreas rurales. Y se lo ha hecho con el más alto nivel educativo posible, utilizando tecnologías modernas y recuperando, al mismo tiempo, los conocimientos ancestrales.

El concepto bajo el que se han desarrollado las Unidades Académicas Campesinas, además de atender las necesidades de formación académica del sector rural y su contexto social, ha tenido muy en cuenta el sentido de la dinámica comunitaria prevaleciente en las zonas donde se implantan, y por ello ha tomado como suyas la agropecuaria y la salud como áreas de atención académica prioritarias.

El Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana, CEUB, aprobó y felicitó el proyecto de la Unidades Académicas Campesinas en 1990.

Primera etapa. Fueron tres las carreras con las que las Unidades Académicas Campesinas iniciaron sus labores en el altiplano paceño: Técnico Superior en *Agronomía, Agroindustria y Enfermería*. La primera de esas carreras, *Agronomía*, se estableció en Tiwuanaku, localidad situada a setenta kilómetros de La Paz, en la provincia Ingavi; el Técnico Superior en *Agroindustria* comenzó a funcionar en Batallas, provincia Los Andes, a sesenta kilómetros de La Paz; la carrera de *Enfermería* arrancó en Pucarani, a cuarentaiocho kilómetros de la principal ciudad del departamento, también en la provincia Los Andes.

En estos tres primeros cursos se matricularon 182 universitarios, 72 en Tiwuanaku, 31 en Batallas y 79 en Pucarani. Participaron 19 docentes, seis fueron destinados a Tiwuanaku, seis a Pucarani y siete a Batallas.

La implementación de proyectos de Educación Superior en el ámbito rural ha sido siempre una difícil tarea en el país. Lo saben muy bien los fundadores e impulsores de las Unidades Académicas Campesinas. Apenas un ejemplo: durante un mucho tiempo, y debido a la inexistencia de espacios físicos adecuados, varias salas parroquiales de Tiwuanaku, Batallas y Pucarani tuvieron que convertirse en aulas, hasta que CARITAS, una de las principales organizaciones humanitarias de la Iglesia Católica, apoyó el proyecto con la construcción de las edificaciones que se necesitaba.

Segunda etapa. El segundo periodo en la historia de las Unidades Académicas Campesinas se caracterizó, principalmente, por la ampliación de la oferta académica,

la consolidación de la infraestructura y la creación de dos nuevas unidades, una en Escoma y otra en Carmen Pampa.

La creación de la Unidad Académica de Escoma se remonta a 1972, cuando la comunidad Salesiana de esa localidad inicia sus actividades pastorales y otras relacionadas con la atención de la salud y la educación. Diez años después, en 1982, y con el objetivo de impulsar la formación de productores agropecuarios, esa misma Congregación crea el Centro de Extensión y Capacitación Agropecuaria, CECAP, el antecedente inmediato para la creación de la Unidad Académica Campesina y de la carrera de Técnico Superior en Agropecuaria, en julio de 1994.

La Unidad Académica Campesina de Carmen Pampa, situada a 14 kilómetros de la ciudad de Coroico, en la comunidad del mismo nombre, provincia Nor Yungas, fue creada a iniciativa de la Diócesis de Coroico y de las Hermanas Franciscanas de la Inmaculada Concepción, el 4 de Octubre de 1993, y comenzó sus actividades ofreciendo las carreras de *Agropecuaria, Enfermería, Veterinaria y Zootecnia*.

Ampliación de la oferta académica. Entre los años 2000 y 2005 el número de carreras que se ofertaban en las Unidades Académicas Campesinas creció notablemente. Eran tres cuando arrancó el proyecto, en 1987, y en 2005 ya eran quince, ocho a nivel de Técnico Superior y siete a nivel de Licenciatura, todas inscritas en el Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana, CEUB, tal como se observa en el cuadro que acompaña esta reseña.

Carreras ofrecidas en las Unidades Académicas Campesinas, al año 2005

UAC	CARRERAS	NIVEL	SEMESTRES
Batallas	Agroindustria	Técnico Superior	Seis
	Veterinaria y Zootecnia	Técnico Superior	Seis
	Medicina Veterinaria y Zootecnia	Licenciatura	Ocho
Carmen Pampa	Ingeniería Agronómica	Licenciatura	Ocho
	Enfermería	Licenciatura	Ocho
	Medicina Veterinaria y Zootecnia	Licenciatura	Ocho
	Turismo Rural	Técnico Superior	Seis
Escoma	Agropecuaria	Técnico Superior	Seis
	Adm. Pública y Gestión Municipal	Técnico Superior	Seis
	Tallado en madera y ebanistería	Técnico Superior	Seis
Pucarani	Enfermería	Licenciatura	Ocho
Tiwanaku	Agropecuaria	Técnico Superior	Seis
	Ingeniería Agronómica	Licenciatura	Ocho
	Ingeniería Zootécnica	Licenciatura	Ocho
	Turismo Rural	Técnico Superior	Seis

Tercera etapa. Desde el mismo momento en que se crearon las Unidades Académicas Campesinas, sus impulsores alimentaron el propósito de acompañar la formación de los bachilleres campesinos con una relación directa y concreta con la familia y la comunidad de estos jóvenes. Se supo tempranamente que un sólido vínculo entre estos centros de formación profesional con la comunidad donde se establecieron garantizaría su consolidación.

Bajo este principio, se desarrollaron los llamados «cursos modulares», cursos cuya característica central consiste en abordar una problemática de interés específico de la comunidad. Y así, las Unidades Académicas de Batallas y Tiwuanaku, con el apoyo de diferentes programas, instituciones y organizaciones afincadas en el altiplano, pusieron en marcha el primero de esos cursos, el de *Producción y transformación de derivados lácteos*, con el objetivo de capacitar al productor campesino y elevar sus niveles de vida mediante el aumento de la productividad.

A partir de esta primera experiencia, y siguiendo la misma lógica, las Unidades Académicas Campesinas han venido implementando, regularmente, cursos modulares que abordan temáticas como: *Gestión municipal, Veterinaria, Producción y manejo en camélidos, Liderazgo y organización, Apicultura y Turismo*.

Desafíos. A casi treinta años de su creación, las Unidades Académicas Campesinas de la Universidad Católica Boliviana se han planteado como reto inmediato ya no sólo la formación de profesionales campesinos, sino un mayor y más efectivo involucramiento en proyectos y programas de desarrollo rural en tres áreas de incuestionable importancia en el altiplano paceño: la Salud y las actividades Pecuaria y Agraria. Entre esos programas y proyectos figura, además, la ampliación del Sistema de Becas para llegar a todas las zonas rurales del país.

Unos Talleres donde no se enseña, se descubre y se aprende

Un taller es un lugar para hacer. Allí es donde se realizan trabajos diversos, como en el taller de un artesano o el de un alfarero, como en el de un carpintero o en el del herrero. Es un lugar donde se componen y se descomponen objetos, donde se forja y se construye artefactos de la más diversa naturaleza. En el taller no se enseña, se descubre, se aprende, se inventa y se imagina. Por eso nació la idea de un *Taller* como un método pedagógico: una manera de comunicar o reinventar conocimientos, de divulgarlos y, mejor todavía, de compartirlos. Así trabajaban, según se sabe, los pintores en el Renacimiento.

En un taller así, todos aprenden y todos enseñan. Entre todos se escudriñan y se solucionan problemas, ideas, maneras de ser y de hacer. Aquí es revelador investigar para descubrir, y es importante saber y aprender a asombrarse: como los niños. El trabajo consiste en no dejar que triunfe la incertidumbre y menos el miedo. Es importante enfrentarse a la práctica misma aún sin dominar la teoría; es importante no cansarse de imaginar, de planear, de maquinar, de tratar de mirar qué más hay detrás de las cosas. Así concebido, el taller es una apuesta estratégica en la que profesores y alumnos compiten en eso del *saber hacer*.

Esto último —*el saber hacer*— es, en un taller, fundamental e ineludible; es el oficio mismo, es decir, *saber hacer* para decir cosas nuevas, para ser auténtico y para no mentir a nadie ni mentirse a uno mismo. No es infrecuente, en estos talleres, que asomen las dudas y la incertidumbre.

Y esto es bueno porque, en esencia, se trata de descubrir otras cosas, se trata de que por muy poco que se logre descubrir, ese descubrimiento trascienda y se convierta en una práctica que le haga sentirse a uno como es: con sus propias dudas y con sus propios logros; con sus propios miedos y con sus propias penas. Todo esto para vencer la soberbia o el quietismo. Esto es un *Taller*.

Fue en los turbulentos años de la década de los setenta cuando Carlos Rosso le propuso a Alberto Villalpando innovar un taller de estas características, un taller que se dedicara a formar músicos profesionales, *un taller para la música*, puesto que, a la sazón, buena falta hacía eso en Bolivia. La Universidad Católica acogió la idea gracias al entusiasmo definitivo de Monseñor Prata, el Rector de entonces.

Y es que, además, el problema de la formación profesional de los músicos, y de los artistas en general, a nivel universitario, no había merecido en Bolivia —por lo menos hasta ese entonces— la atención suficiente ni del gobierno ni de nadie. Esa absoluta indiferencia nacional no podía menos que provocar el empobrecimiento de la autoestima de quienes querían ser músicos profesionales y a quienes se les obligaba a considerar que, para poder estudiar música y vivir profesionalmente de ella, había que irse a vivir en Europa o Estados Unidos.

Así, no solamente se perdían recursos humanos valiosos, sino que aquellos que se marchaban se encontraban en la difícil situación de tener que enfrentar las exigencias técnicas y sociales de esos grandes centros, lo que les obligaba a tener que expresarse en lenguajes y maneras muy distantes de

su propia esencia vital. Y así, muchos de ellos terminaban condenados a sobrevivir, como músicos profesionales, es cierto, pero totalmente huérfanos de identidad y sin mucho que aportar en estos centros mundiales y menos en Bolivia.

Por todo esto, la propuesta de ingeniar un Taller de Música consistía en promover la formación de profesionales capaces de trabajar con el mundo de los sonidos, con sus relaciones culturales y expresivas. Más que ser especialistas en esto o en aquello, se trataba de que pudieran, más bien, ser profesionales integralmente formados y cuya competencia los capacitara para componer, realizar, tocar, dirigir e investigar todo cuanto se refiere al conocimiento musical. En una palabra, músicos capaces de vivir y trabajar serenamente en Bolivia, desafiando las dificultades o las ventajas que esto suponía.

Un Taller de Música así concebido no podía sino buscar que quienes lo conformaran debían formarse de manera interdisciplinaria para que puedan ejercer un pensamiento ético, estético y crítico acerca de lo que somos y queremos ser en Bolivia, un país cuya diversidad cultural obliga a una apertura a lo diferente, a lo distinto; un país que, por su propia y particular naturaleza, exige pensar en el ejercicio profesional basado en una alteridad cargada de sentidos éticos y estéticos; unos profesionales, en fin, educados para manejarse con solvencia en el área creativa y de realización de la cultura musical, capaces de organizar lo cotidiano artístico de su entorno social y dispuestos siempre a transmitir sus destrezas a otros. Dicho con prontitud: se deseaba crear una generación de líderes de un nuevo movimiento musical para Bolivia.

No cabían más dudas. El 11 de marzo de 1974 empezaron las clases de este taller para la música. Hubo, sin embargo, además del mayor de los entusiasmos, la clara conciencia de asumir la responsabilidad de poner en marcha una propuesta nueva en una universidad nueva y con una nueva manera de pensar la formación musical profesional en el país, si esto era posible. Aquella primera clase se inició con treinta estudiantes, todos ellos escogidos como para una aventura sin retorno. Al final sólo quedaron once, once músicos profesionales. No todos se quedaron a trabajar en Bolivia, como era la idea, pero todos asumieron el reto de una u otra manera.

El Taller de Música terminó su trabajo en 1978, como estaba planificado, pues nunca se pensó en una Carrera de Música que durara muchos años, lo que no hubiera sido socialmente responsable puesto que el campo de trabajo profesional de un músico en el país era todavía muy limitado.

Pasaron más de veinte años de esta primera y singular experiencia, y la Universidad Católica Boliviana volvió a acoger, en 1998, un proyecto similar, con los mismos postulados y esta vez por partida doble: un segundo taller para la música y uno nuevo, el **Taller de Literatura**. Rosso y Villalpando asumieron nuevamente la responsabilidad de conducir el taller de música, pero esta vez secundados por Cergio Prudencio, Ramiro Soriano, Agustín Fernández y Oldrich Halas. **El Taller de Literatura**, a su vez, estuvo a cargo de Blanca Wiethüchter, Alba María Paz Soldán, Jesús Urzagasti, Marcelo Villena y otros.

El año 2006 pareció propiciatorio para ensayar una nueva propuesta, y esta vez se pensó en el cine —en un **Taller**

de Cine— que, una vez más, en Bolivia no había recibido atención a nivel académico ni de parte de las universidades estatales y menos de las universidades privadas, que ya en ese año eran varias. No era fácil definir una buena oferta, pero al final se optó por la especialidad de *Dirección de Cine*.

El entusiasmo para esta nueva oferta fue sorprendente: se presentaron a un examen de ingreso casi doscientos postulantes. Imposible acogerlos a todos, no sólo por la cantidad sino por la modalidad misma de un taller con una singular metodología que privilegiaba la calidad antes que la cantidad. Se acudió a todos los directores de cine que había en Bolivia: desde los ya consagrados, como Sanjinés, Eguino o Agazzi, hasta los más jóvenes, como Ovando, Loayza, Córdova, Valdivia y Bellot. Hubo que apelar incluso a profesores del extranjero para algunas materias fundamentales, y no era fácil encontrarlos; pero el impulso que ejercían los casi treinta jóvenes y sus ganas irrefrenables de ser cineastas requería cualquier esfuerzo, y así se hizo. Diecisiete cineastas terminaron el programa, unos con más éxito que otros, pero todos con una vocación que no admitía limitaciones.

Así fue la aventura de los talleres de formación profesional en música, literatura y cine. Así fue cómo la Universidad Católica cobijó, sin recelos, esta singular modalidad para profesionalizar a jóvenes talentos en estas disciplinas tan poco atendidas por la Educación Superior en Bolivia.

Los primeros estudios de Postgrado en la Universidad

Ya en 1981, la Universidad Católica Boliviana contaba con la entonces denominada «Unidad de Estudios de Postgrado». Fue creada con el propósito de coordinar el funcionamiento de cuatro áreas: el Instituto de Desarrollo Rural, los programas de Maestrías, el Centro de Informaciones Científico-Técnica y Agropecuaria y Rural, y el Departamento de Educación Continua. Cuatro años después, en marzo de 1985, quedaron delineadas, junto a la creación del «Departamento de Estudios de Postgrado», las tres primeras Maestrías de la Universidad: *Economía Agraria*, *Administración de Empresas* y *Administración de Agroempresas*.

En 1987, y en una comunicación formal dirigida a la Cámara de Comercio de Cochabamba, Pascual Sanchis, director del Departamento de Estudios en Postgrado, reseñaba los argumentos de base para la implantación de las Maestrías en la Universidad.

El haber elegido la Maestría como un medio de contribuir a la formación de profesionales en Bolivia obedecía a razones de índole institucional, individual y estructural. Institucionalmente —explicaba el director de los Estudios de Postgrado de entonces—, la Maestría correspondía a una etapa en la expansión vertical de la Universidad, una etapa en la que los profesionales bolivianos podían contar con la posibilidad de perfeccionar sus estudios y obtener un grado superior que acredite su nivel profesional. En términos estructurales, la Maestría, por sus propias características, era el medio más adecuado, en esos momentos, no solamente para formar profesionales, sino para generar ciencia en el país.

Y a propósito del notorio acento de las primeras Maestrías en el ámbito agrícola, Sanchis decía que la Universidad había comprendido —tempranamente se diría hoy— que era en el agro y en la agroindustria donde el país encontraría el impulso necesario para superar una etapa crítica de su desarrollo.

La Maestría en la Universidad Católica fue concebida como un curso integrado, un programa que comprende varios aspectos de una disciplina y constituye un conjunto, en cierto modo interdisciplinario. Pero quizá lo más importante fue que, al convertirse la Maestría en una actividad institucionalizada en la Universidad, se garantizaba su continuidad.

En el país, la formación en el nivel de Postgrado se venía impartiendo, en general, a través de cursos de especialización sobre temas puntuales que, por su misma condición, no abarcaban conocimientos y prácticas para enfrentar los problemas en toda su complejidad. De ahí la importancia de institucionalizar los cursos de Maestría, garantizando su continuidad y convirtiéndola en un foro de exposición y de retroalimentación donde se acumulan conocimientos que generan ciencia, además de proyectarse como un primer paso para la formación de Doctorados.

En términos todavía más concretos, para la creación de las Maestrías en la Universidad se tomaron en cuenta los siguientes aspectos: se buscaba satisfacer las necesidades del país en términos de recursos humanos calificados en áreas que se consideran prioritarias; se pretendía facilitar el acceso a la Educación Superior de segundo nivel a profesionales que por motivos de costos elevados en el exterior se veían imposibilitados a acceder un Postgrado; y, finalmente, se

entendió que, a diecinueve años de su fundación (1966), la Universidad debía enfrentar el reto de satisfacer las necesidades de profesionales que buscaban un mayor y más alto nivel de formación y, al mismo tiempo, reafirmar el propósito inicial y siempre presente de sus fundadores de forjar profesionales como agentes de cambio.

Por otra parte, los programas de las Maestrías estaban dirigidos a profesionales que estaban en pleno desarrollo de su carrera en las organizaciones, empresas o instituciones del país, que tenían el objetivo de ingresar a nuevas disciplinas para enfrentar nuevos cargos, y que buscaban obtener nuevos conocimientos e innovación en su carrera profesional.

Así fueron concebidos e imaginados los primeros cursos de Postgrado de la Universidad Católica Boliviana, y en 1989 egresaron los primeros veintitrés profesionales que habían obtenido una Maestría.

Con el paso del tiempo, los estudios de Postgrado de la Universidad crecieron e incursionaron en otras áreas. Además de los que existían en la Facultad de Ciencias Económico Financieras, se ampliaron a las facultades de Ingeniería, Derecho y Ciencias Políticas, Ciencias Humanas y Sociales, y Arquitectura y Diseño Gráfico. Actualmente, son poco más de cincuenta programas entre diplomados, especialidades, maestrías y doctorados. El crecimiento fue progresivo, con un «pico» expansivo sustantivo entre los años 2011 y 2012, hasta lograr hoy la envidiable cifra de más de mil estudiantes de Postgrado. Un último dato: en el año 2000 se crearon los primeros cuatro Doctorados de investigación en Psicología, Economía, Ingeniería y Arquitectura, y en el año 2012 en Ingeniería de Sistemas.



Inauguración Maestrías para el Desarrollo



Edificio de la ePC

Las Maestrías para el Desarrollo (MpD) y la Escuela de la Producción y la Competitividad (ePC)

Esta historia comienza en 1994, cuando se crean las «Maestrías para el Desarrollo» (MpD). Dos entidades la hicieron posible: el Harvard Institute for International Development (HIID) y la Contraloría General de la República; y otras dos la financiaron: la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, USAID, y el Banco Mundial. El proyecto tuvo nombre propio, «Recursos Humanos para el Desarrollo», y contó desde su inicio con una oferta curricular novedosa y un plantel académico de calidad. El proyecto fue ideado con el propósito de establecer en Bolivia un programa de maestrías con estándares internacionales capaz de conservar en el país a los profesionales que buscaban una alternativa académica de excelencia, y arrancó como un programa para formar gestores públicos capacitados para aplicar los conocimientos teóricos existentes en la solución de problemas específicos en el contexto de las políticas públicas. Para ello se crearon inicialmente dos maestrías: *Maestría en Gestión y Políticas Públicas* y *Maestría en Auditoría y Control Financiero*. Posteriormente, con el fin de apoyar financieramente el desarrollo de esas dos maestrías y de atender también las capacidades de los gestores privados, se creó la *Maestría en Administración de Empresas*. Así, estos tres programas académicos fueron el punto de partida de las Maestrías para el Desarrollo, una institución cuyo propósito central es «ser y formar agentes de cambio que buscan el conocimiento para construir una sociedad próspera y justa».

La propuesta académica de las Maestrías para el Desarrollo estaba enmarcada en cuatro conceptos importantes: frontera del conocimiento; aplicación de conceptos globales a casos locales; tecnología educativa moderna; y educación aplicada. Sus instalaciones son únicas en Bolivia y han sido diseñadas tomando como referente la infraestructura del *Harvard Business School*. Actualmente, esta institución ofrece cuatro programas diferentes de Maestrías: *Maestría en Gestión y Políticas Públicas*; *Maestría en Administración de Empresas*; *Maestría en Finanzas Empresariales*; y *Maestría en Administración de Empresas, Concentración en Pequeñas y Mediana Empresas*.

A lo largo de los años, las Maestrías para el Desarrollo han logrado posicionarse como los mejores programas de Postgrado en Bolivia, tanto en gestión pública como privada. Un ejemplo: el programa fue seleccionado, en reiteradas ocasiones, como el único en Bolivia para figurar en el *Ranking de las mejores Escuelas de Negocios de Latinoamérica*, un ranking publicado anualmente por la prestigiosa revista internacional *América Economía* y realizado por una de sus secciones: *América Economía Intelligence*. El objeto de este ya histórico ranking es fotografiar la excelencia de los programas MBA (*Master in Business Administration*) más relevantes de la región y es realizado en función a diversas áreas de análisis: estándares de calidad del cuerpo de profesores, la producción de conocimiento, el éxito de sus graduados y sus vinculaciones internacionales.

Estos logros fueron posibles gracias al impulso inicial brindado por los recursos de la cooperación internacional, pero también al liderazgo y creatividad de quienes asumieron el reto de impulsar este programa: Julio Sergio Ramírez, por el HIID, y por Gonzalo Chávez y Marco Antonio Fernández C, por la Universidad Católica Boliviana, logrando hacer autosostenible a esta Unidad Académica. En efecto, y tal cual estaba configurado en el proyecto inicial, la financiación brindada por la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional, USAID, concluyó en julio de 1999. Un año después fue necesario tomar diferentes iniciativas con el fin de afrontar la nueva situación. Se impulsaron nuevos programas y se expandió la oferta curricular vía cursos ejecutivos, de manera que hoy, las Maestrías para el Desarrollo de la Universidad cuentan con 1.240 graduados y aproximadamente cinco mil participantes en programas ejecutivos.

Y no es menos destacable el hecho de que las Maestrías para el Desarrollo, en el ámbito de la investigación, lograron un liderazgo indiscutible para las escuelas de negocios en Bolivia, por la producción de numerosos casos de estudio, libros de texto e investigaciones específicas, como el *Global Entrepreneurship Monitor (GEM)*, que le ha permitido ser parte de las dos redes más importantes del mundo del emprendimiento y la competitividad: el *Global Entrepreneurship Research Association* y el *Microeconomics of Competitiveness de Harvard Business School*.



Sesión de clases en el MpD



Sesión de clases en la ePC

El año 2007 se presentó a la Junta Directiva de la Universidad el proyecto denominado «Licenciaturas para el Desarrollo» (LpD), programa que fue aprobado y que inició sus actividades el año 2008. Este proyecto fue creado con el fin de ofrecer tres licenciaturas novedosas en la oferta académica boliviana: *Creación y Desarrollo de Empresas, Negocios Internacionales* y, desde el año 2011, *Ingeniería Financiera*. El objetivo de estas carreras es formar estudiantes aptos para crear emprendimientos productivos y empresas propias; se buscó, desde un principio, diferenciarse de aquellas licenciaturas que tienden a formar estudiantes con el propósito principal de encontrar un empleo en un mercado laboral que enfrenta importantes restricciones.

Asimismo, el proyecto *Licenciaturas para el Desarrollo* parte de la premisa de que nuestra comunidad requiere de profesionales con formación multidisciplinar y con una gran capacidad para interactuar en un mundo cada vez más globalizado y competitivo. Por eso es que en el proyecto se impone el desafío de crear nuevas generaciones de profesionales que sean capaces de crear emprendimientos productivos y empresas que coadyuven en la creación de empleos y en la construcción de una sociedad más próspera y solidaria.

En el año 2012, y como una nueva iniciativa, se creó un curso especial, el «Técnico Universitario Superior en Gestión y Emprendimiento», TUSGE, y con él, finalmente, se ha conformado la «Escuela de la Producción y la Competitividad, *Business School*» (*ePC*), la Unidad Académica

de la Universidad Católica que acoge a las Maestrías para el Desarrollo (MpD), a las Licenciaturas para el Desarrollo (LpD), al Instituto para el Desarrollo del Emprendimiento y la Competitividad y al mencionado Técnico Universitario Superior en Gestión y Emprendimiento (TUSGE).

Sobre este último curso (el TUSGE), debe decirse que gracias a un acuerdo de cooperación con el Banco Mercantil Santa Cruz —uno de los más grandes de Bolivia—, la Escuela de la Producción y la Competitividad beca cada año a más de 50 bachilleres de escasos recursos de todo el país con el objetivo de brindarles competencias y habilidades técnicas y un espíritu emprendedor que les permita crear sus propios negocios y aportar en la mejora de empresas ya establecidas. Este programa, que tiene una duración de dos años y medio, ha presenciado ya, el año 2014, la graduación de su primera promoción.

Las ideas e iniciativas no se detienen ahí. A partir de 2013 la Escuela inició el proyecto denominado «e-Learning», que consiste en la incorporación de recursos de enseñanza y aprendizaje virtuales en los planes de estudio. Durante el año 2015 se puso en marcha la primera versión de la «ePC Experience», un proyecto que consiste en ofrecer una formación académica básica a alumnos del quinto y sexto grado de Secundaria del país para guiarlos en la elección de su carrera profesional. La Escuela, además, ha estado trabajando en el proyecto de creación del «e-Business English Center» (e-BEC-ePC), una unidad que se dedicará exclusivamente a la enseñanza de inglés técnico especializado en el campo de los negocios.

Han pasado poco más de veinte años desde que en 1994 naciera una idea y un proyecto cuyo soporte fundamental fue la cooperación internacional para mejorar la formación del capital humano en Bolivia en las áreas de gestión pública y privada. Esa idea y ese proyecto son hoy una institución plenamente consolidada y autosostenible, dotada de una oferta curricular variada y reconocida a nivel internacional. Y esto último no es cuento, pues en 2014 la Escuela de la Producción y la Competitividad fue premiada como la mejor Escuela de Negocios de Bolivia y entre las mil mejores del mundo por la calificadora internacional EdUniversal. Este estudio abarca 154 países y la votación es ejecutada por pares académicos —rectores o directores de otras universidades— quiénes basan su calificación en criterios académicos y la capacidad de proyección e influencia a nivel internacional de las Escuelas de Negocios.

La Escuela de la Producción y la Competitividad obtuvo «Dos Palmas» en la calificación de *EdUniversal*, y eso quiere decir que se trata de una *Good Business School With Strong Regional Influence*.

Las carreras de Ingeniería, un vuelco en la historia de la Universidad

Durante veinticinco años —la mitad de su vida—, la Universidad Católica Boliviana navegó en el mundo de la Educación Superior en Bolivia bajo la bandera de sus cuatro y primeras emblemáticas carreras: Administración de Empresas, Economía, Psicología y Comunicación Social, todas fundadas a fines de los años sesenta y a principios de los setenta. Tuvieron que pasar esos primeros veinticinco años para que la historia comience a cambiar.

Fue en 1992 cuando la oferta académica de la Universidad se enriquece con la primera carrera de índole tecnológica creada en la Unidad Académica de La Paz: Ingeniería de Sistemas. Cuatro años después, en 1996 y también en La Paz, se abre la carrera de Ingeniería Industrial y luego la de Ingeniería Civil, en 1999. Un año antes, en 1998, y como un espacio institucional de soporte y complemento a esas tres primeras carreras de ingeniería de la Universidad en la ciudad de La Paz, se había creado un departamento orientado a proporcionar servicios en matemática, física y química universitarias, el Departamento de Ciencias Exactas, hoy Departamento de Ciencias Básicas.

Así, en menos de diez años, entre 1992 y 1999, y antes de cerrar el siglo, la Unidad Académica de La Paz de la Universidad había ampliado notablemente su oferta de formación académica volcándose a la enseñanza de las disciplinas ingenieriles. Ese giro se completa en 2003 con la creación de la carrera de Ingeniería de Telecomunicaciones y la conformación de la entonces llamada Facultad de Ciencias Exactas e Ingeniería, hoy Facultad de Ingeniería, FDI.

Posteriormente, y a comienzos del año 2008, se abren las carreras de Ingeniería Química e Ingeniería Ambiental, y a ellas se añaden, en 2011, las de Ingeniería Biomédica e Ingeniería

Mecatrónica, carreras con las que queda conformada la actual Facultad de Ingeniería de la Unidad Académica de La Paz y sus ocho carreras: Ingeniería Industrial, Ingeniería de Sistemas, Ingeniería Civil, Ingeniería de Telecomunicaciones, Ingeniería Química, Ingeniería Ambiental, Ingeniería Mecatrónica e Ingeniería Biomédica, cada una de ellas insertas en el Departamento respectivo. A las ocho carreras se suma el ya mencionado Departamento de Ciencias Básicas.

En casi dos décadas, entre 1992, cuando se crea la primera carrera de ingeniería en la Universidad (Ingeniería de Sistemas), y el año 2011, cuando se crean las dos últimas de las mencionadas ocho carreras en la Unidad Académica de La Paz (Biomédica y Mecatrónica), la Facultad de Ingeniería, por su extensión, el número de sus estudiantes, las áreas disciplinares que abarca y su correlación con la demanda profesional nacional, ya se ha convertido en una de las de mayor importancia en la Universidad.

Si a las consideraciones anteriores se suma el hecho de que desde el año 2002 la Facultad de Ciencias Económicas y Financieras de la Universidad en La Paz ofrece, además de las carreras de su giro tradicional, la de Ingeniería Comercial, y que además, en ese mismo año y en cada una de las Unidades Académicas Regionales de Cochabamba, Santa Cruz y Tarija ya se habían implantado al menos tres carreras de ingeniería en cada una de ellas, no es difícil concluir que la Universidad Católica Boliviana le había dado un vuelco a la historia de sus primeros veinticinco años. Hoy, la Universidad Católica Boliviana es una de las instituciones de Educación Superior más completas del país en la enseñanza de las diferentes disciplinas de ingeniería.

El Instituto de Investigaciones Socioeconómicas, IISEC

Sus más de cuarenta años lo avalan como uno de los institutos de investigación en Economía más antiguos y de mayor trayectoria en el país. Ha sido el primer espacio destinado a la investigación en la Universidad Católica Boliviana. Creado en 1974, cuando el doctor Salvador Romero Pittari ejercía interinamente el Rectorado Nacional, el Instituto de Investigaciones Socio-Económicas, IISEC, expresaba también el inicio de la etapa de fortalecimiento y consolidación académica e institucional de la Universidad.

El IISEC se fijó como principal objetivo contribuir a la comprensión de los problemas sociales y económicos que enfrenta la sociedad boliviana y la región a través de la investigación como método, y de los valores católicos como convicción central. En más de cuatro décadas de investigación, los motivos fundacionales del IISEC se han traducido en un amplio conjunto de investigaciones publicadas como Documentos de Trabajo y Documentos Arbitrados. El trabajo académico realizado por el IISEC ha estado siempre en línea con las necesidades y problemáticas de la realidad económica boliviana en cada periodo.

Por su estrecha relación con la Facultad de Ciencias Económicas y Financieras, y en especial con la carrera de Economía, el IISEC ha podido contar con los mejores economistas formados en la Universidad, ya sea como Directores, Investigadores o Asistentes de Investigación. Todos ellos han contribuido significativamente en la cualificación de las investigaciones desarrolladas y posteriormente publicadas por el Instituto. Los mejores

estudiantes de la carrera de Economía, los que han logrado una trayectoria de excelencia académica, son invitados a formar parte del Instituto, donde adquieren sus primeras armas en investigación.

En sus más de cuarenta años de actividad, el Instituto ha experimentado diferentes etapas de desarrollo institucional.

Primera Etapa (1974-1980). Fue ésta una etapa de construcción y afirmación institucional en la que se inicia —desde 1975— la publicación de los llamados *Documentos de Trabajo IISEC* (ininterrumpida hasta la actualidad) en los que se dan a conocer las investigaciones de relevancia académica en su versión extensa, para luego ser calificadas y publicadas en revistas especializadas. Las investigaciones desarrolladas en esta etapa se concentraron en temáticas como la economía agrícola y campesina, la economía de la educación, ciencia y tecnología, la democracia, la macroeconomía y los estudios distributivos. Entre todas ellas, destacan los trabajos de Juan Antonio Morales y Salvador Romero —los dos primeros impulsores del Instituto— además de los de Miguel Urioste y Armando Pinell.

Segunda Etapa (1981-1995). En esta etapa, el Instituto concentró sus estudios en uno de los fenómenos económicos de mayor trascendencia para el país: el proceso hiperinflacionario ocurrido en esos años y sus posteriores derivaciones: el proceso de estabilización y los efectos de la crisis sobre el desarrollo y el crecimiento económico. Estas investigaciones y actividades le otorgaron

al IISEC un amplio auditorio nacional e internacional. Las investigaciones desarrolladas en este periodo —críticas y propositivas, al mismo tiempo—, todas publicadas en la serie *Documentos de Trabajo IISEC*, se constituyeron en un relato histórico-académico de ese proceso de crisis económica que vivió el país. Jeffrey Sachs, Juan Antonio Morales, Juan L. Cariaga y Gonzalo Chávez, destacan entre los autores que contribuyeron a esa tarea.

Tercera Etapa (1995-2010). Las actividades del IISEC en esta etapa se centraron en estudios sectoriales que establecieron un nuevo marco de acción para la investigación. El equipo de investigadores publicó trabajos en las áreas de macroeconomía, economía agraria, economía internacional, economía del trabajo, economía de los recursos naturales, economía de la educación y la sociología. Estos trabajos fueron presentados nacional e internacionalmente a través de seminarios y reuniones de la especialidad. Debe mencionarse, como ejemplo, la presentación de documentos del IISEC en los Encuentros Latinoamericanos de la *Econometric Society*, *Latin American and Caribbean Economics Association*, en la Conferencia Internacional sobre la Integración Comercial del Hemisferio Occidental y en los seminarios organizados por la Red de Centros de Investigación del Banco Interamericano de Desarrollo, BID. En este periodo, destacan las investigaciones realizadas por Alejandro F. Mercado, Lykke Andersen, José Luis Evia, Carlos G. Machicado y Jorge Leitón.

Y ya en esta etapa, a poco más veinte años de creado el IISEC, gran parte de sus labores investigativas se realizaron

a través de convenios y asistencia técnica y financiera de instituciones como la Fundación Ford, el Programa de Estudios Conjuntos de Integración Económica (ECIEL), la mencionada Red de Centros de Investigación del Banco Interamericano de Desarrollo (BID), la Junta del Acuerdo de Cartagena (JUNAC), el Centro Interuniversitario de Desarrollo Andino (CINDA), el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (CIID) del Canadá, la denominada Autoridad Sueca para el Desarrollo (ASDI), el Programa de Investigación Estratégica en Bolivia (PIEB), la Corporación Andina de Fomento (CAF) y *Petroleo Brasileiro S.A. (PETROBRAS)*.

Cuarta Etapa (2011-2015). Desde el año 2011, la dirección del IISEC está a cargo de Javier Aliaga Lordemann. En esta etapa, complementariamente a sus labores de investigación y publicación de documentos sobre tópicos de relevancia económica nacional y regional, el Instituto mantiene un importante vínculo con más de veinte instituciones y universidades de diecinueve países del mundo. La relación con estas instituciones se enmarca bajo el alero del desarrollo de los siguientes proyectos: los proyectos CELA (Red de Centros de Transferencia Tecnológica sobre Cambio Climático en Europa y Latinoamérica), el de JELARE (Proyecto Conjunto de Universidades Europeas y Latinoamericanas en Energía Renovable) y el de REGSA (*Promoting Renewable Electricity Generation in South America*).

La principal característica de este conjunto de proyectos es que sus resultados son transferidos directamente al sector productivo, hecho que determina su importancia y, al mismo

tiempo, sus logros. El involucramiento del Instituto en estos proyectos le ha permitido a la Universidad obtener el Premio Mundial *Energy Globe*, recibido en 2014 y otorgado por la *Energy Globe Foundation* con el auspicio de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO, y la Fundación Advantage de Austria.

Las investigaciones del IISEC, en esta etapa, han estado dirigidas al estudio de los ciclos económicos y crecimiento, a la matriz energética, el cambio climático, la educación superior, ciencia y tecnología, la economía del desarrollo y la seguridad alimentaria, principalmente. Destacan las investigaciones de Javier Aliaga, Horacio Villegas, Sergio Cerezo y Lourdes Espinoza.

El IISEC, además, inicia en este periodo la publicación de la *Revista Latinoamericana de Desarrollo Económico (Latin American Journal of Economic Development, LAJED)*. Esta revista fue presentada en 2003 como iniciativa de un grupo de académicos de la Universidad preocupados por la difusión de investigación científica relevante para el diseño de políticas públicas y la contribución al conocimiento en la ciencia económica. La revista tiene una periodicidad semestral y se publica en los meses de mayo y noviembre.

Finalmente, cabe aquí señalar las cinco líneas de investigación que desarrolla el Instituto actualmente: i) Crecimiento económico, ciclos e inclusividad; ii) Energía, Cambio Climático, Recursos Naturales y Crecimiento Compatible; iii) Economía de la innovación y emprendimiento inclusivo; iv) Economía de la Felicidad; y v) Pobreza y Cohesión Social.



Salvador Romero Pittari



Juan Antonio Morales Anaya

FUNDADORES IISEC

La Pastoral Universitaria

Integrar la vida con la fe. Ésta es, en toda universidad católica, la misión de la Pastoral universitaria. Y así lo señala el más importante documento de Iglesia referido a la Educación Superior, la «Constitución Apostólica del Sumo Pontífice Juan Pablo II sobre las Universidades Católicas», nombrada como *Ex Corde Ecclesiae* (Nacida del corazón de la Iglesia), donde se lee que la Pastoral universitaria «ofrece a los miembros de la Comunidad la ocasión de coordinar el estudio académico y las actividades para-académicas con los principios religiosos y morales, integrando de esta manera la vida con la fe».

En el caso de la Universidad Católica Boliviana, la actividad pastoral es transversal a todo su programa académico, porque su responsabilidad trasciende las aulas y se acerca más a transmitir, a quienes conforman la comunidad universitaria, los modos de ser, de actuar y de trascender con los valores que enseña el Evangelio. Siguiendo los preceptos de la Constitución Apostólica de San Juan Pablo II, la Pastoral estimula a todos quienes integran la comunidad universitaria a que reconozcan la urgencia de «ser más conscientes de su responsabilidad hacia aquellos que sufren física y espiritualmente», y al seguir el ejemplo de Cristo, «preocuparse especialmente de los más pobres y de los que sufren a causa de las injusticias en el campo económico, social, cultural y religioso».

La Pastoral en la Universidad Católica Boliviana existe desde su fundación en 1966. Sin embargo, es a partir de 1977 cuando se organiza el Departamento de Ciencias Religiosas y Pastoral Universitaria con el propósito de

promover la identidad católica en la vida académica y la evangelización de la comunidad universitaria, aunque dentro del mayor respeto que tiene toda persona a su propia libertad religiosa. Desde 1995, se decidió la descentralización del área de Pastoral convirtiéndola en un Departamento encargado de ofrecer las materias de formación cristiana. El Departamento de Ciencias Religiosas, como licenciatura, se cerró el año 2006.

Hoy, y en las cuatro sedes de la Universidad—La Paz, Cochabamba, Santa Cruz y Tarija—, se priorizan tres niveles de **Formación Humano Cristiana** (FHC) y dentro de los planes de estudio de las cuatro unidades académicas regionales se enseña y se aprende *Antropología Cristiana, Cristología y Doctrina Social de la Iglesia*.

La Pastoral quiere contribuir a que los estudiantes de la Universidad Católica Boliviana no sólo culminen sus estudios como buenos profesionales, sino también como agentes de cambio en un mundo globalizado, y como creadores de una sociedad más sensible, humana, solidaria y justa. La Pastoral aspira, en el caso de los estudiantes creyentes, a que éstos «participen activamente en la vida de la Iglesia». En general, se busca descubrir las coincidencias y las diferencias entre una manera *buena* y una manera *cristiana* de actuar para entender en profundidad el mensaje de Cristo. La Pastoral aspira también a ser instrumento de un verdadero encuentro con Dios y de esa forma «llevarlo a las periferias» y hacer que Cristo viva la comunidad al estar al servicio del prójimo. Por todo ello, dentro del Plan Estratégico Institucional 2014-20120, el *Ámbito de Desempeño Pastoral* es parte fundamental de su estructura.

Por otra parte, la Pastoral universitaria ofrece una serie de programas dirigidos precisamente al cumplimiento de los objetivos ya mencionados, y no solo desarrolla sus actividades dentro de la Universidad sino que una parte de sus programas están dirigidos a la *interacción social y extensión universitaria*, vinculando activamente a la Universidad con la sociedad. Uno de esos programas, quizá el de mayor significancia, es el denominado «Universidad para la Tercera Edad», UPTE, que funciona hace más de diez años en La Paz. En el caso de las universidades de Santa Cruz, Cochabamba y Tarija, el programa se denomina «Universidad para el Adulto Mayor», UPAM

Debe señalarse que este modelo de atención a los adultos mayores de la Universidad Católica Boliviana ha sido pionero en Bolivia, aunque siguiendo, naturalmente, el ejemplo de otros países que también ofrecen programas universitarios similares. En estos programas dirigidos al Adulto Mayor se prioriza la atención a necesidades tan importantes como el mejor uso del tiempo libre, la participación en la sociedad, la valoración de las capacidades de asimilar aprendizajes nuevos y la reflexión positiva de las experiencias de la vida para valorar los recuerdos. En suma, la Pastoral universitaria promueve el espíritu católico de una Universidad que está llamada a servir no sólo a sus estudiantes sino a toda la sociedad boliviana.

Finalmente, y en la parte litúrgica y pastoral, la Pastoral universitaria atiende con misas diarias para la comunidad, retiros permanentes para el personal administrativo, docentes y universitarios, acompañamiento espiritual, asesoramiento humano y moral, confesiones y orientación a los sacramentos de la Iglesia.



Capacitaciones de radio en el SECRAD

El SECRAD, un nexo de comunicación con la comunidad

Dentro y fuera de la Universidad, se lo conoce así, como «el SECRAD». El acrónimo se ha impuesto sobre su largo nombre y su ya larga historia de tres fructíferas décadas. Es el *Servicio de Capacitación en Radio y Televisión para el Desarrollo* de la Carrera de Comunicación Social de la Universidad Católica Boliviana. Y es también algo más que eso: es el mayor espacio de interacción de la Universidad con la comunidad desde los campos de la comunicación educativa y para el desarrollo social.

El SECRAD nació en 1986 como un proyecto apoyado por la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO, a través del Programa Internacional para el Desarrollo de las Comunicaciones, PIDC, y fue concebido con un principal propósito: atender las necesidades de formación de comunicadores indígenas, locutores en lenguas nativas, reporteros populares y trabajadores de medios radiofónicos y audiovisuales interesados en aprovechar los medios para fines educativos y de servicio a la comunidad.

El SECRAD ha cumplido largamente ese propósito inicial: es un referente nacional en los temas de la comunicación educativa y para el desarrollo social; ha aportado a las áreas de la radiodifusión alternativa y comunitaria, a la legislación de los medios radiofónicos —especialmente a la legislación referida a las radios comunitarias—; y ha formado a diferentes actores de la comunidad en la comunicación social con un enfoque inclusivo, participativo y dirigido

al ejercicio del derecho a la comunicación, un derecho de todos y todas.

Una de las principales fortalezas del SECRAD es, precisamente, ser pionero en la comunicación inclusiva de y para personas con discapacidad, un campo abierto desde el año 2003, cuando se llevó a cabo el «Primer Seminario Internacional de Comunicación y Discapacidad», promovido por la Universidad en noviembre de ese año. Desde entonces, toda la producción de materiales audiovisuales, las acciones de formación, así como los proyectos que ejecuta el SECRAD, consideran el uso y fomento de los lenguajes alternativos de la discapacidad.

La actual estructura del SECRAD se debe a la tarea de comunicadores como Jaime Reyes Velásquez, Luis Ramiro Beltrán y Dulfredo Retamozo Leño. Entre sus directores debe citarse a Fernando Andrade Ruiz y a Mariola Materna. Desde junio de 1996, dirige el SECRAD José Luis Aguirre Alvis, quien fue parte de su equipo docente en el «Primer Curso de Profesionalización de Comunicadores en Lenguas Nativas de Bolivia» con el que inició sus actividades en 1986.

Hoy, el SECRAD, como instituto de investigación en comunicación social y centro de interacción social comunicativa de la Universidad Católica Boliviana, desarrolla las siguientes acciones: a) formación de recursos humanos en producción radiofónica, televisiva y de medios alternativos; b) asesoría y planificación de estrategias

de comunicación educativa y para el desarrollo social; c) producción de materiales educativos y para la movilización social, d) investigación y fomento de las prácticas de la comunicación social para el ejercicio del derecho a la comunicación; y e) centro de estudio y fortalecimiento de las formas de comunicación inclusiva de y para las personas con discapacidad.

El SECRAD se ha impuesto como misión institucional una aspiración: potenciar las capacidades de comunicación de los distintos actores de la comunidad para intervenir en la búsqueda y conocimiento de la realidad, en la conservación de sus saberes, y en la contribución a la construcción de una sociedad inclusiva y democrática.

Finalmente, el SECRAD está asociado a la Asociación Mundial para la Comunicación Cristiana (*World Association for Christian Communication, WACC*), el mayor espacio ecuménico de trabajo por el derecho a la comunicación en el mundo. El SECRAD ha asumido la Presidencia Regional para América Latina de la WACC, y desde este espacio impulsa proyectos por una comunicación alternativa y al servicio de los más necesitados.



2000-2015, la antesala del medio siglo
DESPUÉS DE CINCUENTA AÑOS

Sábado 5 de marzo, año 2016. Han pasado cuarentainueve años, nueve meses y cinco días desde que los Obispos de la Iglesia echaran a andar la Universidad Católica Boliviana, el **14 de mayo de 1966**. «La celebración de estos cincuenta años de vida no puede detenerse sólo en eso, en la celebración. Sabiendo que los propósitos y anhelos de los fundadores de la Universidad permanecen siempre vigentes, tenemos el desafío de proponer, imaginar y soñar una Universidad para las próximas cinco décadas. Celebraremos este medio siglo de vida, por tanto, proyectando la Universidad hacia el futuro. Pero no sólo eso, tenemos que ser capaces, también, de resolver los desafíos materiales y espirituales que tiene hoy la Universidad». Es Marco Antonio Fernández Calderón, el actual Rector Nacional de la Universidad, el primero de sus cinco rectores que procede de sus aulas, de la Carrera de Economía, una de las dos primeras con las que se fundó la Universidad, hace cincuenta años. El Rector, sin sombra de duda alguna, afirma que la Universidad se ha planteado desafíos que puede vencer, que está bien encaminada en ello y que es posible lograr la excelencia como Universidad y formar profesionales integros. Hay algo, sin embargo, que lo inquieta: «Nuestra identidad, somos una *Universidad Católica*». La inquietud del Rector Nacional toma la forma de preguntas: «Me he preguntado y les he preguntado a mis colegas, los rectores regionales, si estamos realmente entregando a la sociedad profesionales que aporten al país los valores católicos: ¿somos capaces de poner las manos al fuego por esto?, ¿seremos capaces de llegar al corazón de los jóvenes que formamos para que ellos puedan enfrentar un mundo cada vez más complejo con los valores y principios del humanismo cristiano?».

Las preguntas —las mismas preguntas que los Obispos fundadores de la Universidad se hacían hace cincuenta años— conducen al Rector Fernández a una necesaria e inevitable referencia al hombre que hoy intenta transformar la Iglesia: «Estoy seguro, como les digo a mis colegas, que si tuviéramos al Papa Francisco frente a nosotros, quisiéramos contarle nuestros logros: que tenemos un Plan Estratégico Institucional muy sólido, que hemos avanzado en fortalecer nuestras capacidades institucionales, que en los dos últimos años hemos acreditado nueve carreras... pero es posible que él, más bien, nos pregunte qué estamos haciendo realmente en esos cinco o seis años de formación de los estudiantes para “tocar” su corazón, para dejar en ellos una huella indeleble que les permita enfrentar sus dilemas futuros en base a valores éticos y morales del cristianismo. Y que es muy probable que el Papa Francisco nos pregunte sobre lo que estamos haciendo para que esos jóvenes sean capaces de ser coherentes en el futuro —cuando actúen como empresarios o políticos— con esos valores cristianos y en un contexto que, más bien, los aleja de esos valores y los invita al egoísmo, al individualismo y al materialismo».

También hace cincuenta años, los Obispos fundadores de la Universidad vivían sus días acompañados por otra y siempre angustiante pregunta: ¿cómo financiar la principal obra de la Iglesia Católica en el campo de la Educación Superior en Bolivia? Hoy, medio siglo después, ésa ya no es una pregunta, es una certeza. «En el contexto actual que vive nuestra institución —dice el Rector Fernández— contamos con un importantísimo factor que nos permite imaginar

y soñar el futuro de la Universidad. Y ese importante factor es la solidez financiera y la fortaleza económica de nuestra institución. Se ha hecho, durante muchos años, un gran trabajo en este campo, de manera que hoy podemos plantearnos decidir hacia dónde vamos, podemos plantearnos el desarrollo de una serie de planes y programas de alta calidad y también podemos apoyar iniciativas que buscan que nuestra institución sea más inclusiva».

El actual Rector Nacional de la Universidad Católica ha sido profesor en sus aulas durante dieciocho años. Quizá por eso tiende permanentemente a hilvanar sus palabras y sus ideas con ejemplos. Y quizá por ello, a propósito de la fortaleza económica de la Universidad y sus proyecciones, cita un ejemplo, decidor y emblemático de la dirección que hoy puede tomar la institución que dirige, dada la solvencia económica de la que goza: «Hoy, en la Universidad—dice el Rector con apreciable entusiasmo—, tenemos alrededor de setenta docentes a tiempo completo. Para el año 2020, ¡queremos tener 200 docentes a tiempo completo!».

Dos décadas y un poco más, casi veintidós años. Éste fue el periodo más largo de un Rector al mando de la Universidad. El doctor Luis Antonio Boza Fernández asumió la conducción de la institución en septiembre de 1979 y la dejó en febrero de 2001, cuando apenas se abría el nuevo siglo. El antecesor de Boza Fernández fue Monseñor Genaro Prata, arzobispo de La Paz y Rector durante doce años, desde su fundación en 1966 hasta septiembre de 1979. Y en este último año, la Universidad contaba con poco más de 1.700 estudiantes (cerca de 900

en La Paz) y siete carreras, cuatro en La Paz (Economía, Administración de Empresas, Comunicación Social y Psicología) y tres en Cochabamba (Filosofía, Enfermería y Teología). Dos décadas y dos años después, en 2001, cuando Boza Fernández deja de ser Rector, la Universidad se había extendido a dos ciudades más, Santa Cruz y Tarija, eran poco más de 7.000 sus estudiantes y cuarentaicinco las carreras que ofrecía en esas cuatro ciudades. Al doctor Boza y a dos de sus principales colaboradores, Elizabeth Álvarez Rodríguez, en el ámbito académico, y Martín Hinojosa Campos, en el área administrativa, les había tocado encausar el periodo de mayor crecimiento y expansión de la Universidad. En la primera de las dos décadas de la gestión del Rector Boza Fernández, entre 1979 y 1990, la Universidad encaró la primera reforma estructural de su economías; y en el segundo decenio, entre 1990 y 2001, el periodo de crecimiento, con la creación de treintaiocho nuevas Carreras, nueve en La Paz, doce en Cochabamba, nueve en Santa Cruz y ocho en Tarija.

El recuento es útil para acercarnos a la Universidad Católica Boliviana del nuevo siglo, éste en el que se cumplen cincuenta años desde que la Conferencia Episcopal Boliviana había determinado, en 1966, que «las condiciones del catolicismo en el país reclamaban la presencia de la Iglesia en el campo de la Educación Superior».

El abogado Carlos Gerke Mendieta fue designado Rector Nacional de la Universidad Católica Boliviana en el año 2001. Había sido miembro de la Junta Directiva de la Universidad durante veintidós años —casi el mismo número

de años de mandato de su predecesor, Luis Antonio Boza—, desde 1979 hasta que asumió el rectorado en 2001, y ejerció el cargo por sólo cuatro años, hasta el año 2005. En mayo de 2011, la Universidad le confirió a Gerke el grado de Doctor Honoris Causa «por su eminente carrera profesional como hombre de leyes, por haber dedicado a nuestra Universidad sus mejores y más desinteresados empeños como docente, como Rector Nacional, y por su generosa colaboración en la Junta Directiva, identificado siempre con los nobles ideales cristianos».

Carlos Gerke llegó al principal cargo de conducción de la Universidad en un momento especialmente importante, cuando se podía constatar —apenas observando datos y cifras, o el creciente paisaje de infraestructuras con las que contaba la institución en 2001— el vertiginoso crecimiento de la Universidad en los últimos diez años, entre 1990 y el primer año del nuevo siglo. Quizá los Obispos que lo designaron pensaron en la serena necesidad de una pausa. Quizá los Obispos recordaron aquellas palabras que, en agosto de 1979 y por encargo de la Conferencia Episcopal Boliviana, escribiera Monseñor Jesús López de Lama, presidente de la Comisión Episcopal de Educación y Obispo Prelado de Corocoro en ese tiempo. En un texto ya mencionado aquí, dirigido a las autoridades, profesores, estudiantes y trabajadores administrativos, titulado «Sentido y razón de la Universidad Católica Boliviana» y redactado con el propósito de cerrar el conflicto que en ese año se vivía, López de Lama advertía ya que la Universidad era «un cuerpo en crecimiento», y que los Obispos deseaban una Universidad cuyo «tamaño y naturaleza respondan a

las necesidades de Bolivia y de la Iglesia en Bolivia». «No queremos engendrar monstruos ni engendrar gigantes», decía Monseñor López de Lama en 1979, «deseamos y queremos una Universidad mejor, a la medida de nuestro país y de nuestra Iglesia».

Una de las principales tareas que se propuso el Rector Gerke en su corta gestión fue, precisamente —y a propósito de las palabras de Monseñor López de Lama, decimos aquí— la contratación, en agosto de 2001, de los servicios de una conocida consultora internacional — London Consulting Group— para que evalúe la marcha de la Universidad. Los términos que emplea la referida consultora para definir y describir la tarea por la que fue contratada son suficientemente ilustrativos. En principio, y en términos generales, la consultora establece que su tarea se centrará en «Determinar las oportunidades de control y reducción del costo y gasto, y la mejora de su relación con el resultado obtenido». Y en cuanto a los propósitos del diagnóstico que se le encomendó, la empresa anota que esos propósitos son: «Demostrar la existencia de oportunidades de mejora significativas en la operación y gestión de la institución»; «Identificar y dimensionar las oportunidades de mejora, su origen preciso y solución conceptual»; «Estimar el impacto financiero resultante de acometer y capitalizar tales oportunidades»; y, finalmente, «Proporcionar a los directivos de la institución los elementos de juicio necesarios para decidir llevar a cabo el desarrollo del programa de mejora propuesto». Una vez realizado el diagnóstico, y ya en el momento de definir las características de su propuesta («Enfoque de proyecto»), la

consultora define los «Objetivos cualitativos» que se busca implantar en la Universidad. Los citamos íntegramente: «Relacionar la ejecución operativa y la toma de decisiones con mediciones financieras que reflejen su impacto»; «Implantar el concepto de accountability (responsabilidad y rendición de cuentas, traducimos libremente aquí) en la cultura de trabajo de la institución»; «Generar en la UCB una cultura de trabajo y análisis permanente de resultados, basados en el concepto de monitoreo activo de recursos y confrontación sistemática del desempeño»; «Profesionalizar la gestión del cuerpo gerencial, modificando su perfil actual hacia la estructura de valores requerida»; y «Desarrollar la plataforma metodológica-operativa que permita a la UCB caminar hacia el cumplimiento de un planeamiento estratégico institucional».

El 31 de enero de 2003, en una carta del Secretario General Nacional de la Universidad, dirigida a London Consulting Group, se describen brevemente los resultados concretos de la tarea encomendada a la consultora. Allá se lee que la labor de la empresa, realizada entre agosto de 2001 y marzo de 2002, tanto en el área académica como en el área administrativa-financiera, ofreció los siguientes frutos: en el ámbito académico: «Creación de un método para encarar los problemas»; «Creación de un método para el seguimiento del trabajo del personal académico»; «Ordenamiento del sistema de gestión académica»; «Formulación de un sistema para contar con la documentación de respaldo de la gestión académica anual»; y «Diseño de procedimientos óptimos de gestión académica»; en el ámbito administrativo-financiero: «Realización de un análisis ABC financiero»;

«Aplicación del análisis resumido del cuadro de mando integral»; «Resultados financieros positivos»; y, finalmente, «Incremento de la productividad».

La gestión del Rector Carlos Gerke, decimos aquí, le dejó a la Universidad una *bitácora* académico-administrativa.

[Llegados a este punto, un último y necesario paréntesis: hasta aquí, este afanoso intento de contar algo de la historia de la Universidad Católica Boliviana —contar como una forma de conocer, y por ello, contar para recordar— ha tenido como fuente central los viejos papeles de la institución. En adelante, para conocer, recordar y contar, apelamos al diálogo.]

Petrus Johannes van den Berg nació en Haarlem, Holanda, hace setentainueve años. Es sacerdote de la Orden de San Agustín y fue Provincial (la principal autoridad) de los padres Agustinos en Bolivia. El «padre Hans», como se lo conoce en la Universidad, es también doctor en Teología, y se ha formado en universidades de Holanda, Bélgica y Alemania. Ha sido, en la Universidad Católica Boliviana, Director de la Carrera de Teología (1977-1991), presidente del el Instituto Superior de Estudios Teológicos, ISET (1991-2000), fundador y director de la Biblioteca Etnológica Boliviana «Fray Antonio de la Calancha», Vice-Rector Regional de la Unidad Académica de Cochabamba (1992-2002) y su Rector Nacional durante ocho años, entre 2005 y 2013. El padre Hans es y ha sido, sobre todas las cosas,

un sacerdote feliz: cuando ofrece misa los domingos, allá no cabe un alma más, la iglesia se llena de bote a bote. Todos los domingos, el padre Hans oficia la misa en la Parroquia «Santísima Trinidad», la situada en la calle Max Paredes, en el popular barrio del mismo nombre, allá donde también está la casa de los padres Agustinos en la ciudad de La Paz. «Las finanzas están en orden, no te preocupes». Esto es lo que Carlos Gerke —Rector Nacional hasta el año 2005— le dijo al padre Hans, pocos días antes de que el Agustino se hiciera cargo de la conducción de la Universidad. Los Obispos lo habían nombrado para que se dedicara a promover y fortalecer el área académica de la institución, y esa fue su tarea durante los ocho años en que fue Rector. Con un acento especial, sin embargo. El padre Hans cree que contar con un buen estado de las finanzas será siempre insuficiente si es que la Universidad Católica no cumple una de sus principales tareas: la investigación. «Una universidad que no investiga, y que no gana prestigio por sus investigaciones, no va a alcanzar nunca un nivel que sea fácilmente reconocible aquí en el país y en el mundo», dice el padre Hans. E insiste: «¿A qué se debe que las universidades en Bolivia no sean capaces de competir en ningún ranking mundial? Precisamente a eso, a la ausencia de investigación, y también a la falta de actualización de sus docentes». Investigar —lo sabe el padre Hans— quiere decir invertir: «Sí, lo sé, y por eso mismo creo que hay que invertir en iniciativas de investigación relacionadas con la problemática actual —la cuestión del clima, por ejemplo, y desde una carrera que tenemos, la Carrera de Ingeniería Ambiental—, de manera que así, a partir de nuestra propia iniciativa en la investigación, generamos y producimos

prestigio y confianza, para luego, en una segunda instancia, recibir encargos. Esto, recibir encargos de investigación, es el camino, no sólo para ser una universidad verdadera, sino una universidad que fortalece su economía a través de los ingresos que pueden generar esas iniciativas de investigación, unos ingresos que necesitamos urgentemente, sencillamente porque, además de la investigación, ¿qué se espera de una universidad de peso, de una universidad de prestigio?: que esté al día con la tecnología, que seamos capaces de invertir en tecnología, algo que todavía no podemos hacer».

La perspectiva que plantea el padre Hans para la Universidad estaría incompleta sino se responde a otra pregunta: ¿quién investiga en esa «universidad verdadera»? «He planteado siempre la necesidad de tener en la Universidad dos tipos de académicos, los docentes y los investigadores. En el caso de los investigadores, y por la importancia que tiene su relación con el estudiantado, para también transmitir sus conocimientos y constituirse en un elemento enriquecedor para los estudiantes, éstos deberían dictar como máximo una materia, y el resto de su tiempo dedicarlo plenamente a la investigación. Y esto, naturalmente, tiene que ver con otra necesidad, la necesidad urgente de contar con un mayor número de especialistas de mayor calificación, es decir, de doctores. En esa línea, y durante mi gestión, hice todos los esfuerzos posibles para introducir el doctorado en la misma Universidad. Creo que al menos cuatro de nuestras carreras pueden ofrecer el doctorado».

Si esas son las palabras, éstos los hechos. En agosto de 2007, durante la gestión del Rector Hans van den Berg, se aprobó

el actual Modelo Académico de la Universidad Católica Boliviana. Entre ese mismo año (2007) y el año 2009, se aprobó la puesta en marcha, en la Unidad Académica de la Paz, de cuatro institutos de investigación: el Instituto para la Democracia (IpD, 2007), el de Investigaciones Aplicadas (2008), el de Investigación en Ciencias del Comportamiento, el de Emprendimiento y Competitividad (2008) y el Instituto de Investigación sobre Asentamientos Humanos (2009). En la Unidad Académica de Tarija se creó el Instituto de Investigaciones de Ingeniería Civil, y en la de Santa Cruz el de Medicina (2012). Y a propósito de lo que el padre Hans denomina una «una universidad verdadera», es decir una universidad que investiga y que tiene programas de doctorado, en su gestión se aprobaron los reglamentos para el Doctorado en Economía, Ingeniería y Ciencias, Psicología, Arquitectura y Comunicación Social. Otro dato: en 2011 la Junta Directiva de la Universidad aprobó la creación la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales en la Unidad Académica de La Paz.

Volvamos al diálogo.

La Universidad va a cumplir cincuenta años de vida... «La celebración de los cincuenta años, lo digo así, tajantemente, tiene que ser una celebración de proyección, y no de recuerdo. Forzosamente, la Católica, en su medio siglo de vida, tiene que presentar su proyección hacia el futuro, y eso quiere decir proyectarse a eso que digo, hacia una universidad que investiga, que promueve los doctorados y que tiene en sus filas a un mayor número de especialistas y docentes con mayor

calificación. Una universidad verdadera. Debe ser una celebración de proyección, sino no tiene sentido». ¿Qué le han dejado, padre Hans, sus cerca de cuarenta años de vida volcados hacia la Universidad? «Soy una persona de comunidad, y todo mi gran afán ha sido hacer de la Universidad una buena comunidad donde la gente se entiende, donde no hay un Rector y sus directivos que están en la torre de marfil, una Universidad en la que se crean equipos y se fomenta el trabajo en equipo. Esto para mí ha sido fundamental». ¿Puede ser ése el sentido de ser una Universidad católica? «Sí, y éste es un tema que he trabajado silenciosamente, eso de poner toda la atención posible a la creación de comunidades. Ésta es mi vida, ésta ha sido mi vida, vivir en comunidad. Y esto, para mí, es el catolicismo de la Católica, un lugar donde cualquier ser humano que está adentro, sea el doctor Morales o la Isabelita, tiene el mismo peso y la misma importancia. Y creo que de alguna manera lo he logrado, y no es ningún mérito, porque para mí éste ha sido mi concepto y mi empeño católico. Pero además, esto del catolicismo en la Universidad, es decir, construir comunidad, tiene que ser algo muy real y no artificial...». Una última pregunta, padre Hans: ¿de qué ha disfrutado más en sus ocho años como Rector de la Universidad? «Más que nada —y esto tiene que ver con lo que dije de la comunidad—, de la convivencia. Para decirlo de una manera muy clara y sincera: ni un solo día he ido con mal gusto a la Universidad. Sabía que allá encontraría a mis colegas y amigos, compartiendo un ambiente de paz, serenidad y compañerismo. No *teníamos* un equipo, *éramos* un equipo».



Vista parcial de la unidad regional en La Paz



La capilla "El Arca" en La Paz

Algo ha quedado sin escribirse luego del diálogo con el padre Hans: los estudiantes de la Católica. Él, que nunca tuvo problemas con ellos, echa en falta su presencia en la Universidad. Su presencia organizada, claro, «algo que se ha ido perdiendo». «Yo recuerdo, en los mejores tiempos —nos dijo el padre Hans—, que todos los centros de estudiantes tenían su presidente, y todos ellos estaban presentes en los actos solemnes e importantes de la Universidad, junto a los dignatarios de nuestra institución, con la Junta Directiva, el Rector, los jefes de Carrera, los profesores... algo que se ha ido perdiendo».

Pues bien, y ya en camino de cerrar esta historia, aquí están tres estudiantes de la Católica, tres de aquellos primeros estudiantes de la Universidad, para visitar el pasado, pero también para imaginar el futuro, después de cincuenta años de Universidad Católica Boliviana. Nos comunicamos con ellos vía correo electrónico, y les preguntamos sobre la Universidad en aquellos primeros años, y sobre la Universidad que quisieran, después de 2016. Primero, aquellos años.

Miguel Urioste F. de C., egresado de la Carrera de Economía en 1971:

«La Universidad era una comunidad de profesores y alumnos muy pequeña y compacta. Todos conscientes de que éramos una “cosa rara” en el país, en medio de la hegemonía plena de la universidad pública, estatal. Los pocos alumnos que iniciamos esos años (1967 en mi caso, la segunda promoción) no llegábamos a un centenar, la mayoría provenientes de colegios católicos y algunos becarios hijos de mineros.

»Eran los tiempos del debate inicial de la Teología de la Liberación, de las luchas sociales, de las guerrillas del Che en Ñancahuazú, primero, y de Teoponte después, guerrillas que marcaron nuestras vidas de estudiantes rebeldes. Y por eso mismo, nuestros estudios estuvieron marcados por un contexto de lucha social para el ejercicio y la recuperación de la democracia. Esta marcada politización no conspiró contra la calidad de nuestra enseñanza.

»Contábamos con muy buenos y selectos profesores en las carreras de Economía, Administración y Psicología, maestros de teatro y música, y actividades de extensión universitaria (campamentos de trabajo en las minas y en las comunidades campesinas más pobres y alejadas del altiplano) donde interactuábamos entre alumnos de las tres carreras, comuneros campesinos indígenas y mineros, aprendiendo de sus durísimas condiciones de vida, trabajo y pobreza.

»Teníamos un Centro de Estudiantes muy activo, lleno de iniciativas políticas, culturales, artísticas, recreativas, académicas. No teníamos comodidades físicas, los ambientes eran precarios, pero en medio de muy lindos jardines señoriales que invitaban a la reflexión. Era una época de sentimiento épico, de lucha, de canciones de protesta y actitudes de vida de entrega y sacrificio cristiano, humanista y marxista.

«Obviamente, estos pensamientos no eran únicos ni uniformes, había luchas internas, conflictos, peleas y tendencias, pero era un lindo ambiente de juventud creativa y llena de ansias de conocimientos para conquistar el mundo al servicio de Bolivia. Creo que los jóvenes estudiantes y profesores, le dimos a la UCB un espíritu renovado dentro de la Iglesia, un espíritu innovador y rebelde que posiblemente duró una década. El crecimiento, la ampliación de la Universidad y el correr del tiempo, le fueron quitando esta mística que se respiraba al principio. Una vez consolidada e institucionalizada, los tiempos cambiaron.»

Fernando Prado Guachalla, egresado de la Carrera de Economía en 1973:

«La Universidad Católica Boliviana era un puñado de jóvenes con grandes ideales de igualdad y justicia social. En 1968 éramos cerca de doscientos estudiantes repartidos en tres promociones. El contacto, la convivencia y la discusión de las ideas, por tanto, se llevaban de manera fácil, práctica y permanente.

»Los verdaderos guías con los que contamos fueron Francisco Nadal, Pedro Bassiana, Federico Aguiló, Miguel Manzanera y Salvador Romero, entre otros. Ellos buscaban inculcar en todos nosotros la necesidad de que la Universidad fuera una “agencia de Cambio” en la vida nacional.

»En esa época, todos hacíamos de todo: estudiar, participar en el Centro de Estudiantes, competir en los diversos deportes; formamos y fortalecimos el Teatro de Ensayo de la Universidad con variadas obras que siempre fueron exitosas; luego vino la Coral y otros variados conjuntos musicales que surgieron del estudiantado. Nos dábamos tiempo para todo.

»La búsqueda de la igualdad social, del tratar de reparar las inequidades e injusticias entre la población urbana y rural, nos llevó a crear un programa anual de convivencia con los campesinos del área del Lago Titicaca, en La Paz. “Campamento”, lo llamamos, y consistía en pasar alrededor de un mes en una población (Villa Ispaya fue la elegida), ayudando a la construcción de la escuela o el camino, pero sobre todo en la reflexión político-social de las causas y consecuencias del marginamiento de los habitantes del campo de los avances y desarrollo de la vida en las urbes.

»En una palabra, los años que pasamos en la Universidad, durante el período fundacional y el de su consolidación, marcaron definitivamente nuestra manera de concebir el mundo que nos rodeaba. En esos años fortalecimos nuestra opción preferente por los pobres.»

Rolando Terrazas Salinas, egresado de la Carrera de Economía en 1973:

«Ingresé a la UCB el año 1968, formando parte de la que posteriormente sería la tercera promoción. Existían únicamente las carreras de Administración de Empresas y Economía, con un alumnado que probablemente no superaba las 150 personas. El campus era relativamente pequeño, y el reducido número de alumnos creó las condiciones propicias para que rápidamente se generara un espíritu de cuerpo entre alumnos y profesores, acompañado de una identidad profunda con la institución. Los permanentes rumores, reales o no, acerca de una inminente intervención de la universidad estatal, opuesta a la creación de esta primera universidad privada del país, contribuyeron también a fortalecer ese sentimiento de defensa de la Universidad.

»En esos años, casi todo estaba por hacerse. El pensum de cada carrera era elaborado casi a medida que un grupo pasaba al siguiente nivel y era ajustado en función de experiencias propias y las procedentes de otras universidades. Se discutía acerca de la conveniencia y capacidad para construir un campus universitario propio, con capacidad para crecer, o permanecer donde se estaba.

»También estaba en proceso de debate el propio gobierno de la Universidad y el rol que en él habrían de tener los estudiantes. La realidad en la que se desenvolvía la UCB, en medio de gobiernos nacionales generalmente militares de corte dictatorial, y un contexto internacional sacudido por movimientos sociales, agravado por la reciente muerte del Che Guevara en Bolivia, impactaron necesariamente a la comunidad de la UCB, generando un amplio debate interno, a veces público pero mayormente soterrado, acerca del rol de los estudiantes y de la Universidad.

»Y un tema no menor, totalmente interno: la aparente contradicción entre una universalidad de pensamiento, propio de una universidad, y el hecho de formar parte de una institución confesional. Estos debates concluyeron con la incorporación y muerte de varios compañeros en la guerrilla de Teoponte y el posterior cierre de las universidades.

Estos hechos marcaron de por vida a los estudiantes de esa época, comprometidos con su realidad.»

Miguel Urioste fue estudiante y dirigente estudiantil de la Universidad entre 1967 y 1971. Luego fue asistente, investigador *junior* y profesor entre 1972 y 1977. Antes de responder a la segunda de nuestras preguntas nos dice: «Me sentí y me siento orgulloso de pertenecer a la Universidad. Fue parte central de mi vida, y en un momento muy importante. Me da mucha pena que mis dos hijos que estudiaron en la UCB no tengan el recuerdo y el cariño que yo le tengo». ¿Cómo imagina la Universidad después de 2016?:

«Me gustaría imaginarla creciendo más lentamente, con menos alumnos y menos edificios. Más selectiva, más profunda, más cristiana en la línea del Papa Francisco, con egresados de mayor calidad y con mayores niveles académicos y científicos. Una Universidad más comprometida con los cambios sociales necesarios en Bolivia.»

Fernando Prado responde a la citada segunda pregunta:

«Imagino una Universidad más técnica, más científica, investigando e innovando. No haciendo más de lo mismo. Hoy han proliferado las universidades en nuestro medio. Si la UCB no hace algo realmente diferente y que impacte en la vida de los habitantes de Bolivia, será una más del montón, y se habrá traicionado los postulados con los que fue creada.

»Imagino una UCB comprometida con el cambio, el cambio genuino y no aquel del que la demagogia hace su estandarte. Una Universidad para y con Bolivia. No esa torre de marfil, ese laboratorio antiséptico que no se conduce con la realidad de los más marginados.

»El verdadero cambio y transformación de nuestra sociedad vendrá de

la mano de la educación y de la salud. Sin educación y salud, todo el oro, el petróleo, el gas y demás materias primas, se irán por las alcantarillas, sin haber hecho mella en un desarrollo humano y económico sostenible de los bolivianos.

»Esa es la Universidad que imagino para el futuro. La verdadera “agencia de cambio” que soñamos un día, hace ya mucho tiempo, y que nunca se fue de nuestro corazón.»

Rolando Terrazas ingresó a la Universidad en 1968 y estuvo integrado a ella hasta 1980. Fue ayudante de cátedra, dirigente estudiantil, ayudante y profesor de la Carrera de Economía y miembro del Instituto de Investigaciones Socioeconómica, IISEC. ¿Cómo imagina el futuro de la Universidad?:

«Aprovecho la oportunidad para manifestar mi preocupación por el futuro de nuestra Universidad. De no tomarse medidas oportunas, creo que la UCB continuará experimentando el deterioro académico que ya presenta ahora, pues dejó de ser un referente de calidad en el mundo profesional. Pareciera que se privilegia la cantidad por encima de la calidad, creciendo aceleradamente en disciplinas, carreras y alumnos. Y no se puede ser bueno en todo. Tampoco parece observarse (visto desde afuera) a una comunidad universitaria preocupada y comprometida con su realidad. Y un último comentario: creo que la UCB se equivocó al permanecer en las actuales instalaciones y no haber encarado, oportunamente, la construcción de un apropiado campus universitario. Debería hacerlo.»

Cuando Monseñor Tito Solari Capellari llegó a Bolivia, en 1974 como joven sacerdote, tenía 34 años y una gran pena que entristeció su espíritu. Desde que se había hecho sacerdote salesiano, en diciembre de 1965, se prometió a sí mismo estar siempre vinculado a la universidad, decidió estar siempre inscrito en alguna carrera universitaria,

con el único fin de rendir exámenes cada año. «Ése era mi deseo, estar en permanente contacto con la juventud, sobre todo con el espíritu que lleva la juventud universitaria, y de mantener siempre abierto mi corazón y mi mente en busca de la verdad y de los conocimientos. Éste era mi espíritu». El sacerdote y misionero salesiano de entonces tuvo como su primer destino en Bolivia San Carlos de Yapacaní, un pueblecito perdido en el oriente del país, situado en el oeste del departamento de Santa Cruz de la Sierra, a 120 kilómetros de su capital, la ciudad de Santa Cruz, en donde, claro, no había ni la sombra de una universidad. La pena y la tristeza, sin embargo, durarían muy poco.

Siete años después de haber llegado a Bolivia, en 1981, el ahora Arzobispo Emérito Monseñor Tito Solari Capellari, nacido en Pesariis, un pueblo rural y lleno de bosques del norte de Italia, en 1939, ya se había convertido en la principal autoridad de la Congregación Salesiana en el país, en su Provincial. Y en ese mismo año, el entonces presidente de la Conferencia Episcopal Boliviana, Monseñor Luis Rodríguez Pardo, le envió su nombramiento como integrante de la Junta Directiva de la Universidad Católica Boliviana. Desde ese momento y hasta hace poco —hasta noviembre de 2015—, Monseñor Tito Solari fue parte de la Universidad, durante treintaicuatro años. Ese año, en 1981, había recuperado uno de sus más preciados anhelos, estar en contacto permanente con la vida universitaria.

«Lo primero que me impactó de la Universidad, allá en 1981, fue que era como un gran colegio, con cerca o poco más de ochocientos estudiantes. Era una universidad

pequeña, pero tenía grandes proyectos y anhelos, y ya tenía fama de ser una buena universidad. Capté inmediatamente que aquello era importante, que la sociedad valoraba a sus estudiantes y a la propia Universidad. Pude sentir que algo especial había en esta Universidad, tenía un buen espíritu, tenía luz, tenía valor». Monseñor Tito Solari, como miembro de la Junta Directiva de la Universidad, acompañó a varios Obispos de la Iglesia en la tarea de conducirla. Recuerda a Monseñor Jesús Juárez, a Monseñor Nino Marzoli y, en especial, a Monseñor Edmundo Abastoflor, quien —nos dice— «ha llevado a cabo su labor en la Universidad con responsabilidad, con competencia, con entrega y con una fuerte sensibilidad».

Monseñor Solari, hasta hace poco Arzobispo de Cochabamba, identifica como una de las etapas más intensas de su tarea en la Universidad, aquella en que «se ha fortalecido el ámbito administrativo y cuando su economía se convirtió en una fortaleza». «Esto le da a nuestra Universidad una base fuerte y una garantía de poder servir».

Un saludable estado de las finanzas como *garantía de poder servir*. En la sencillez de estas palabras, tantas veces infrecuentes cuando se habla de economías, hay una profunda espiritualidad, la que emana de Monseñor Solari. Por eso, cabe aquí, simplemente, *escucharlo* y reproducir sus palabras.

Sobre los desafíos que enfrente la Universidad, medio siglo después de fundada: «El desafío de nuestra Universidad es el de volver a la naturaleza misma de la universidad,

es decir, volver a la reflexión de la persona, para que sus estudiantes no se dediquen sólo al estudio de una carrera, de una especialidad, sino que procuren comprender todo el contexto de lo que significa la naturaleza, la filosofía, el saber, la historia, y cómo se ubica la persona humana, el ser humano, en ese contexto».

Sobre el estudiante universitario: «El estudiante de una universidad tiene que tener una visión más amplia, más abierta. El joven que ingresa a la universidad tiene que salir de allí descubriendo el sentido de la vida, y, teniendo un sentido de su vida, un sentido de su misión para el bien común de la sociedad. Tenemos que liberar y abrir la visión de los estudiantes no sólo a los intereses y a las metas que se propone una persona, sino a confrontar sus metas con el bien de los hermanos, a estar en contacto, en relación con los demás, y crear una cultura de solidaridad. Como decía siempre San Juan Pablo II, hay que globalizar la solidaridad, no sólo vivir en la globalización, sino globalizar lo que más importa, nuestra fraternidad, nuestra sociedad».

«Por favor —nos pide Monseñor Tito Solari, refiriendo la inclusión de sus palabras en este texto y al concluir el diálogo con él—, que no falte mi expresión de agradecimiento, mi gratitud sincera que siento profundamente en el corazón por haberme concedido participar tantos años en la Junta Directiva, y de haber recibido tanto de nuestra Universidad. Agradezco a Dios y a la Universidad».

Ha llegado la hora de cerrar este texto.

Sábado. Nueve de la mañana en punto. Quizá el mejor día y la mejor hora para charlar larga y distendidamente. La prueba es que durante poco más de tres horas de diálogo, hasta pasado el mediodía, no sonó el teléfono ni una sola vez. El actual Rector Nacional de la Universidad Católica Boliviana ha leído casi todo lo que hasta aquí se ha escrito, ha sido generoso en su lectura y en sus aportaciones, y paciente en el diálogo, abierto y franco. A Marco Antonio Fernández Calderón le ha tocado en suerte ser el Rector del medio siglo de vida. El Rector tiene mucho que decir.

Para comenzar, se le presentan al Rector las notas que tres ex estudiantes de la Universidad escribieron para este texto (tres notas que hasta ese momento no había leído, y que figuran aquí, unos párrafos atrás). Son tres notas que retratan con autenticidad y verdadera nostalgia la Universidad de los años setenta, y que miran críticamente la Universidad de hoy. Y se le recuerda al Rector, además, que su inmediato antecesor reclama enérgicamente la ausencia de investigación en la Universidad Católica de hoy. Así comienza el diálogo. [Un diálogo que, por su extensión, y pensando en el lector, nos obliga al uso de subtítulos que remarcan el tema tratado.]

Una Universidad en otro contexto, una Universidad que investiga. «Situarnos en este año 2016, cuando cumplimos medio siglo de vida en la Universidad Católica Boliviana, nos obliga a pensar en los distintos contextos en los que se ha desarrollado nuestra historia. Unos han sido los contextos en los que se ha fundado la Universidad, y otros muy diferentes los que enfrentamos hoy como comunidad

universitaria. Esto, sin embargo, de ninguna manera quiere decir que los propósitos y sueños de los fundadores de la Universidad hayan desaparecido. Al contrario, esos propósitos y sueños permanecen». Unos los contextos de los años setenta, y otros los nuestros, los de hoy, nos ha dicho el Rector. Tiene los pies calando firmemente la tierra. Vamos al otro tema, la investigación. La respuesta es larga, vale la pena transcribirla casi en su totalidad.

«Ciertamente, uno de los desafíos centrales para la Universidad Católica de hoy es el de la investigación. Nosotros hemos decidido ser una Universidad que investiga, y por ello, el ámbito de la investigación tiene, en nuestro **Plan Estratégico Institucional 2014-2020**, la misma importancia que la formación, la interacción social, la Pastoral y la gestión institucional. Estos son nuestros cinco ámbitos de trabajo. Ahora bien, ¿cómo se puede asumir este reto de manera seria, pertinente y con un alto nivel académico? Creemos que en estos tiempos es imposible enfrentar las tareas de investigación sin vincularse con las comunidades científicas internacionales, y para ello se tiene que tener capacidad institucional, recursos humanos y financieros, y tiempo. En términos aún más concretos, esto significa que tenemos que ser capaces de construir un **Sistema de Carrera Docente**, un sistema donde deberá estar definido claramente cuál es el camino o trayectoria que deberá recorrer un docente que quiere crecer como académico en la Universidad. La principal consecuencia de la implantación de este sistema es que nos obliga a pensar en un académico de tiempo completo. Y esto, nos parece, es una de las primeras bases sobre las que se debe construir la investigación en la Universidad».

Tenemos que detener aquí la argumentación del Rector. Tenemos que hacerlo porque ésa, la idea o el propósito de construir un Sistema de Carrera Docente, es una tarea que, hasta donde se han leído los viejos papeles de la Universidad, no aparece en ninguna parte. Se trata, además, de una idea a la que el Rector Fernández le pone cifras concretas: será un sistema en el que, en aproximadamente en trece años, un docente de la Universidad tendrá la certeza de convertirse en Profesor *Titular o Pleno*, luego de que haya iniciado su carrera como Profesor *Adjunto*, durante seis años, y después de ejercer su carrera como Profesor *Asociado*, durante siete años.

«Naturalmente, otra de las bases para hacer investigación en la Universidad es que quien la haga debe tener las capacidades para hacerlo. Y en el mundo actual, esto significa que esos investigadores deben tener un doctorado, un *PhD*, el más alto y preeminente grado académico. Pero además, se trata de que esos doctores tengan la capacidad de incorporarse e interactuar con esas comunidades científicas internacionales y, tan importante como esto, tener la capacidad de presentar temáticas relevantes que aporten a esas comunidades y permitan el avance del conocimiento. Todo esto, al mismo tiempo, implica construir y desarrollar vínculos y acuerdos con otras universidades, y esto es algo que estamos haciendo. Tenemos, por ejemplo, un convenio con la Universidad Politécnica de Valencia, un programa en el que se forman veinticinco profesionales de la carrera de Ingeniería Ambiental en recursos hídricos, una temática fundamental para Bolivia y el mundo. Este convenio nos permitirá contar con al menos quince doctores en esa materia».

Luego del ejemplo, el Rector Nacional sintetiza y resume: «Entonces, nuestro empeño como Universidad en el ámbito de la investigación consiste en la construcción de una secuencia: la definición de líneas estratégicas de investigación; el establecimiento de convenios específicos con universidades internacionales de reconocido prestigio que nos ayuden en nuestro propósito de formación doctoral, diseño de programas de formación a nivel doctoral, el desarrollo de capacidades institucionales propias para atraer y retener a esos profesionales una vez formados con grado doctoral (por ejemplo: carrera académica, laboratorios modernos, tecnología, recursos financieros para investigar); y capacidad de interacción con comunidades científicas internacionales». ¿En cuántos años espera usted convertir estos propósitos en realidad, señor Rector? «Hemos empezado ese proceso y pensamos que en el año 2020 tendremos al menos una masa crítica de cerca de treinta doctores formados en diferentes áreas y trabajando en la Universidad».

Una Universidad que planifica y se evalúa. Hasta aquí, el Rector Fernández ya nos ha entregado, además de la idea aquella de construir un Sistema de Carrera Docente, un par de cifras en las que parece necesario detenerse: la última de ellas: «una masa crítica de cerca de treinta doctores formados en la Universidad»; y la otra: los probables quince doctores que provendrían del convenio con la Universidad Politécnica de Valencia. De repente, y en sólo seis años, los que fija el referido **Plan Estratégico Institucional 2014-2020**, la Universidad comenzaría a «poblarse» de doctores.

Pero además, está ese otro dato, el que aparece al principio de este último acápite, tan significativo como los anteriores: «saltar» de los setenta actuales docentes de tiempo completo en la Universidad, a doscientos en 2020. ¿Qué ha cambiado en la Universidad, o qué está cambiando para que esto suceda, Rector?, ¿es esto realmente posible? «Sí, es posible, y es posible porque para ello contamos con una herramienta, nuestro ya referido **Plan Estratégico Institucional**, que permite articular el trabajo de todas las unidades académicas regionales para avanzar juntos. Pero además, debo decir que para el desarrollo de los retos específicos allá donde esté la Universidad, hemos elaborado las Estrategias Regionales de Desarrollo. Hoy, cada una de nuestras unidades en La Paz, Cochabamba, Santa Cruz y Tarija tiene su plan. Hasta hace poco, la creación de carreras obedecía a otro tipo de impulsos: si La Paz creaba una carrera, se creía necesario crearla también en Santa Cruz. Ahora no es así. Cada una de las unidades regionales tiene que tener su propia propuesta de valor, identificar sus capacidades de crecimiento y, sobre todo, la capacidad de responder a las necesidades regionales. Y tiene que ser líder en ello. En términos aún más precisos y concretos, lo que hicimos en estos dos años es implantar una cultura de la planificación, una cultura de la planificación que permite alinear todos los esfuerzos en función de los objetivos institucionales. Y la planificación, como bien sabemos, viene de la mano de la evaluación. Ahora, en la Universidad, sentimos también la necesidad de evaluarnos, la necesidad de una cultura de la evaluación».

Tan amigo como es de los contextos, y de los ejemplos, le pedimos al Rector Fernández que cite unos ejemplos

concretos de esa «cultura de la evaluación». «En los últimos dos años, desde el año 2014, tenemos nueve carreras acreditadas; antes, durante todo ese tiempo, eran apenas dos. Y este año vamos a tener otras cuatro más. Esto es hablar de evaluación, y de calidad, porque la acreditación nos obliga a realizar algo así como auditorías técnicas académicas, entrar profundamente a cada carrera y evaluar cosas que durante mucho tiempo no se han actualizado, muchas veces sencillamente porque es más cómodo, porque es menos comprometedor no abrirse a ojos externos que vengan a indagar qué estás haciendo, cómo lo estás haciendo, cuál es tu bibliografía, si tienes laboratorios, si tienes biblioteca, qué dicen los empleadores de tus graduados, etc. Exactamente eso es la autoevaluación y la acreditación». Pareciera ser éste, por el tono en que lo dice, el mayor orgullo de su gestión, ¿es así, Rector? «Sin duda, debemos sentirnos orgullosos por esta tarea, como nos sentimos orgullosos de que la Carrera de Economía, en octubre de 2015, haya sido acreditada por el Comité Ejecutivo de la Universidad Boliviana, CEUB, con el máximo porcentaje de nota a nivel nacional, alrededor del 96 por ciento y así en muchas de nuestras carreras acreditadas. Ahora estamos pensando en ir a la acreditación internacional. Y déjenme decirles algo más, al respecto: otro frente en el que estamos trabajando intensamente es en la modernización del modelo de gestión. La Universidad ha crecido a gran ritmo y no queremos caer en la “crisis del crecimiento”. Ello implica que los sistemas de gestión administrativa y la propia administración educativa deben ir acordes al crecimiento de nuestra Universidad».

El Rector Fernández ha tocado otro de los viejos temas de debate en la Universidad, su crecimiento. Y la Universidad ha crecido, y sigue creciendo. ¿Tiene límites ese crecimiento?, ¿tiene que ver, en alguna medida, con el crecimiento del país y de sus necesidades en el ámbito de la Educación Superior? «No tenemos dudas respecto de que nuestro país está creciendo, y que lo seguirá haciendo. Este crecimiento abre nuevas perspectivas para todos los sectores. Pero además, si observamos el país y pensamos en el aporte que le queremos entregar, lo que vemos es que, efectivamente, hay muchos nuevos actores en todos los ámbitos, y muchos de ellos buscan nuevas capacidades y posibilidades en torno a su educación, y esto —pensando en nuestro aporte al país, reitero— nos involucra directamente como Universidad. Se trata, al mismo tiempo, de un proceso que nos exige nuevos retos». Y entre esos retos seguramente está el de aproximarse, con la mayor certeza posible, a eso que puede llamarse el «perfil» del estudiante de la Católica, algo que, curiosamente, Rector, no aparece, por ejemplo, en el Plan Estratégico Institucional... «Es cierto que los estudiantes no figuran en nuestro Plan Estratégico, porque ese documento solo muestra una metodología de trabajo y directrices estratégicas, pero gran parte sino todo los resultados, producto de esa nuestra estrategia, están orientados a optimizar el valor que les queremos brindar a nuestros estudiantes. En resumen, dicho plan básicamente es el instrumento que nos indica hacia dónde vamos pero el centro y la inspiración de él son los estudiantes y el país en su conjunto. En cuanto al “perfil” de nuestros estudiantes, sí lo tenemos, y coincide con un estudio elaborado por la Federación Internacional de Universidades

Católicas hace cuatro años. Nuestro Plan Estratégico, debo remarcarlo, ha sido hecho pensando en los estudiantes, y ha sido formulado para ellos».

Está claro, el Rector Fernández no deja *puntada sin hilo*. Sigamos. Insistimos: ¿cuál es el «perfil» del estudiante de la Universidad Católica en este nuevo siglo? «Nuestro interés por conocer el perfil de nuestros estudiantes nos ha llevado a hacer un ejercicio cuyos resultados creemos que coinciden, al menos en alguna medida, con el referido crecimiento del país, y con la ampliación de sus fronteras internas. Es muy probable que los estudiantes de nuestra Universidad, allá en los años setenta u ochenta, procedieran, en términos de su lugar de vivienda, de la Plaza San Francisco hacia abajo. Hoy, y después de hacer el ejercicio que mencionamos, sabemos que en La Paz la mayor cantidad de estudiantes proviene de la Plaza San Francisco para arriba». Esto, sin duda alguna, Rector, supone un vuelvo sustancial para la Universidad. ¿Está preparada la Universidad para encarar este nuevo desafío? «Estamos trabajando en ello. Sabemos que la educación de segundo nivel, el de secundaria, en general presenta debilidades; lo sabemos porque ya hemos enfrentado problemas derivados de esta situación, y por ello hemos creado la llamada “Unidad de Articulación con la enseñanza secundaria” que nos permitirá fortalecer las capacidades que los estudiantes de primer año deberían haber traído a la Universidad. Podemos hacerlo». Lo que no supone, imaginamos, que la Universidad Católica deje de ser la Universidad que fue... «No, por supuesto que no. No dejaremos de ser, de manera alguna, la Universidad que somos, la Universidad que construimos durante cincuenta

años de vida, en la cual la calidad es fundamental, conectados tanto con la realidad nacional como con la dinámica realidad internacional. Seguiremos haciendo lo que sabemos hacer, buscar la formación integral de nuestros estudiantes. Pero también buscaremos la innovación. Ahí tenemos, como ejemplo, la Escuela de la Producción y de la Competitividad, la ePC, cuyo origen se encuentra no sólo en las primeras maestrías de nivel internacional que se dictaron en Bolivia y en nuestra Universidad, sino en la mejor Escuela de Negocios del país (Maestrías para el Desarrollo, MpD). Hoy, en la ePC, las clases que cursan cerca de 400 estudiantes, a partir del sexto semestre, se desarrollan completamente en inglés...» ¡Una verdadera noticia, Rector! «Y lo estamos haciendo con tecnologías educativas de vanguardia. No podemos dejar de participar en los desafíos que hoy nos presenta el mundo de la educación superior. Y no dejaremos de proyectarnos hacia el futuro. Cito dos ejemplos: un **“Territorio Inteligente” en la UCB en La Paz, y un nuevo programa financiado por el Consejo de Universidades Flamencas (VLIR)** patrocinado por el gobierno de Bélgica, y al que accedimos por méritos propios, a través de un concurso internacional».

Las «novedades» suman y siguen. «Territorio Inteligente» y ese «Programa VLIR». Abrimos un paréntesis en el diálogo con el Rector para describirlas:

Un «Territorio Inteligente» en La Paz. La Universidad acaba de adquirir un terreno en Achumani, para instalar allí un nuevo programa de emprendimiento, innovación y tecnología. Será un centro en el que confluyan los mejores y los más inquietos estudiantes de diferentes carreras precisamente para eso, para emprender, innovar y para generar

tecnología al servicio del país en un “Territorio Inteligente”. Será un territorio en el que se trabajará con una modalidad que se utiliza en los países más avanzados, el co-work, una modalidad de enseñanza cuyo centro es el trabajo cooperativo. Se busca que este programa sea un señalizador en La Paz y en Bolivia; se trata de fortalecer el espíritu emprendedor de los estudiantes; se trata de generar innovación e investigación aplicada para solucionar problemas concretos del país junto a los otros actores: sector privado, gobierno nacional, gobierno municipal y otras universidades.

Un nuevo programa VLIR. El VLIR es un programa de Cooperación Institucional Universitaria del Consejo de Universidades Flamencas. Su propósito es fortalecer el desarrollo académico e institucional de universidades como la Universidad Católica, buscando mejorar sus capacidades de investigación científica, calidad académica y de servicio a la sociedad. Es un programa dirigido a un número limitado de universidades con cierto potencial, aquellas que sean líderes en algunos temas en su respectivo país y en la región. El programa funciona a través de una invitación para presentar un proyecto, un proyecto que concursa con otros de diferentes universidades. En este caso, la Universidad Católica Boliviana concursó por Bolivia junto a la Universidad Mayor de San Andrés y la Universidad Mayor de San Simón. Luego de una evaluación de los proyectos, se eligió a la Universidad Católica. Es un programa de apoyo con 500 mil dólares anuales durante diez años para trabajar en cinco ámbitos: Desarrollo Social, Gestión Integral de Agua, Desarrollo Productivo, Proyecto Soberanía y Seguridad Alimentaria, y Derechos y Resolución de Conflictos Indígenas.

Volvamos al diálogo.

Salir de las aulas, una necesidad imperiosa. Marco Antonio Fernández Calderón es uno de los pocos católicos en el país que acude a la palabra del Papa Francisco para explicar y explicarse las cosas de este mundo. Así se lo dijimos, recordando sus propias palabras, cuando, apenas

iniciado el diálogo, el Rector Nacional de la Universidad Católica Boliviana se preguntaba, y les pregunta a sus colegas, los rectores regionales: ¿qué clase de profesionales estamos formando?, qué nos diría el Papa Francisco sobre lo que estamos haciendo? «Éste un tema que nos provoca muchas preguntas y sobre el que ya estamos trabajando. Como guía, ciertamente, tenemos las palabras del Papa Francisco cuando visitó el país, especialmente aquellas que pronunció en su encuentro con los movimientos populares en Santa Cruz. Allí el Papa Francisco, con esa su manera abierta y franca que lo caracteriza, nos dijo que este sistema ya no se aguanta, que este sistema de injusticias, exclusión social y destrucción de la naturaleza ya no va más. Y entonces, nosotros tenemos que preguntarnos qué hacen nuestros egresados cuando salen de la Universidad respecto de ese sistema, tenemos que preguntarnos si esos estudiantes, en su vida profesional, son capaces de guiar sus vidas acompañados de paradigmas del humanismo cristiano que los ayuden a la construcción de un orden temporal querido por Dios». ¿Cómo se hace eso en la Universidad, Rector? «Por el momento, lo que hemos hecho es iniciar la discusión sobre el tema con nuestros colegas. Queremos y tenemos que ampliar esa discusión para imaginar un vehículo que nos ayude a encontrar respuestas; tenemos que jugar por eso que llamo un **Modelo Académico Integral**; tenemos que intervenir en el modelo actual para asegurarnos de que la formación de excelencia no sea sólo a nivel de los conocimientos, sino también a nivel de los valores y principios, y para que nuestros estudiantes sientan con el corazón las palabras de Francisco, para que sientan que está en sus manos preocuparse por el medio ambiente, la injusticia, la pobreza y sean capaces de decir: ¡está en mis manos!».

Es inevitable aquí, recordar otras palabras del papa Francisco, aquellas de su Exhortación Apostólica titulada «La Alegría del Evangelio», dirigida a sacerdotes y laicos, en las que los convoca a «salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio». Ir a todas las periferias humanas, eso les propuso el Papa a los católicos del mundo. El Rector Fernández hace suyas esas palabras, y las contextualiza para la Universidad. «Estas palabras del Papa Francisco, en el contexto de la Universidad, nos hacen pensar en que, ciertamente, quienes llegan a nuestras aulas tienen la posibilidad de obtener una formación profesional que les va a permitir, en el futuro, lograr una vida muy cómoda, mucho más cómoda que la de muchos bolivianos, y es por esto que buscamos formar las mentes y los corazones de nuestros estudiantes, para intentar evitar que el disfrute egoísta de la profesión los aleje de sus compromisos con el país y con su comunidad. Entonces, tenemos que salir de la Universidad, ir a las periferias, tener el valor de hacerlo, salir de nuestra zona de confort, ofrecer nuestra capacidad de compromiso. Ésta es nuestra identidad, éste es el paradigma que buscamos: sembrar en nuestros estudiantes el compromiso con las realidades de esas periferias, tenemos que ser capaces de romper la indiferencia de los estudiantes ante su entorno».

«Estos propósitos, además —nos dice el Rector—, no son nuevos en la Universidad. A mí me ha tocado, como estudiante y como docente, recorrer ese camino. Recuerdo, en especial, el desafío que me planteó un extraordinario profesor, cuando me dijo que aceptaría

ser el tutor de mi tesis bajo la condición de que me vaya a vivir al campo durante un año. Y me fui. Estuve en el altiplano norte y en el altiplano central, en Achacachi y Patacamaya, trabajando para elaborar mi tesis. Esta experiencia enriqueció grandemente mi vida profesional. Algo parecido me ocurrió en el ejercicio de la docencia, en los cursos de emprendimiento, innovación y creatividad en los que armamos un programa en el que los estudiantes tenían que salir a trabajar con micro emprendedores, en El Alto. Estas experiencias, entre otras, sin duda extraordinariamente enriquecedoras, nos lleva a proponer y discutir la necesidad de salir de nuestra aulas».

La **Universidad el año 2020**. Finalmente, y en el ánimo de celebrar medio siglo de vida «proyectando la Universidad al futuro», como dice el Rector Fernández, le pedimos a imaginar la Universidad Católica Boliviana el año 2020. Aquí el resultado:

«1: Los mejores profesores del país enseñarán en la Universidad Católica. En el año 2020, la Universidad tendrá sus sistemas académicos muy claramente delineados. Y cuando hablo de sistemas académicos me refiero, fundamentalmente, al ya mencionado Sistema de Carrera Docente establecido, un sistema que atraiga a los mejores cerebros, a los mejores académicos del país, porque encontrarán aquí, en nuestra Universidad, que su proyecto de vida en la academia tendrá un desarrollo sistemático, en base al mérito y con aportes efectivos al país.

»2: La Universidad aporta en el diseño de los modelos de desarrollo regional. Un segundo elemento, es que la Universidad Católica será el año 2020 una universidad que contribuye al país, a partir de investigación aplicada, seria y coherente, al debate sobre la problemática nacional. Aspiramos, por tanto, no sólo a ser una universidad que aporta al país con profesionales de excelencia, que es nuestra tarea básica, sino que seamos capaces de contribuir, efectivamente, en el diseño de los modelos regionales de desarrollo.

»3: Una Universidad que ha salido de sus aulas e interactúa con la realidad del país. Un tercer elemento es encontrarnos en el 2020 con una Universidad que ha decidido interactuar fuera de sus aulas con las realidades económicas, sociales y culturales de las regiones y del país. Una Universidad involucrada en esas realidades.

»4: La Universidad Católica es una Universidad Nacional. En el año 2020 habremos establecido las bases para dar un gran salto con la misma calidad y propuesta de valor allí donde tenga sus unidades académicas regionales, pero además, convertirnos en una Universidad que es capaz de llegar a todos los rincones del país, no sólo a través de instalaciones físicas, sino a través de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Estas tecnologías nos permitirán llegar allí donde cualquier estudiante quiera actualizar sus conocimientos sin necesidad de desplazarse a las grandes ciudades. Nosotros iremos a buscarlos.

»5: Una Universidad que camina con la Iglesia, una Universidad mucho más inclusiva. Finalmente, nos imaginamos una Universidad caminando con la Iglesia. Somos parte de la Iglesia, y por ello mismo debemos construir una universidad cada vez más inclusiva.»

El Rector tiene, a su vez, un último pedido, para cerrar el diálogo, que transcribamos aquí, en esta última página, la VISION de la Universidad Católica Boliviana que hace parte del Plan Estratégico Institucional 2014 - 2020:

«La Universidad Católica Boliviana “San Pablo” se distinguirá por una clara identidad católica en su manera de ser y de actuar; inspirando así, la construcción de una cultura basada en el humanismo cristiano.

»También la distinguirá la calidad de su cuerpo académico, y de los profesionales que forma, caracterizados ambos por un compromiso con la búsqueda de la verdad e imbuidos de un profundo sentido ético y de servicio. Asimismo, tendrá una calidad homogénea en todas sus Unidades Académicas Regionales y en todos los ámbitos de su quehacer institucional.

»La Universidad Católica Boliviana “San Pablo” estará regida por una administración participativa y una gestión eficiente y descentralizada, basadas en el principio de subsidiaridad. Todo ello en el marco de una sólida estabilidad financiera y atendiendo sus sustentabilidad en el futuro.

»Se destacará, además, por ser el centro de referencia del análisis, debate y acción social sobre los problemas que aquejan a la sociedad boliviana aportando soluciones, a partir de una investigación pertinente, de calidad y desde una visión humanística cristiana de la sociedad.»



REPUBLICA CENTENARIO
DE LA AMÉRICA
17 de Diciembre 2009
10 de Noviembre 2009

Bloque O

UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVIANA



UNIVERSIDAD CATÓLICA SALVADORA "SAN PABLO"



ePC
Escuela de la Producción
y la Comercialización

Bloque K
Escuela de la Producción
y la Comercialización

SAN PABLO



Nota Bibliográfica

Las informaciones contenidas en esta narración histórica han sido obtenidas del Archivo Central de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”, de fuentes hemerográficas varias y de publicaciones tanto de la UCB como de otros libros relacionados con la actividad universitaria en Bolivia. Asimismo, se han tomado en cuenta entrevistas a personajes que ocuparon cargos directivos en la Universidad.

